

1930

EL VIAJE



desafioprofundo.org

1930

EL VIAJE



desafioprofundo.org

1930 EL VIAJE

Novela educativa transmedia

© 2023, Ceibal



ISBN: 978-9915-9533-4-2 (versión impresa del volumen)

ISBN: 978-9915-9533-3-5 (la trilogía impresa)

ISBN: 978-9915-9533-6-6 (versión digital del volumen)

ISBN: 978-9915-9533-5-9 (la trilogía digital)

Ceibal

Presidente: Leandro Folgar

Ministerio de Educación y Cultura

Ministro: Pablo da Silveira

Director Nacional de Educación: Gonzalo Baroni

Universidad Tecnológica del Uruguay

Consejero: Rodolfo Silveira

Consejera: Graciela Do Mato

Consejero: Andrés D. Gil

Secretaría Nacional de Deportes

Secretario Nacional: Sebastián Bauzá

Subsecretario: Pablo Ferrari

Administración Nacional de Educación Pública

Presidente del Consejo Directivo Central: Robert Silva García

Directora General de Educación Inicial y Primaria: Graciela Fabeyro

Directora General de Educación Secundaria: Jenifer Cherro Pintos

Director General de Educación Técnico Profesional: Juan Pereyra

Presidente del Consejo de Formación en Educación: Víctor Pizzichillo Hermin

Referentes de ANEP en la Red Global de Aprendizajes

Consejo Directivo Central: Emy Soubirón

Dirección General de Educación Inicial y Primaria: Beatriz Rissotto

Dirección General de Educación Secundaria: Paola Vilar

Dirección General de Educación Técnico Profesional: Ignacio Lozano

Consejo de Formación en Educación: Adriana Durquet

Red Global de Aprendizajes

Líder del cluster Uruguay: Claudia Brovetto

Corrección de estilo

Alejandro Coto

Diseño y armado

Manosanta desarrollo editorial

Imprenta: Gráfica Mosca

Depósito legal: XXXX

1930

EL VIAJE

desafioprofundo.org

1930 EL VIAJE

Novela educativa transmedia

Dirección

Autora de la novela

Abordaje educativo
y jugabilidad

Diseño de trama

Adaptación a primer ciclo

Experiencia digital
de aprendizajes

Coordinación editorial
Producción

Análisis integrado de datos
y economía comportamental

Pensamiento Computacional

Ceibal en inglés

Comunicación

TI

Embajador de desafioprofundo.org
Desarrollos corporativos

Ramón Silveira - Ceibal

Ana Solari

Pablo Fradiletti - Ceibal

Virginia Benzano - Ceibal

Paul Cevallos - Ceibal

Mariana Antonelli - Ceibal

Dario Zarauza - Ceibal

Maximiliano Xicart - Ceibal

Manuel Latorres

Pablo Fradiletti - Ceibal

Ana Solari

Juan Marrero - UTEC

Martín Zanoniani - UTEC

Guillermo Ortiz - UTEC

Fabrizio Camargo - UTEC

Maria Noel Hernández - UTEC

Paolo González - UTEC

Alessi Pérez - UTEC

Maximiliano Xicart - Ceibal

Carla Vega - Ceibal

Guadalupe Muñoz - Ceibal

Carlos Libisch - Ceibal

Anahí Cancela - Ceibal

Fiorella Nahmias - Ceibal

Santiago Olivera - Ceibal

Lucía Crivelli - Ceibal

Irina Rodríguez - Ceibal

Gabriela Kaplan - Ceibal

Natalia Font - Ceibal

Agustina Sieburger - Ceibal

Rafael Fariñas - Ceibal

Marcelo Uruzabal - ANEP

Stephanie Estevez - Ceibal

Martín Fernández - Ceibal

Romina Lacoste - Ceibal

Inés Fornos - UTEC

Fernanda Gómez - MEC

Facundo Álvarez - SND

Martín Anza - Ceibal

Esteban Arias - Ceibal

Matías Basso - Ceibal

Álvaro Barrios - Ceibal

Matías Rozman - Ceibal

Guillermo Lockhart

Tráiler oficial - Cielomoto

Desarrollo editorial - Manosanta

Ilustraciones - Demian Godoluz

AGRADECIMIENTOS:

A Alfredo Etchandy por la generosidad de sus palabras en el prólogo de esta obra y aportes a la investigación histórica de la novela. A CAFO por permitirnos el uso del Estadio Centenario y el Museo del Fútbol. A Carlos Fiordelmondo de la Secretaría Nacional de Deportes por su compromiso con la iniciativa. A la Cámara Uruguaya del Libro por integrarnos a la propuesta de la Feria Internacional del Libro. A Juan Carlos Scelza, Diego Muñoz, Gonzalo Delgado, Ilianda Silva y Sofía Romano por ser nuestros cómplices en el lanzamiento de la historia. A Radio Sarandí, VTV y Del Sol FM por permitirnos utilizar sus estudios. Al LATU por habilitarnos sus laboratorios para el tráiler. A la oficina de Locaciones de la Intendencia de Montevideo por facilitarnos el rodaje en la vía pública. A Marcelo Bravo por la generosidad de compartir sus ideas que inspiraron este diseño de trama.



LA HISTORIA QUE NOS UNE

En 2015 nos embarcamos en la tarea de poner en práctica nuestra prédica del *aprender haciendo*. No fue sino hasta la pandemia que atravesó nuestros trayectos vitales que empezamos a utilizar historias como esencia de nuevos ambientes de aprendizaje propuestos por esta iniciativa. Hoy podemos decir que nos basamos en una amplia gama de prácticas creativas e investigaciones que se originan en los campos de las artes, las humanidades y la tecnología para dar forma a las nuevas expansiones de **desafioprofundo.org**.

Nos guían en nuestro compromiso muchas preguntas. ¿Cómo pueden contribuir la comunicación y las tecnologías a la facilitación de aprendizajes significativos? ¿Cuáles son los aportes de las industrias creativas? ¿Podemos aprender lecciones del mundo del software y el entretenimiento? ¿Qué nos permite una mirada prospectiva sobre estos asuntos?

Tenemos varios objetivos claros. Impulsar la lectura en un sentido amplio y promover la resolución de problemas con el uso de un universo narrativo es uno de ellos. Así es que nuestra novela ya no solo tiene su tradicional formato libro (papel y digital), sino que estamos explorando activamente una multiplicidad de formas de acceso: radionovelas, pódcast, cómics, chatbot, entre otras.

Otro de los objetivos es acompañar al docente en la integración de la novela con su propuesta didáctica. Para ello

hemos puesto a disposición cursos de acompañamiento, recursos educativos y un club de lectura abierto. Este abordaje es singularmente funcional al trabajo con foco en competencias propuesto por el nuevo Marco Curricular Nacional.

Tras el éxito de *Misterio de Cabo Frío*, la primera novela educativa transmedia, hemos decidido dar un paso más en nuestra exploración. La intención sigue siendo investigar con una mirada prospectiva la generación de contenido original de alto valor educativo.

DE LA HISTORIA AL MITO

Amerita compartir una reflexión del filósofo argentino Cristián Carman: «Cuando sucede un acontecimiento que reclama por derecho propio permanecer en la historia, arranca el proyecto colectivo de convertirlo en mito. Es un proceso inevitable y cuyo único fin es permitir a las generaciones posteriores que puedan sentir lo mismo que sintieron los testigos presenciales. Porque respetar la verdad histórica no es solo describir hechos, sino lograr que esos hechos provoquen por siempre lo que provocaron la primera vez». Esta cita es particularmente relevante en el contexto del hecho histórico que pone en agenda esta novela, un hito que reclama su lugar y debemos resignificar en los albores del bicentenario de la Jura de la Constitución.

Así nace *1930*, nuestra primera trilogía, una saga que se completa con las entregas tituladas *El viaje*, *El origen* y *La búsqueda* a cargo de la escritora uruguaya Ana Solari.

Es nuestra primera incursión en el subgénero narrativo de la ficción histórica. Tomaremos los hechos ocurridos en junio y julio de 1930 como escenografía de las aventuras de nuestros protagonistas.

Definitivamente, no es una historia sobre cómo Uruguay resultó campeón del primer Mundial de Fútbol, sino un entramado detectivesco que nos contextualiza la singular celebración del centenario de la Independencia de nuestro país y las tensiones en curso. *1930* es una investigación viva, abierta, para reconectar con lo mejor de nosotros. Al decir del escritor alemán Hardy Grüne, en su libro *Montevideo: viaje al corazón del fútbol*: «No se trata solo del fútbol y las visitas al estadio, del grafiti y la coreografía, se trata de la demarcación y la pertenencia, del territorio y la conquista y, por último, pero no menos importante, de la esperanza y la estabilidad en un mundo que se caracteriza por la agudeza de la existencia y la amenaza».

Al trabajo que venían proponiendo ANEP, UTEC, MEC y Ceibal hasta 2022, se suma ahora la Secretaría Nacional de Deportes. Una historia como articulador de esfuerzos con el claro propósito de lograr más y mejores aprendizajes.

Red Global de Aprendizajes



UNA MEZCLA PERFECTA

La responsabilidad es muy grande. Escribir el prólogo de un libro siempre es difícil porque hay que interpretar las ilusiones plasmadas en el trabajo y la llegada que puede tener en los lectores. Constituye un enorme honor que impulsa el deseo de estar a la altura de las circunstancias. Asimismo, cabe agradecer la confianza demostrada por la autora de esta obra y los participantes del vigoroso proyecto que acompaña esta historia.

Se trata de una magnífica idea con poderosas y diversas ofertas culturales dirigidas a un público estudiantil. Varias herramientas verdaderamente educativas, que intentan brindar conocimientos relacionados con diversas disciplinas de manera muy entretenida.

El libro contiene una historia muy especial, en la que se mezcla la realidad con la ficción, conformando un interesante relato con pasajes de diferente índole. La acción se vincula con dos fechas icónicas para los uruguayos como son 1930 y 2030. Los protagonistas viajan en el tiempo y desarrollan su actividad en diferentes lugares, incluyendo el viaje de un continente a otro.

El descubrimiento de viejas fotos propone el recorrido de un túnel del tiempo que traslada a los jóvenes un siglo atrás. Esto despierta una serie de entretenidos pasajes conectados

con la realización de la Copa del Mundo en 2030, celebrando los cien años de la primera competencia de este tipo. Entre las diversas peripecias surgen divertidos momentos que se transforman en enseñanzas para los lectores.

Europa estaba entre dos guerras y vivía años muy difíciles, lo que llevaba a una emigración constante para buscar nuevos horizontes en América del Sur. Ausencia de trabajo, familias incompletas, jóvenes huérfanos y otras dificultades se deslizan al transcurrir las páginas. El largo viaje en un barco de la época con destino a Uruguay, junto a pasajeros muy especiales, como los integrantes de las selecciones de lejanos países. La realización de la primera Copa del Mundo de Fútbol era el motivo de la presencia de los jugadores y dirigentes de la FIFA. El festejo del centenario de la Jura de la Constitución, las obras monumentales de un país que todavía no se veía afectado por la crisis económica del resto del mundo.

Al llegar al puerto de Montevideo se produce el repentino cambio del tiempo, que da un salto de cien años para vivir la Copa de 2030 organizada por Uruguay y otros países. Allí cae el telón de este libro, que es la primera parte de una saga que se configura en una trilogía. El viaje y el arribo abren otras dos entregas tan apasionantes como la presente, a partir del suspenso y la incertidumbre del relato. El final se convierte en un descanso para recobrar fuerzas e imaginar lo que puede pasar.

Resulta imperioso resaltar este esfuerzo pensado como aporte educativo, impulsando el conocimiento a través de una fórmula original que atraparé a los lectores de manera

singular. El uso de la tecnología es el argumento para atraer a los jóvenes. La unión de ficción y realidad constituye un trampolín para la fantasía de los lectores y multiplica la imaginación para entender la trama. Algo que merece ser recomendado y que seguramente será muy apreciado por quienes accedan a esta primera entrega de la saga. Este lanzamiento constituye un poderoso mensaje que dejará a todos esperando la continuación.

Viaje, historia, fútbol, realidad, ficción y diferentes épocas generan una unión de temas que resulta muy atractiva. Algo seguramente irresistible. En definitiva, una mezcla perfecta.

Alfredo Etchandy



CAPÍTULO 1

HAY ALGO EXTRAÑO EN ESA FOTO





Javier llegó hace unos minutos del Liceo N.º 40. Es un jovencito alto y espigado, de pelo castaño y una mirada intensa. Es un poco tímido, apasionado por los barcos, las crónicas de viaje, los juegos de rol y las novelas policiales, sobre todo las de Ross Mc Donald y Agatha Christie. Sobre esa última afición, no ha dicho nada; solo *el Fede* a veces le toma cariñosamente el pelo y le dice que, en el fondo, quisiera ser detective o espía. Javier solo sonríe. Pero es cierto; una aventura como las de antes, ¿por qué no?

—De esas en las que hay problemas que tenés que resolver para avanzar y pasar de nivel. Si no lo hacés, te quedás estancado. ¡Me encantan!

—Ya nadie juega a eso, Javier. Parecés un viejo —se burla su amiga—. Por eso es que el Loro se burla de vos en las redes. Actualizate un poco, Javi.

Federica, *el Fede*, es su mejor amiga. Es un poco más alta que él, de pelo oscuro y enrulado y piel muy pálida. Resaltan unos ojos verdosos que cambian de color según su estado de ánimo. Cuando están negros, hay que tener mucho cuidado. Federica es de armas tomar.

—No voy a cambiar de gustos para que el Loro no se meta conmigo. Y en cuanto a los juegos que son del siglo pasado... Se los pierden. Los que son en 3D no me llaman mucho la atención. No pasa nada. Los *gamers* superficiales solo ven los efectos especiales, pero no hay sustancia. Nada. No entiendo por qué a nadie se le ocurre hacer una versión así del *World of Warcraft*. ¡Eso sí que estaría demás!

—Pensá lo que quieras. Por algo dicen que sos un rarito y nadie quiere hablar contigo. Ya no se juega a eso. Solo los que se la dan de cool y van a jugar a la Tierra Media. Son unos *frikis* totales. Es como estar en Montevideo Comics.

Hace una pausa, sonrío y lo mira.

—Pero ta, cada loco con su tema.

Esa charla surge cada tanto y ninguno cede en su posición. De pronto, entra un mensaje de Federica.

12:45, 21 de junio de 2030

FEDE

Y si después jugamos con el grupo «En qué anda la banda» a *Vampiros y zombies*?

Es fanática de ese juego. Insiste que meterte en la cueva y no saber qué va a pasar es lo más. Eso sí, los gráficos y los efectos son increíbles.

Javier duda antes de responder. No comparte el entusiasmo *del Fede* por esos juegos, aunque está bueno encontrarse con el grupo. Los jugadores no se conocen, salvo por el

chat. Los avatares son de todas partes. Simpatiza mucho con el Afgano, que dice tener 16 años; habla poco y juega muy bien. Además, ayuda a los nuevos. Luly también le cae bien, es buena jugadora; y, según dijo una vez en el chat, es de Córdoba. De todos modos, es raro saber que nunca vas a verles la cara, que nunca los vas a conocer. Lo peor es cuando, de pronto, uno de los jugadores desaparece, de un día al otro y no sabés por qué. Ya le ocurrió una vez. Y retomar el juego no fue fácil. Cada jugador tiene su estilo y el que ocupa el lugar del que se fue debe estudiar sus movimientos y la táctica. ¿Quién dijo que jugar es un pasatiempo para bobos?

12:47, 21 de junio de 2030

JAVI

Dale, más tarde jugamos. Te aviso.

Se despide de *el Fede* y suspira. Últimamente, todo lo aburre; el liceo no le interesa demasiado y tampoco siente muchas ganas de leer. Y estudiar, mucho menos. ¿Por qué las clases son tan aburridas? Después entra a la casa, donde Rosario, su madre, está terminando de preparar el almuerzo. Lo saluda y lo mira atentamente. Parece que el día ha sido tranquilo; cuando el Loro lo molesta y se burla de él, Javier parece un pájaro herido. Los memes y las fotografías ofensivas en las redes aparecen todos los días. Él se propone no revisarlas, pero finalmente cede.

El *cyberbullying* es así y siempre te afecta, no importa que hagas de cuenta de que lo ignorás. Una de las cosas que más detesta es cuando suben corazoncitos y el mensaje: «Javier gusta de *el Fede*». Enseguida se pone colorado como un tomate y rompería todo lo que está a su alcance. Nada que ver. *El Fede* es su mejor amiga, y lo será para siempre. La madre no le pregunta nada; sabe leer el rostro de su hijo como si fuera un libro. Está un poco preocupada porque lo nota desganado. La adolescencia no es fácil.

El padre de Javier, Fabrizio, llega a las 13 en punto y, como todos los días, almuerza en su casa y una hora después vuelve al estudio en el que trabaja como contador. Rosario perdió el trabajo hace un año y todavía no ha conseguido nada. No pierde las esperanzas, aunque la realidad muestra que a su edad no es fácil.

Los encuentra charlando en la cocina y les muestra un artículo en la *tablet*. Se lo ve entusiasmado.

—¡Dentro de un mes y medio es el Mundial!

A Javier le brillan los ojos mientras devora la segunda milanesa.

—Hacé el favor y no comas como si se terminara el mundo —lo reprende Rosario.

—Es que es mi plato favorito.

—¿Y ese entusiasmo a qué se debe? Estoy harta de oír sobre el Mundial, que nos hará famosos y un país del primer mundo.

La madre mira al padre con cara de pocos amigos. Todavía no empezó y ya está aburrida de escuchar hablar del Mundial, de fútbol y de todo eso. Para colmo, la gente cree

que, gracias al Mundial, lloverán los inversores extranjeros y el país mejorará la economía. ¡Si el país vive con problemas económicos desde que tiene memoria! ¡Qué va a cambiar con un mundial!

El padre alza la vista.

—Rosario, no te enojés. No es para tanto. Hoy hicimos una penca, vamos a ver. Y dicen que todo va a quedar magnífico, como hace cien años. Aquello sí que fue una hazaña. ¡Viva, Uruguay!

Javier lo mira. Hace tiempo que no ve a su padre con esa alegría. Generalmente, siempre hay preocupaciones por la plata, el fin de mes, el futuro, la situación política, la agresividad de la gente, la contaminación ambiental. También, y por si fuera poco, las guerras, algo de nunca acabar. Asia Central es un polvorín, y ni qué hablar del conflicto entre China y Taiwán, que ya lleva casi un siglo. La lista es larga. A veces Javier se pregunta si ser *grande* incluye estar siempre preocupado por todo.

—¿Cien años? —Javier no se había puesto a pensar en eso, y trata de imaginarse cómo era el país hace un siglo, y cómo habrá sido el primer campeonato mundial de fútbol. No es un gran amante de ese deporte, pero a veces se deja contagiar por sus compañeros de clase, sobre todo cuando se juega el clásico. Si tuviera que elegir... Liverpool, naturalmente.

—¿De Liverpool? —le preguntó aquella vez *el Fede*, francamente escandalizada—. ¿Y qué bicho te picó?

—Para zafar en el clásico. Así... ya sabés. No quiero problemas —se encoge de hombros.

Fabrizio sonrío.

—Me juego la cabeza a que tu bisabuelo escribió algo sobre el primer mundial de fútbol en Uruguay. ¡Hace cien años! ¡Aquello sí que fue una gesta! ¡Increíble! ¡Y salimos campeones! Además, recuerdo que algunas selecciones cruzaron el Atlántico en un enorme barco. No me acuerdo de cómo se llamaba; algo con verde.

De inmediato se arrepiente de haber mencionado al bisabuelo, y se alegra de que Javier no haya preguntado nada. En algún momento deberá ocuparse de las cajas que hay en el altillo, pero es que no tiene ganas de revolver el pasado. Quién sabe qué va a encontrar. En su familia, rara vez se hablaba de los antepasados, como si hubiera un secreto en alguna parte.

—Sí, dimos la vuelta olímpica. Una vez vi un documental sobre eso —dice Javier con la boca llena—. Eso del barco... voy a buscar información. ¡Qué viaje genial! ¿A quién se le ocurrió?

—¡Javier! ¡No se habla con la boca llena!

—Perdóname, Mamá! —balbucea mientras traga apurado el bocado.

—De eso no sé nada, sinceramente. No sé a quién se le ocurrió lo del barco y las selecciones europeas. Supongo que a la AUF. ¿A quién, si no? Pero mirá que la vuelta olímpica no fue en el Mundial.

—¿La AUF ya existía hace cien años? Fa.

—¿Sabés quién inventó la vuelta olímpica? —le pregunta y le hace una guiñada.

La madre lo mira casi reprochándole la pregunta, y Javier cae en la trampa:

—Los ingleses. Los que inventaron el fútbol.



—No, nosotros. Y bastante antes de que existiera el Mundial. El *Negro Andrade*, cuando Uruguay ganó aquellas olimpiadas. Le explotó el alma. La Selección salió a saludar a la tribuna, y el Negro se mandó y empezó a correr rodeando la cancha. Todos lo siguieron. Incluso los jueces y los periodistas, los fotógrafos. Un *cra*, el Negro.

—No sabía que te pasionaba el fútbol —dice la madre.

—Ha de ser herencia del viejo. Parece que la cosa se transmite de abuelos a nietos. El bisabuelo supo ser cronista. Dicen que era bueno.

No se habla mucho del bisabuelo, ni mucho menos de su padre, el tatarabuelo de Javier, un anarquista nacido en Italia y que llegó a Uruguay en 1920. El bisabuelo había

nacido seis años antes en Italia y, poco después de finalizada la Primera Guerra Mundial, emigraron. Algo le llama la atención a Javier, aunque no sabría decir qué es. Quizá lo del bisabuelo, ¿por qué nadie habla de él?

—¿Y qué hay en esas cajas? ¿Dónde están?

—En el altillo, pero ni se te ocurra. Si me entero de que anduviste revisando, vas en penitencia. Y ya sabés qué pasa.

La voz del padre no deja lugar a la duda, pero solo le genera más curiosidad. En cuanto pueda...

La madre de Javier mira a su marido asombrada.

—No creo que tu abuelo Massimo, que en 1930 tenía 16 años, escribiera crónicas y todo eso.

—Era un apasionado del fútbol y de la historia. No me extrañaría que en alguna de las cajas haya algo escrito o recortes. Recuerdo a mi abuela que repetía siempre que esas cajas solo guardaban polvo y recuerdos que ya no le interesaban a nadie. Y que había que dejar al pasado en paz. Insistía con eso, era muy terca.

—A tu familia siempre le gustaron los misterios. En el fondo creo que allí no hay nada. Papeles viejos, de esos que se van juntando. Postales, boletos capicúa, alguna estampita, fotos de gente que ya nadie sabe quién es, libretas de almacén, figuritas.

—¿Figuritas? ¿Se juntaban figuritas en aquella época? —quiere saber Javier.

—¡Y cómo voy a saberlo! Supongo que sí —responde la madre, molesta.

Bebe un sorbo de agua y mira a Javier.

—¿Y cómo te fue en el escrito de Matemática?

Javier mira tan concentrado la milanesa, que es evidente que no le fue bien. El padre comprende que la madre quiso cambiar de tema, pero no le salió como quería.

—Maso —murmura Javier—, pero creo que paso; raspando, pero paso.

El padre siente simpatía por su hijo, que muchas veces se entretiene con otros temas más interesantes y deja de lado el estudio. Se reconoce un poco en él, pero no dice nada, para no desautorizar a la madre. El tema del bisabuelo muere por sí mismo, y se alegra, porque eso podría llevar a preguntas incómodas sobre los antepasados. Pero Javier está contestándole un mensaje al Fede y no presta atención.

El padre se aclara la voz y con interés genuino mira a su hijo.

—¿Y cómo va ese modelo de motor que estás construyendo? El otro día te vi de lo más entusiasmado.

Javier manda el mensaje y vuelve a la conversación.

—Ya te dijimos que no andes con el celular cuando comemos.

—Perdón, era importante. El Fede está en Bella Unión con los abuelos y quería saber lo que vimos esta semana en clase.

Se trata de una maqueta del *Titanic*. Es loco por los motores navieros, los engranajes, las turbinas, las hélices y todo lo que se relaciona con la navegación, pero nadie sabe bien de dónde salió ese interés.

—Voy bien. Lo interesante es que las hélices no funcionaban en marcha atrás. No recuerdo cuándo y quién modificó el sistema, pero fue una transformación muy importante. Un par de años después, la propulsión se hacía con turbinas a vapor.

—Todo un especialista, resultaste.

—A nadie le importan los barcos. Solo a mí.

—No digas eso. Seguramente vas a conocer a otros como tú. ¿No te fijaste en internet si hay algún club de fanáticos?

Javier no dice nada. ¿Club de fanáticos? ¡Ni loco! Prefiere seguir así y que nadie se meta con él. Le alcanza y le sobra con el Loro y su bandita.

—Bueno, me voy, que llego tarde al estudio.

Se levanta y saluda cariñosamente a Rosario.

—Y tú, dale una mano a tu madre, que recién se acaba de mejorar de la gripe. Vengo a cenar.

La madre y Javier terminan de destender la mesa, y él la ayuda a secar los platos.

—Javier, me voy a tirar un rato; todavía ando un poco achuchada. ¿Tenés que estudiar?

—Sí, después me meto con eso. No es muy interesante.

—Igualito que tu padre con las cosas de la casa: después arreglo la canilla, después le pongo grasa a las bisagras. En fin. No insisto, porque es inútil. Abrígate, que hace frío.

—Sí, mamá. No te preocupes. Andá a descansar.

La madre le acaricia cariñosamente la cabeza y después se encamina al dormitorio, al fondo del pasillo.

Va a su cuarto y mira por la ventana. Si el Fede estuviera en Montevideo, algo habría inventado para pasar una tarde lluviosa y gris. Da vueltas por el cuarto. Ya leyó la antología de Agatha Christie que encontró hace poco en Tristán Narvaja. La canjeó por un montón de revistas de *Superman* que se sabía de memoria. El canje es genial, y es emocionante cuando encontrás algo sorprendente en algún estante. Ya terminó el

Monkey Island, pero no le dan demasiadas ganas de meterse con *Myst*. Tal vez pruebe con *The Legend of Zelda*, con unos gráficos alucinantes. Mira los lentes 3D y duda. ¿Por qué no? Ayer se descargó *La vuelta al mundo en 80 días*, y todavía no los probó. Lo alucinante es la combinación del juego con todo lo demás. Hay videos, *quizzes*, precuelas, secuelas, viajes en el tiempo, todo. Verne piraría si viviera en esta época. En eso, un mensaje de el Fede lo distrae.



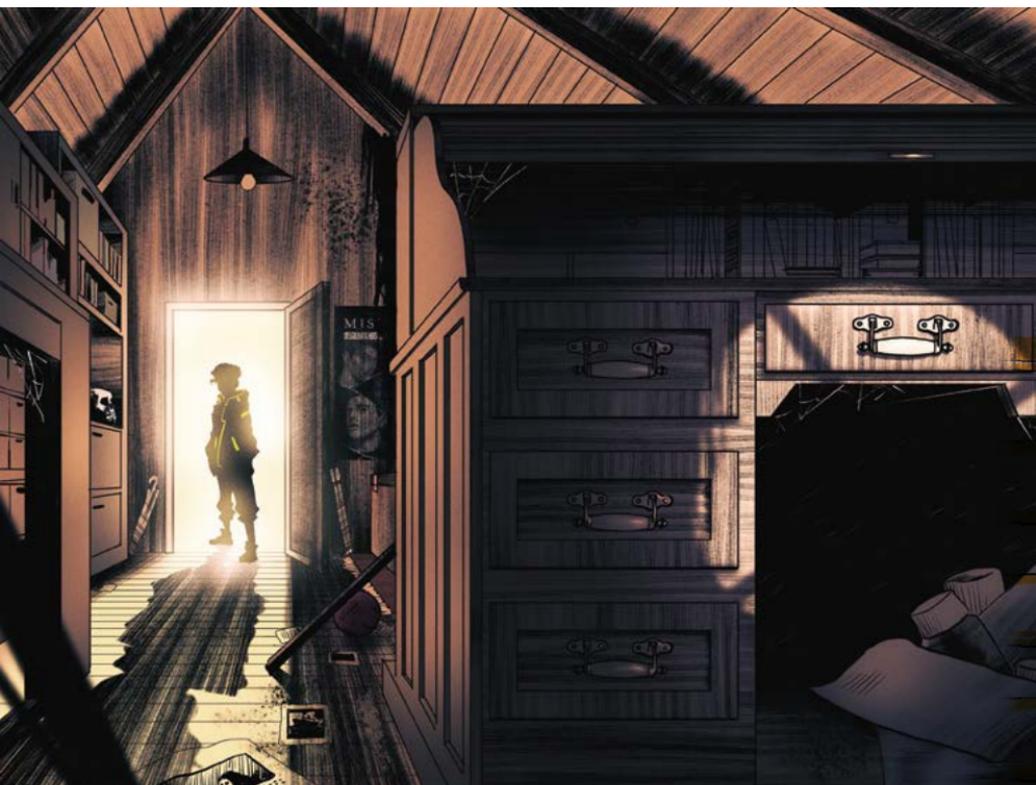
Está deseando que vuelva de una vez. Entonces recuerda lo que mencionó su padre sobre el altillo. La tensión de la voz le dio curiosidad. ¿Y si hay un misterio allá arriba? ¿Qué está esperando? Puede ser divertido ver qué hay en esas famosas cajas.

—No te hagas historias, Javier. Seguramente son un montón de papeles que no le interesen a nadie, pero que nadie tiene ganas de revisar y después decidir qué hacer con ellos. Mamá tiene razón.

La madre repite siempre que hay tirar todo a la basura, que es un juntadero de mugre y de arañas, pero ese momento nunca llega. ¿Pero y si hay algo interesante? Lo del primer mundial de fútbol. ¡Cien años después, se repite la historia en el mismo lugar! ¿Y si...?

Sube con cuidado la escalera empinada y abre la puerta despacio, para no despertar a la madre. De todos modos, y aunque rechina un poco, le parece un ruido espantoso. Nada. Ni un rezongo ni nada. La madre sigue dormida. Se pone un poco nervioso, porque es la primera vez que entra.

Es más grande de lo que imaginó y está poco iluminado. El techo es de bovedilla y en algunas partes se ven los fierros oxidados y carcomidos por el tiempo. Contra las paredes hay estanterías con cajas y papeles, libros; algunos juguetes de lata —¡un mecano!—, tachos de pintura, y lo que parecen ser álbumes de fotografías. En un rincón, una máquina de coser a pedal, una mecedora apolillada y un escritorio con tapa redonda y corrediza. ¡Ese debe de ser el escritorio del bisabuelo, donde escribía las crónicas! Se le eriza la piel y se acerca al mueble. Sobre la superficie superior hay un manajo



de llaves oxidadas, todas de un tamaño similar. ¿Cuál de todas es? Los nervios y la ansiedad lo carcomen. Pensá, Javier. No disponés de todo el tiempo para probar cada una; además, si introduce la llave equivocada, corre el riesgo de estropear la cerradura y eso sí que sería un problema. ¡Por fin! Le brillan los ojos mientras da vuelta una de las llaves

y levanta la tapa. Los cajoncitos son tentadores y los abre con cuidado. Para su decepción, solo guardan polvo y poco más. Nada de interés. Se imagina al bisabuelo reclinado allí, escribiendo o leyendo; casi puede verlo, joven, con un mechón de pelo un poco rebelde; a su lado, un diccionario vetusto y algunos periódicos. Cierra con cuidado la tapa. Quizá le pida permiso al padre para que se lo dé. ¿Será difícil bajarlo del altillo? Se imagina el gruñido de la madre que, al final, cederá y dirá que sí. Javier sonríe para sí.

Sigue husmeando. Hay un espejo bastante maltrecho y telarañas por todas partes, algunas tan largas que le rozan la cabeza. Parece Tristán Narvaja. Todo un mundo de cosas que hoy son de museo. ¡El Fede estaría encantada con todo esto! Y si ve el escritorio, se enamoraría enseguida del mueble. En cuanto vuelva, se lo va a mostrar.

Da vueltas y no sabe por dónde empezar a revisar. Una caja le llama la atención. Es de cartón, de un color marrón ya desteñido; en letras cursivas y grandes, se lee: «MSA – 1928-1930: Rumbo al Mundial». Son las iniciales del bisabuelo. Siente un escalofrío y le brillan los ojos. ¡Allí han de estar las famosas crónicas sobre el Mundial del 30!

Una vez le preguntó por él a la madre.

—Mamá, ¿y el bisabuelo? ¿Por qué no se habla de él?

La madre se inquietó un poco, pero disimuló.

—Mejor le preguntás a tu padre. Yo no sé nada. Todo un misterio. Ni idea.

El padre tampoco dijo demasiado.

—Tu bisabuelo. Mi abuelo. Sí, bueno; no sé mucho. Alguna vez mi padre comentó que el recuerdo más vivo

que tenía era de cuando se sentaba a escribir en unos cuadernos de tapas negras. No más que eso. Mi abuelo Massimo tampoco era de mucho hablar. Alguna vez dijo que se acordaba de que su madre, mi abuela, le cortaba el pelo con una maquinita de un metal muy brillante. A mi abuelo le costaba mucho caminar. Tenía gota y parece que es bastante doloroso. Una vez le pedí que contara algo. Dijo lo que ya sabía, que sus padres habían llegado a Uruguay en la primera década del siglo XX. Habían sido anarquistas, pero nunca hablaron del asunto. Andá a saber en qué lío se habían metido y se tuvieron que venir. Aquellos anarquistas no eran como los de hoy.

—¿Qué querés decir con eso?

—Y... eso. Pero ta, no sé más.

Así que ahora, en el altillo, siente que está a punto de saber la verdad.

—Javier, cortala. Ni que el bisabuelo fuera... Andá a saber. No importa. Si hay algo, ya me enteraré. Pero capaz que en alguna de estas cajas... descubro por qué nadie quiere hablar de él.

¿Qué haría un detective? Abriría la caja, sacaría el contenido y lo organizaría. Eso hará. No parece sensato empezar a leer al tuntún, sin ningún criterio.

Manos a la obra. Toma la caja y la baja del estante con cuidado, pero es pesada y se le resbala. La tapa se abre y, como un aluvión, recortes y papeles se desparraman por el suelo. Es un desastre. ¡Buen archivero sería! Mira atónito el caos que desató en unos pocos segundos. Se propone meter todo nuevamente en la caja, cuando uno revolotea

y termina a sus pies. Se inclina a recogerlo. En grandes titulares se lee: «El *Conte Verde* a punto de partir en su aventura más importante: el Mundial».

Entonces, busca otros recortes y encuentra uno en el que se ve una fotografía ya borrosa de un enorme barco, cuyo nombre se lee: *Conte Verde*. Javier saca el celular del bolsillo y googlea con destreza. Allí está, el transatlántico que trajo a varias selecciones de fútbol europeas a Montevideo, junto con distinguidas personalidades, como el presidente de la FIFA de aquel entonces, Jules Rimet, que, además, traía con él la copa.

Javier devora la crónica, que incluye información detallada del trayecto que hará el transatlántico, y vuelve a la fotografía, fascinado. Los barcos lo atraen como si fueran un imán. Este es imponente. De las dos enormes chimeneas que se alzan como si desafiaran al cielo, salen unos nubarrones oscuros, que indican que las turbinas están encendidas. A simple vista, estima que ha de medir unos 200 metros de eslora. En cubierta se ven los ventanucos de los camarotes de primera y segunda clase y los barcos salvavidas; y luego los de tercera, seguramente bajo cubierta, cerca de la sala de máquinas. Un portentoso buque, distinguido, que promete innumerables aventuras.

Se ve una muchedumbre que despidе al barco, en el puerto de Villefranche, según aclara la nota. Distingue a grumetes y tripulantes en la cubierta, y también a algunos pasajeros, tocados con sombreros, y saludando con entusiasmo a quienes fueron a despedirlos. En el muelle, esperan niños gordinflones con sus madres y hay operarios

prontos para desatar al buque y dejarlo en libertad. El *Conte Verde* zarpó un 21 de junio. ¡Qué coincidencia, hoy es 21 de junio! Entonces algo le llama la atención y casi puede tocar la nota con la nariz, de lo cerca que la sostiene delante de los ojos. Es que... ¿cómo es posible?

Allí, entre la muchedumbre que despide al navío, ve un joven con una banderita en una mano y una amplia sonrisa, saludando. El rostro le resulta familiar, como si lo hubiera visto antes. ¡Estás enloqueciendo, Javier!, se dice.

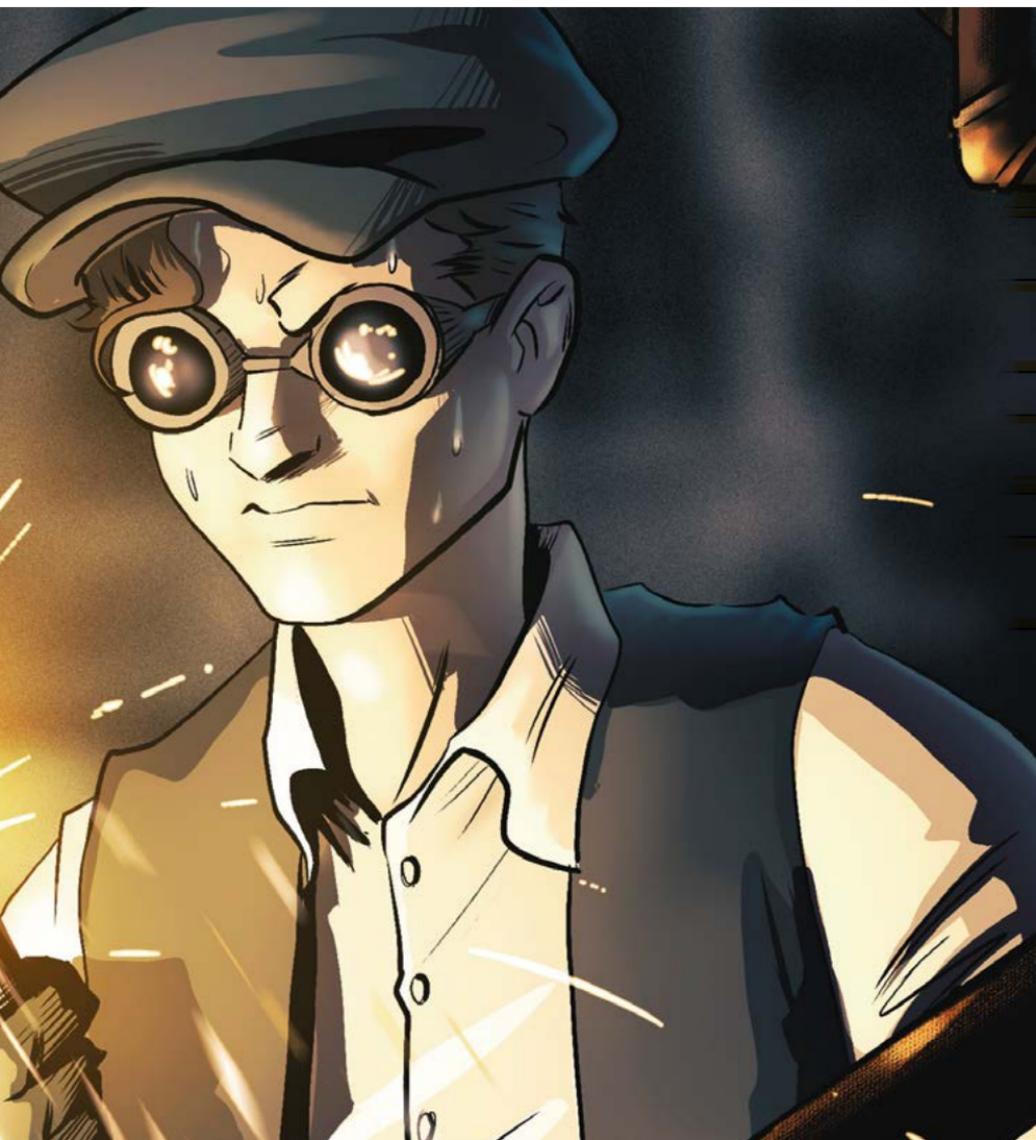
Le saca una foto con el celular y luego la amplía lo más que puede. ¡No es posible! Sí, se volvió loco, no hay otra explicación. Allí, en esa foto fechada en junio de 1930, está él. O alguien demasiado parecido a mí, se dice, incrédulo. Pero no. Es él. Reconoce la cicatriz en la rodilla derecha, que se hizo hace dos años, andando en bicicleta. Ese en la foto, que saluda al buque con entusiasmo, es él. No hay explicación para el asunto.

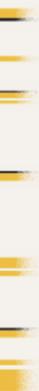
Antes de que manotee el celular para buscar información sobre el navío, siente un leve mareo. Todo se vuelve negro. El recorte se borrona un poco y, para cuando se recupera, está en el muelle, despidiendo al barco, con una banderita en la mano.



CAPÍTULO 2

EL CONTE VERDE DEBE ZARPAR





La misma sensación que tenés cuando estás dormido y te querés despertar y no podés salir del sueño. Algo le aprieta el estómago. No puede ser; pero es. Está allí, en el muelle, saludando al *Conte Verde*. ¿Cómo es posible? Se pellizca e instintivamente se mira la rodilla: allí está la cicatriz con un curioso diseño, que el Fede apodó *la viborita*. Es él, no hay duda. ¡¿Y ahora, cómo salgo de este lío?! ¡La vieja me mata! ¡Bien decía que no subiera al altillo!

Mira a su alrededor, aterrorizado. Tiene que volver a su casa, a su tiempo. Los gritos de algunos vendedores se suman a los de los que se van a embarcar, y lo marean. No entiende nada, no reconoce ningún idioma. La gente se apura, quiere subir la escalerilla. Hay un olor incierto, que le recuerda al campo. ¡Claro! Los caballos. Hay gente que ha venido en carro hasta el muelle. Es como estar en una película.

—Y ahora, ¿qué hago?

Lentamente se mete entre el gentío, para alcanzar la escalerilla. Si efectivamente es el *Conte Verde*, el destino final es Montevideo. Debe subir y viajar de regreso a casa. No hay otra alternativa.

El murmullo de la gente apretada lo confunde y lo marea. Cada tanto reconoce algunas palabras en italiano, en portugués; el resto... ¿quién puede decirlo? Se mezcla entre la gente, pero no sabe qué hacer.

—De acuerdo al artículo que leí en el altillo, estoy en el puerto de Villefranche, el 21 de junio de 1930 y este buque está a punto de partir.

Y casi se cae del susto. ¡Es imposible! ¡Está soñando! Eso le pasa por ver tantas series de viajes en el tiempo. Nunca más. Se pellizca hasta que el brazo se pone colorado y le duele, pero no hay caso. No está soñando. Esto es de verdad. Se mira las manos. Y quisiera verse en un espejo. ¿Sigue siendo el mismo o algo cambió? Tantea el bolsillo. Allí está el celular. Puede verse en el reflejo, siempre y cuando encuentre un lugar en que nadie lo vea. Ah, allá, un poco apartadas del gentío, hay algunas cajas grandes. Quizá puede ocultarse allí y mirarse. Nadie repara en él; en cuclillas, se observa. Sí, es él. Nada cambió. Vuelve al gentío mientras piensa qué hacer y cómo resolver la situación.

Le sudan las manos; le tiemblan las rodillas. Debe volver a Montevideo, a su casa; no puede estar aquí. Entre los gritos distingue a una familia que despide a dos muchachos de boina y con unos trajes bastante arrugados, que hablan español.

—¡Buen viaje! —dice la que parece ser la madre, mientras se restriega los ojos con un pañuelo. No puede contener las lágrimas—. Tened mucho cuidado. Y en cuanto podáis, hacednos saber que estáis bien. Recordad: debéis bajaros en el último puerto, Montevideo. Allí vais a la dirección que

os di. La dueña de la pensión es una prima segunda mía, y seguro que os acoge y os consigue trabajo.

Pero si parece la mujer del almacenero, la Gallega, que habla así, tal cual. Se acerca un poco más al grupo, entre asustado y curioso.

—Sí, madre. No se preocupe, que estaremos bien.

Los muchachos parecen estar deseando subirse al barco y partir. Futuros laburantes, los que en Montevideo trabajaron en distintos oficios, abrieron bares y una larga lista de quehaceres, muchos que dejaron de existir. Ah, sí, guardas y conductores, cuando todavía había. Está frente a la historia, con mayúscula. Esa doble condición lo aturulla un poco. Estás en el pasado, pero con cabeza de futuro. ¡Es como tener la bola de cristal!

Como el *Conte Verde* llega a Montevideo, está salvado, aunque no tiene la menor idea de cómo meterse y viajar.

—Lo único que podés hacer es subir al barco. No hay otra.

Camina lo más rápido que puede hasta la escalerilla por donde suben los pasajeros, hombres de traje, corbata y sombrero; mujeres muy elegantes, con unos vestidos que les marcan la cintura y los hombros resaltados con hombreras; también van de sombrero y usan guantes. Detrás de ellos, se apuran unos trabajadores que cargan las maletas de cuero, con iniciales y algún otro distintivo. Uno se tropieza y se le cae una. De inmediato, un hombre lo increpa de mal modo.

—¡Tonto de capirote! ¡A ver si tienes más cuidado o te moleré a palos! ¡Vamos, apúrate!

Aprovecha la discusión y se mete entre ellos. Sube apresurado la escalerilla y cuando está a punto de llegar

a cubierta, un hombrón de uniforme, con las iniciales del navío y tocado con una gorra de marinero, lo detiene. Extiende el brazo y espeta:

—Pasaje.

Javier mira a un lado y al otro. ¿Pasaje? ¡No tiene pasaje! El hombrón le hace señas de que baje o se meterá en problemas. Con el alma por el piso, Javier baja la escalerilla, tropezándose aquí y allá, aferrándose a la barandilla de cuerda, hasta estar nuevamente en el puerto, frente a lo inalcanzable.

Inquieto, mira a su alrededor, buscando algo que lo ayude a partir de nuevo a Montevideo, de donde salió sin saber cómo ni por qué.

Entonces, los ve. Unos jovencitos más o menos de su misma edad, un poco desaliñados; el varón con un gorro en la cabeza que le da un aire de peleador, y la chica con cara de cansancio y susto. ¡Y son idénticos! ¿Gemelos? Están agazapados y miran hacia otra escalerilla, por la que suben algunas personas pobremente vestidas y con aspecto de estar agotadas, y que llevan, en lugar de las elegantes maletas, unos hatillos de tela burda y cajas de cartón. Las miradas se cruzan; Javier se da coraje y se acerca a ellos. Los saluda tartamudeando y les dice que debe subir a ese barco, que es cosa de vida o muerte.

El varón se burla de él y lo empuja, y Javier pierde el equilibrio y casi se cae. Siente cómo la cara se le pone roja y le suda la frente. La chica lo mira, entre curiosa y un poco preocupada. No deben llamar la atención.

—*¿E perché dovremmo aiutarti? ¿Cosa ci darai in cambio?*

Javier se sacude el saco —recién se da cuenta de que viste un ajustado traje marrón, con pantalón hasta las rodillas y un saco que le queda corto de mangas. ¿Qué pasó con su jogging un poco gastado, el abrigo de lana tejido por la madre y una gorra de béisbol con las iniciales de uno de los equipos venezolanos considerados imbatibles?

Comprende a medias lo que dice el chico, pero cuando extiende la mano, se da cuenta de que quiere algo a cambio.

Se revisa los bolsillos. Capaz que encuentra algo allí. Muy en el fondo, hay unas monedas, que saca, confundido. Las mira y se las tiende. Al chico le brillan los ojos.

—*¡Andiamo! ¡Presto!*

Se escabullen por un callejón en el que se apilan cajas y fierros viejos, y llegan nuevamente al muelle donde está anclado el *Conte Verde*. ¿Por qué dieron la vuelta? Javier no pregunta nada, y los sigue. No hay alternativa, no importa si lo que hacen está bien o no. Avanzan entre una muchedumbre de rostros tristes.

—Son inmigrantes —farfulla el varón, y Javier apenas comprende lo que dijo.

Se apura tras ellos, mientras se mezclan entre esos brazos y piernas cansados que le recuerdan alguna foto de la Segunda Guerra Mundial que vio. Trata de estar lo más cerca que puede de los gemelos, porque el gentío cada tanto los separa y no quiere ni pensar qué haría entonces.

—No vamos a lograrlo —murmura para sí Javier.

Se pregunta cómo se comunicará con ellos, porque es probable que no hablen o comprendan español. ¿Quién dijo que si sabés español, podés hablar italiano? Algo entendió

hasta ahora. Pese a la situación que vive, de pronto recuerda a un amigo de su padre que viajó a Italia y creyó que hablar en italiano era duplicar las consonantes. Muy orondo se había sentado en un bar y pedido una *cervezza* y se enojó con el mozo porque se lo quedó mirando sin comprender. Entonces, señaló una botella vacía que había en otra mesa. El mozo lanzó una carcajada:

— ¡Una birra!

Y se la trajo de inmediato.

Nunca más habló de su viaje a Italia, pero Javier imagina que habrá metido la pata en infinidad de ocasiones. Vuelve en sí y al tiempo en el que está. Siente un tironeo en la manga y el varón le señala una escalerilla en la popa del buque, por la que suben marineros, maquinistas y otros miembros de la tripulación, y también las personas que vio en el muelle, esperando con los bártulos. Emigrantes, se repite, y piensa en sus ancestros. ¿Acaso está repitiendo la historia de su tatarabuelo Massimo, que llegó en 1920 a Montevideo? ¿Habría viajado así, con esas cajas atadas con un cordel grueso y gastado, junto a su mujer, que aferra con fuerza la mano del bisabuelo de cuatro años para que no se pierda entre la multitud apiñada y ansiosa por subir? Cómo saberlo. Nadie fotografiaba a los pobres a punto de emigrar, personas que huían de desgracias e infortunios. Basta con verles los rostros arrugados, las miradas de agotamiento, para imaginar su situación.

Así que, por azar o por destino, tantas generaciones después, él intentará abandonar este lugar para regresar a Montevideo. La gente está inquieta por la partida; los

que van a despedir a familiares lloriquean y gritan últimas recomendaciones a los viajeros; los que se marchan disimulan la tristeza. No saben qué les espera del otro lado del mar, pero desean que sea mejor que lo que dejan. Y ojalá consigan trabajo. No piden más que eso: un techo y un trabajo. Un futuro.

Por un instante, se alegra de ser tan delgado y casi invisible. También son invisibles los gemelos. Las ropas desteñidas y gastadas de los tres los mimetizan con los que se apuran por la escalerilla y, en el amontonamiento, el oficial que controla la entrada apenas repara en ellos. Los deja pasar, quizá porque piensa que son hijos de alguno de los que suben sudando y casi sin fuerzas.

Se da cuenta de que los gemelos saben qué hacer, porque cuando están por llegar a cubierta, se dan la vuelta, alzan los brazos y, con una enorme sonrisa, gritan, felices:

—*Mamma, Papo! ¡Affrettati, siamo qui!*

Y le levantan el brazo a Javier, para que también salude. Cuando el oficial los mira, ve la escena que han montado y cree que vienen con la pareja de aspecto agotado que está a un par de escalones de distancia.

Repiten una vez más el saludo entusiasta y, como si fueran cachorros, se empujan un poco y entran a la cubierta. Deben bajar una escalera que los lleve a donde están las máquinas. No en vano los gemelos han vivido en Marsella, en el puerto, y han aprendido lo que es necesario saber acerca de los barcos que cruzan el Atlántico. Allí, donde están las máquinas, también se encuentran los *camarotes de emigrantes*, que son apenas unos cuartuchos con cuchetas,

en que se apiñan seis o siete personas. Rápidamente bajan las escalerillas y acceden a un largo pasillo que se abre a ambos lados. Un cartelito en letras negras dice *emigranti*. Por el otro pasillo se va a la *sala macchine* y Javier se dice que si el italiano se puede deducir lógicamente o por analogía del español, no ha de ser tan difícil. Se promete que en algún momento echará un vistazo a semejante lugar, y, quién sabe, si puede, hará un croquis. No cualquiera es tan suertudo de ver algo así, un navío que vaya uno a saber en qué año fue construido ni cuáles son sus características. Escucha los ruidos que imaginó que provendrían de un lugar como este, y la curiosidad crece. ¿Cómo funcionarán los motores? Tantas preguntas se le agolpan de pronto y lo marean un poco.

—No te distraigas —se dice, y manotea el bolsillo. Allí está el celular. ¿Acaso podrá usarlo? Internet seguramente respondería a cualquiera de las interrogantes que surgen como en cascada.

Los gemelos avanzan sigilosamente por el pasillo, hasta que dan con una puerta descascarada. La abren y chirría un poco. Miran para ambos lados, prontos para esconderse por si aparece alguien. Pero nada. Es una habitación oscura y mal ventilada, en la que hay unos estantes atestados de herramientas y latas ya oxidadas. En un rincón hay unas colchonetas que despiden un olor bastante repugnante y que seguramente son para que algún maquinista descansa. El varón le hace señas de que entre y se sienta en una. La chica se sienta cerca del rincón, con una expresión indescifrable. A Javier le llaman la atención los ojos celestes y las



ojeras oscuras que resaltan en el rostro pálido. A los labios también les falta color. Quizá esté agotada o asustada. El varón traba la puerta por dentro y vuelve a sentarse.

—Javier —se presenta y se sonroja de inmediato—. Vengo de Montevideo.

Los mira con un poco de aprehensión. Probablemente no sepan dónde queda esa ciudad ni les importe.

Sin saber por qué, recuerda a su tío abuelo Arturo, a quien le hacía toda clase de preguntas sobre Uruguay y el mundo. Rara vez Arturo habla de sí mismo, como si hubiera una parte de su vida que le perteneciera únicamente a él y que no comparte con nadie. Una vez le contó a Javier

que, para no olvidar, anota en un cuaderno que esconde celosamente bajo el colchón, pero no le dijo por qué lo esconde. Sí, seguramente, en este momento, Arturo sería de gran ayuda. Se entristece súbitamente, porque recuerda, como si fuera hoy, el día que su padre le dijo que Arturo había fallecido. Entonces pensó en el cuaderno escondido, pero no dijo nada. Mientras los padres estaban en el velorio y luego en el entierro en el Cementerio del Norte, entró al cuarto y lo buscó. Allí estaba. Lo tomó con sumo cuidado, como si fuera a hacerse polvo, y lo escondió entre sus libros. Algún día, se prometió, lo leería.

A la chica le brillan los ojos y le da un pellizco al hermano.

—*¿Hai ascoltato? ¡Ha detto Montevideo!*

—*Vogliamo andare a Montevideo. Famiglia lá...*

Javier hace un gesto afirmativo, en señal de que ha entendido.

—¿Quién?

—Crosa. Pinerolo —agrega el chico.

Pero antes de que Javier pueda decir algo, escuchan un alboroto, gritos, corridas, insultos y golpes. Los hermanos se ponen de pie de inmediato, se arriman a la puerta y la abren apenas unos centímetros. La pelea ocurre en uno de los camarotes. Varios hombres también discuten en el pasillo, a pocos metros de donde están.

Javier recuerda entonces un gesto con la mano derecha que alguna vez hace su padre cuando no comprende algo y lo repite, mirando a los hermanos. El chico responde escuetamente:

—*Sala de macchine. I problema.*

Después continúa con una retahíla que Javier deduce vagamente.

—Aquí, en este lugar, entre los emigrantes también viajan ladrones baratos, bribones, aprovechadores, gente mala que cree que en otra parte harán sus negocios. Ah, también hay gente que se escapa por política. Y hay muchos buchones. Es gente que por algo de comida o dinero delata a cualquiera. Escuchan y cuentan. Son malos. Hay que cuidarse. A veces, se oyen cuestiones interesantes, que pueden ser útiles.

—¿Útiles para qué?

Pero el muchacho no comprende la pregunta y no dice nada. Javier se da cuenta de que no sabe sus nombres.

Se pone una mano sobre el pecho, dice el suyo despacio, para que comprendan y los mira. Parece que da resultado, porque ambos esbozan una sonrisa.

—Tomassino —dice el varón, y señala a su hermana—: Antonella.

Y después, con voz grave:

—*Andiamo.*

Se acerca a un hombre de piel cetrina, con las cejas tupidas y un enorme bigote. Una boina le cubre la cabeza, y las manazas dan miedo. Está un poco apartado de los demás y no interviene en la pelea. Los golpes de los puños suenan secos, y cuando un hombre cae al piso, el ruido es atronador y como el de una vaca que cae en el matadero. Otros hombres miran la pelea, gritan y alguien apuesta a que gana uno con un enorme tatuaje en un hombro: una calavera atravesada por dos puñales. Antonella palidece

y después se apoya en la pared. Javier se le acerca y ella le susurra en el oído: *camorberos*, y se estruja las manos.

—La mafia. Calabria —explica Tomassino.

Los dos hombres se pegan con fuerza, y uno le da un empujón al otro, que rebota contra la pared. Se recupera rápidamente y le devuelve un directo certero que le rompe la ceja. De inmediato, brota un chorro de sangre de un rojo vivo, que exalta a los mirones que los rodean. El hombrón mira a Tomassino con indiferencia. No le llama la atención que haya un joven rondando por los pasillos; ya se sabe que aquí, donde viajan los emigrantes, hay de todo, y nadie, pero nadie, pregunta quién es, por qué está allí, ni muchos menos de qué huye o hacia dónde va.

—¿Qué ocurre?

—Se corrió la voz de que una turbina no funciona, y que se posterga la salida del barco. La gente se inquietó, porque algunos hombres son fugitivos, y temen que la demora les arruine los planes o los ponga en peligro.

—¿Por eso pelean?

—En el borbollón, el de la ceja rota le robó algo al otro, cuando se acercaron a la sala de máquinas a ver qué estaba pasando. El aire está caldeado y es un polvorín. Se fueron a las manos, como ocurre siempre.

Tomassino se escurre entre los mirones y regresa junto a Javier y Antonella.

—La partida se pospone. Se averió algo en la sala de máquinas y este buque no puede salir hoy.

Javier lo mira estupefacto.

—¿Qué día es hoy? —les pregunta.

Antonella responde, sin dudar.

—21 de junio.

—Entonces, no importa lo que digan, este buque saldrá hoy mismo —dice con firmeza.

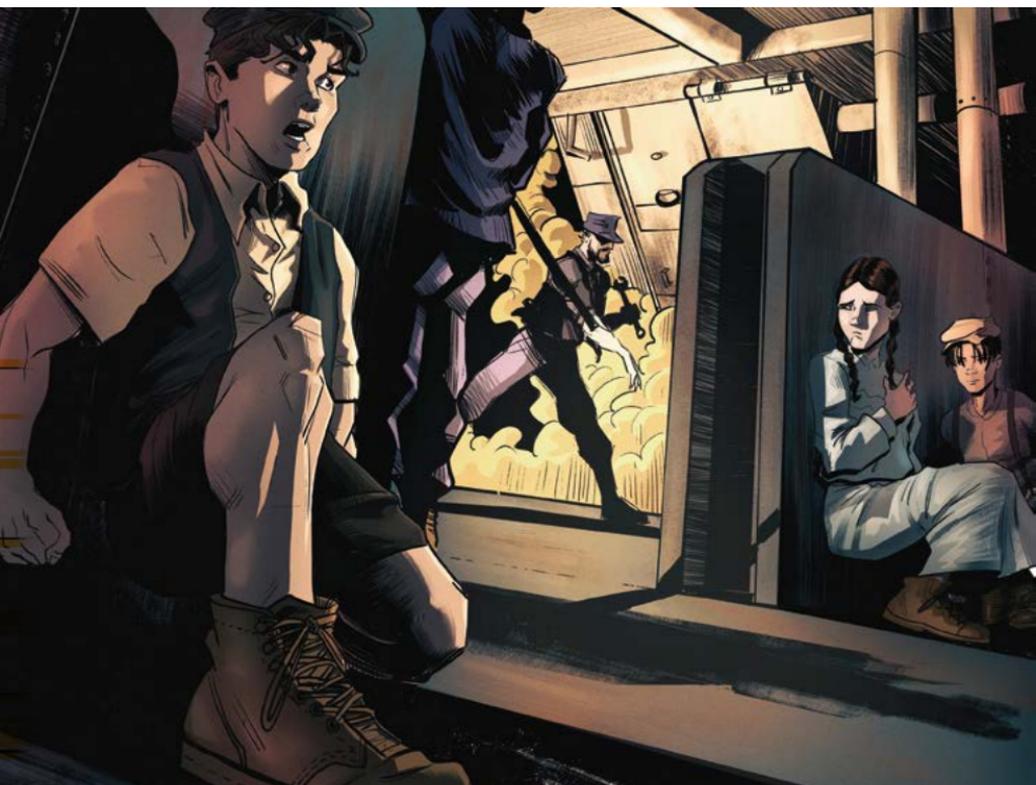
—¿Y qué ocurre con la turbina? ¿Cómo sabes que la arreglarán a tiempo para zarpar?

Para su propio asombro, dice con voz clara y decidida:

—Sígueme, y lo verán.

Javier empuja suavemente a Antonella y Tomassino los sigue. La trifulca sigue y en cualquier momento bajarán los de la tripulación a poner orden y la cosa se pondrá peor. Se escurren entre los hombres que miran la pelea. Una vez apartados del montón, los gemelos lo miran sorprendidos y es como si se hubiera transformado en otro. Les pide que tomen algunas herramientas de los estantes —las enumera cuidadosamente— para ir hasta la sala de máquinas.

Allí hace un calor inaguantable, no hay casi aire. Dos maquinistas, con las manos engrasadas y la frente cubierta de sudor, se afanan ante una enorme turbina a vapor. La observan como si fuera un animal al que deben disecar y se miran entre sí como si vieran por primera vez semejante cosa. Javier se quiere convencer de que puede repararla, pero no si esos dos hombres están allí. Deben hacer que salgan de la sala. Mira a Antonella, que comprende que es su turno de entrar en escena. Javier les explica en pocas palabras el plan. Antonella debe simular un desmayo y caer al piso; Tomassino intentará reanimarla, pero no lo logra, y pide ayuda a los dos hombres. Debe sonar verdaderamente trágico, insiste Javier, que agradece los comentarios sobre



tragedia griega de la antipática profesora Josefina Falcao. Siempre decía que algo en la vida real puede parecer inverosímil, pero no lo es, y que en una tragedia debe exagerarse para que el público dimensione cabalmente el drama.

—Tu hermana padece de anemia, o algo así, y el desmayo es índice de que ha habido un descenso de los glóbulos rojos.

Recuerda a la profesora de Biología, la despistada Chavita que machacaba algunas ideas como para que no las olvidaran nunca más. Después continúa:

—Pide para ir a la enfermería o a donde sea, con el capitán, da lo mismo. Lo que debe ocurrir es que los dos hombres te ayuden a sacarla de la sala. Después veremos.

—¿Y podrás arreglar esa máquina tan rápidamente?

—Por supuesto —afirma, y espera que la voz salga clara y sin titubeos—. Estoy seguro de que no es nada serio. Un tornillo flojo o algo así.

Sin decir nada, Antonella lanza un grito ahogado y cae al suelo, los ojos vueltos hacia atrás; mueve un poco piernas y brazos y después se queda inmóvil. Tomassino la mira, asustado. ¿Y si se desmayó en serio? ¿Y si tanto tiempo sin comer algo decente hubiera hecho mella en su hermana? Se le encoge el corazón y le aprieta una mano. Javier permanece escondido y mira la escena con entusiasmo. Parece real. Le hace una seña a Tomassino para que grite y pida ayuda. ¡Ahora!

Durante unos segundos, parece que todo ocurre en cámara lenta. El grito desolado de Tomassino; Antonella que ha quedado inmóvil, los ojos fijos en el techo; los maquinistas que se apartan de la turbina al escuchar el grito; los pasos apresurados y las voces graves preguntando qué ha sucedido, qué ocurre, que ya vienen a ayudar.

Encuentran a Tomassino lívido, mirando a su hermana de un modo que nadie sospecharía que todo es una actuación digna del cierre de un primer acto. Los hombres no preguntan qué hacen dos jovencitos aquí. Rápidamente

le explican a Tomassino que llevarán a Antonella hasta el camarote del capitán, quien se encargará del asunto. Tomassino dice que los acompañará. Qué dirá cuando la hermana vuelva en sí es algo que pensará durante el trayecto hasta la cubierta principal. Antonella se deja hacer, y realmente parece haber perdido el sentido.

En el momento en que la comandita sale de allí, Javier corre hasta la turbina y la observa con detenimiento. Es enorme. Ahora duda y le tiemblan las manos. ¡Cómo se le ocurrió que era capaz de arreglar semejante aparato! ¡Una cosa es ver tutoriales en YouTube o instrucciones en 3D, y muy otra es ver esto así, en vivo y en directo!

—Respirá, respirá y confiá en vos —se repite, y las manos le sudan que dan asco.

Cada turbina de vapor incluye dos cajas de cambios y dos hélices. Teniendo en cuenta los motores sofisticados que ha estudiado, se dice que esto no ha de ser incomprensible, sino una cuestión de lógica pura —como armar un Lego— e insiste en convencerse de que es un maquinista avezado. Cruza los dedos para que no se trate de las válvulas de entrada o de salida del vapor. Eso, que no es imposible de resolver, implicaría salir de la sala de máquinas y buscar la caldera y generaría otro conjunto de complicaciones que no se solucionarían con otro desmayo de Antonella. Además, debe reconocer que sería incapaz de arreglar las válvulas de vapor. Una corazonada le dice que la cuestión está en la hélice. Que, o bien se atoró por algún motivo, o perdió alguno de los sostenes. Una mirada atenta lo confirma. Uno de los rayos está suelto e impide que la hélice rote

impulsada por el vapor. Mira a su alrededor hasta que lo ve: un soldador grande y pesado; ¿le dará la fuerza como para moverlo y usarlo?

—No podés rendirte ahora, mantequita.

Mira una y otra vez la hélice y mueve la rueda con cuidado hasta que el rayo suelto está al alcance de los dedos. Con la misma delicadeza con que manipula las piezas diminutas de una maqueta, toma el rayo y lo sopesa. Las manos se le engrasan de inmediato; siente una picazón en la nariz y se la rasca con fruición. Después vuelve al trabajo. Si hubiera un espejo y se viera..., se tomaría por uno de aquellos actores del cine mudo que se embadurnaban de negro para simular que eran africanos. Se olvida de Tomassino y de Antonella; ni siquiera piensa en la posibilidad de que se haya descubierto lo del desmayo falso, lo que seguramente los metería en más problemas. En todo caso, que lo descubran una vez que el barco haya abandonado el puerto; a ningún capitán se le ocurriría interrumpir el viaje y dar marcha atrás —algo que con el *Titanic* no era posible— solo porque una joven polizonte simuló un desmayo.

Se concentra tanto que se muerde los labios y frunce la frente. El soldador pesa; le cuesta encontrar el enchufe —claro, busca un enchufe del siglo XXI, y no esta cosa rara—. El cable está recubierto de una tela entretejida por la que asoman algunas hebras de cobre. Lo que le faltaba. Una descarga eléctrica. Y, para colmo, la suela de los zapatos no es de goma. ¡Qué complicado vivir en esta época! Después, el trabajo manual y la concentración lo hacen

olvidar la situación, y es como si estuviera en su cuarto, armando una maqueta... con la diferencia de que esto es real y debe funcionar. Le suda la frente, se le nubla la vista y cada tanto le tiemblan las manos. Resopla y se quita el mechón de pelo que le tapa un ojo. Ahí está: el rayo en su lugar, fijo y firme. Ve su obra y duda. ¿Y si la soldadura es excesiva y eso entorpece el natural funcionamiento de la turbina? No, no debe dudar. Listo. Con un último aliento, devuelve el soldador a su sitio, pero el temblor de manos y rodillas no desaparece, sino que aumenta.

Una hora más tarde, escucha las voces de los maquinistas que se acercan por el pasillo, rumbo a la sala de máquinas. Justo a tiempo para esconderse junto con las herramientas y desaparecer en el cuarto de los trastos. Deja la turbina reparada, tal como la encontró, y sabe que los hombres ni se darán cuenta de que funciona. Simplemente, harán un nuevo intento y se pondrá en marcha. No dirán nada, para que el jefe de máquinas los tome en cuenta a la hora del almuerzo y les dé doble ración. Se dan la mano, satisfechos. Javier sale sigilosamente de la sala y avanza por el pasillo casi en puntas de pie. Le da no sé qué abrir el picaporte con las manos tan sucias, pero no sabe con qué limpiárselas. Estira la derecha, mientras que con la izquierda aprieta las herramientas...

¿Pero qué ha ocurrido!? ¿Está nuevamente en el altillo, con las manos engrasadas, rodeado de los recortes que leyó... ¿cuándo? ¿Qué día es? El celular indica claramente la fecha: 21 de junio de 2030. Teniendo en cuenta la diferencia horaria con Europa... Tomassino y Antonella ya

han de estar en alta mar. ¿Lo buscarán? ¿Se preguntarán si le ocurrió algo? Seguramente que no. Allí abajo cada uno se hace cargo de sí mismo. Bueno, si fuera al revés, él pensaría en ellos con algo de preocupación.

—Reaccioné de una buena vez —se dice, todavía un poco mareado por el *viaje*.

Debe lavarse las manos con urgencia. Si la madre lo ve así, engrasado, no habrá mentira que alcance para vencerla de que es pura casualidad.

Se las mira nuevamente y le brillan los ojos. Solo él y los gemelos saben que el 21 de junio de 1930, el *Conte Verde* zarpó del puerto de Villefranche gracias a su amor por los motores náuticos.



CAPÍTULO 3

UN SECRETO PARA FEDE





Sí. Está de vuelta.

—Me volví loco, es eso. Como Don Quijote, algo así.

Se le quemó el cerebro. Lo que repite el Loro: Javier, sos un tóxico, por eso nadie te banca.

Es tóxico. Y esto lo confirma. ¿A quién preguntarle? ¿Un loco se da cuenta de que está loco? No, ni ahí. El loco cree que está cuerdo. Capaz que le está pasando como al tío de Loli: se le saltó la térmica y se fue desnudo a caminar por el Viaducto. Pero él duda, ¿dudar es señal de que piró mal? El nudo en el estómago crece con cada minuto que pasa. Casi está a punto de vomitar del susto. Se apoya contra la pared. Quiere salir del altillo de inmediato, antes de que las cosas empeoren. Deja todo como está, en completo desorden, y desciende la escalerilla en puntas de pie. Se apura al cuarto de baño y, al verse en el espejo, descubre el tizne en la nariz, que le da un aspecto absurdo, tal como se siente. Se lava las manos con fuerza hasta que quedan como nuevas y luego se restriega la nariz con tanta fuerza que el manchón cede, y la nariz parece una zanahoria. No puede impedir, sin embargo, que le tiemblen las manos. ¡Y las rodillas! Parecen un flan, como cuando encuentra

un meme detestable en Instagram y sabe que es del Loro. ¡Qué falta le hace el Fedé!

Entonces escucha a la madre que se afana en la cocina.

—Javier, Javier, ¡a cenar!

Estuvo casi un día y medio en Villefranche y luego en el *Conte Verde*. Piensa en los gemelos, que han de estar acostumbrados a que las personas aparezcan y desaparezcan. Al fin y al cabo, sabe nada sobre ellos; y ellos, sobre él, lo ignoran todo. Piensan que es de esa época y como tantos otros adolescentes que, huyendo del hambre, se embarcan para *hacer la América*. Así, comienza a comprender un poco más la tragedia de emigrar; eso que cuando se discute en la clase le suena remoto y ajeno. Las preguntas surgen de a una y apenas le dan tiempo para pensar. ¿Familias separadas por la emigración? Ah, el tatarabuelo... del que poco y nada se habla. Vino de Italia. ¿Pero a quién dejó atrás? ¿Pensaría en la familia del otro lado del océano o simplemente llegó y se instaló y dejó de pensar en su tierra? Se le pone la piel de gallina. ¿Podría él hacer algo así? ¿Qué hubiera pasado si no hubiera vuelto de Villefranche? Ah, no, se dice. Eso no vale, porque lo mío es bien distinto. Yo no me fui. Alguien me mandó. Otro razonamiento propio de un loco. ¿Cómo que alguien lo mandó? Solo falta que crea en lo paranormal.

—Concéntrate, Javier, en lo que importa.

Imposible dejar de pensar en el muelle y en la gente que se iba. ¿Y qué pasa con los hijos que no volverán a su tierra y que no verán a sus padres y familiares? Entonces piensa en la crisis del 2002. Él no había nacido, pero ha escuchado cuentos tristísimos. Tantas familias que se separaron, hijos que

partieron a España, padres ya envejecidos que se quedaron. Acá, en Peñarol, hubo varias familias que se desmembraron. Con suerte, algunos se encontraban para fin de año, y lloraban al verse y lloraban al partir. ¿Maridos que parten para labrarse un futuro y ayudar a los que quedan atrás, con esperanzas y sustos, y que solo pueden remitir algo de dinero mensualmente, sabiendo que un mar inmenso les impide abrazar a esposas e hijos? Piensa en Amelia, a la que apodan la Loca, porque sus ancestros son confusos. Se dice que su bisabuelo fue bigamo. Se vino de Galicia, dejó la esposa allá, y acá volvió a armar una familia. ¿Y los que huyen por motivos políticos, ideológicos, por una guerra o un conflicto armado? Claro, como los seis de Guantánamo. Ya hace 25 años de aquel hecho que sorprendió al país. Una vez, durante un almuerzo, su padre hizo mención al asunto, y sintió curiosidad. ¿Qué se hizo de ellos? ¿Quiénes eran? También vinieron algunas familias sirias, cuando estalló la guerra en su país. Eso contó el del almacén, el Turco, aunque no lo es, es sirio-libanés. Él fue uno de los que se vino. ¿Cómo siguen viviendo en un lugar cuya lengua y costumbres desconocen, muchísimas veces sin papeles que los identifiquen y sin a quién narrarle su historia?

Y entonces piensa en Tomassino y Antonella. ¿De dónde son, qué hacen en Francia, en ese muelle, para abordar el *Conte Verde*? Solo dijeron que querían llegar a Montevideo y algo de un pariente lejano. ¿Dónde están sus padres? ¿Acaso ellos saben que sus hijos van a cruzar el Mediterráneo y el Atlántico? Son demasiadas preguntas pero, por más que lo intenta, es inútil. Están allí, como los recortes y las cajas. Como si fueran una sola cosa.

Si la madre se da cuenta de su inquietud, empezarán las preguntas. ¿Y qué puede decir? ¿Estuve en un transatlántico, en el pasado? No, imposible. La angustia y la ansiedad crecen. Si no responde alguna de esas preguntas pronto, estará en problemas. Se conoce. Una cosa lleva a la otra y a la otra, hasta que se ha acumulado una cantidad tal que es imposible de resolver. Debe concentrarse en la cena, en la madre, en lo que ocurre en ese preciso momento. Se sienta y pone la mejor cara que puede de *yo no fui*. Mira el plato y se da una orden:

—Comé, tragá, disimulá, no pienses.

La madre se ve mejor, recuperada. El padre avisó que llegará un poco más tarde.

—Querida, voy a hacer algunas horas extra, no nos vienen nada mal a esta altura del mes. Empiecen ustedes, no me esperen a cenar.

La madre separa una porción grande de pascualina en un plato y la cubre con un repasador. No le gusta que Fabrizio trabaje tanto, pero son los tiempos que corren. Se siente mal por no aportar a la economía familiar, y Fabrizio la ha consolado con que es importante que acompañe a Javier en esta etapa tan difícil, la adolescencia, y que padece doblemente debido a las burlas del Loro y su bandita.

—¿No pensaste en ponerte a vender esas telas que enloquecen a tus amigas?

—¿Qué cosa?

—Esas telas con las que hacés batik y después convertís en bolsos, carteras, pañuelos. ¿Te acordás de que me mostraste un folletito que hiciste para cada uno? Podés colgarlo en internet, en Pinterest, en Instagram, algo así. Mucha gente hace eso.

—¿Y si no pasa nada? No sé; realmente, no sé cómo nos
la vamos a arreglar. Y todo está carísimo.

—Puedo trabajar más horas, por eso no te preocupes.
Haceme caso. Si te seguís preocupando así, te vas a en-
fermar y eso sí que no está bueno.

Le acaricia la cabeza e insiste con que haga la prueba.

—Preguntale a tus amigas, a Sheila o a Milka, a ver qué
dicen. Estoy seguro de que es una buena idea.

Rosario suspira y dice que lo pensará.

—¿Encontraste algo interesante allí arriba? —pregunta
la madre y lo mira con algo de curiosidad.

Javier siente que la comida se convierte en una piedra,
un adoquín, en la boca del estómago. Se mira las manos.

—Controlate, Javier, controlate —se dice.

Le da un ataque de tos.

—Recortes de época —tartamudea.

Seguramente no haya convencido a la madre. Así que
continúa.

—Quizá en algún momento me sirvan para las cla-
ses de Historia —zafa lo mejor que puede y vuelve a la
pascualina.

La madre no insiste y respira más aliviado. Esta cena,
sin lugar a dudas, es la peor de todas. ¿Por qué las madres
hacen preguntas tan incómodas en el peor momento?

—¿Cuándo vuelve Federica?

La madre no la llama por el apodo *el Fede*, que le suena
ajeno y feo. «Como si fuera un varón», dijo una vez.

—No es un varón. Hace lo que le gusta: jugar al fútbol,
deportes y esas cosas.

—¿Y por qué le pusieron ese apodo, entonces? Tanta libertad para las mujeres, pero basta que alguna haga algo «que no es femenino» para que le pongan un apodo de varón. ¿Por qué no le dicen *la Fede*?

¡Uy! No tiene ningunas ganas de meterse en ese tema. El apodo viene de hace mucho tiempo, cuando derrotó al Loro en una pulseada. Alguien dijo que nunca había visto algo así y la llamó *el Fede*. Ella ni se molestó. Escupió el piso, miró al Loro de arriba abajo como si fuera una cucaracha y les dio la espalda. Un momento histórico, realmente.

—En estos días; espero que no demore demasiado.

—Sí, te comprendo. Una amiga como Federica no se encuentra todos los días.

Se alegra de que la madre no haya insistido con lo del altillo. No volverá a subir allí, porque no hay respuestas para lo que le ocurrió. Además, eso de ir y venir en el tiempo no es fácil de entender. Solo pensar en que quizá una vez no logre regresar le quita el aliento y le pone la piel de gallina. En todo caso, no subirá hasta que no converse con el Fede. Teme las pesadillas y ansía que regrese de una buena vez para contarle todo. Seguramente, encontrará una respuesta lógica y le quitará importancia o, con los ojos brillantes, se sumergirá en la historia y querrá saber todos los detalles, empezando por los misteriosos gemelos, y otros etcéteras propios de su amiga. ¿Viajar en el tiempo?

Ayuda a la madre a recoger los platos y, mientras ella los lava, él los va secando. Cada uno sumido en sus propios pensamientos. Los suyos... ¡por dónde empezar a deshacer el nudo!

Le da las buenas noches y dice que se va a dormir, que está muy cansado. La madre le devuelve el saludo y agrega que esperará al padre y lo acompañará mientras cena. Entre tanto, habrá algo en la tele para entretenerse.

Javier va a su cuarto lentamente, como si cargara una bolsa de piedras en la espalda, cansado y con el cuerpo tan dolorido como cuando se liga una buena paliza del Loro. Pero basta con que cierre la puerta, para que lo sucedido en estas horas, desde la primera vez que subió al altillo, hasta hoy en que apareció nuevamente allí, se repita una y otra vez como si fuera una película. ¿Y si todo fue una especie de sueño, y cree que verdaderamente sucedió? ¿Cómo distinguir? ¿Cómo saber?

—No te engañes, Javier —se dice—. ¿Y las manos engrasadas y la nariz tiznada? A menos que seas sonámbulo... ¿cómo te podés haber ensuciado de ese modo? En el altillo hay cualquier cantidad de cachivaches, pero nada que engrase de ese modo.

Entonces se pone los lentes de realidad aumentada y se concentra en *La vuelta al mundo en 80 días*. Realmente, es impresionante. Está, literalmente, en el *Reform Club*, junto al señor Phileas Fogg que comenta un robo impresionante a un banco. Es como se lo imaginó y da vueltas por la habitación, curioseando. Entonces escucha la voz de Fogg que lanza la absurda apuesta. Los otros aplauden.

Pero está inquieto y no se concentra realmente. Se quita los lentes, da un suspiro y se desviste. ¡Fede, tenés que volver!

Como si la hubiera llamado con el pensamiento, en ese momento le llega un mensaje de su amiga. Lo reconoce de



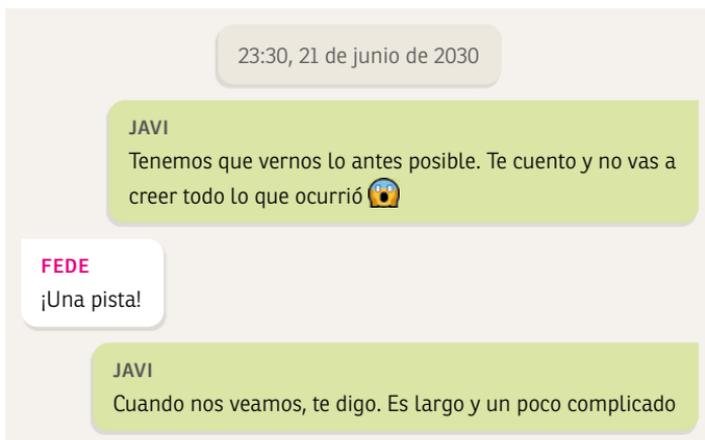
inmediato, porque ha configurado el WhatsApp para que sus mensajes suenen con un tono especial, solo de ella. Se le alegra el corazón. Ya está en la cama, enciende la luz de la mesa de noche y lee velozmente.

23:30, 21 de junio de 2030

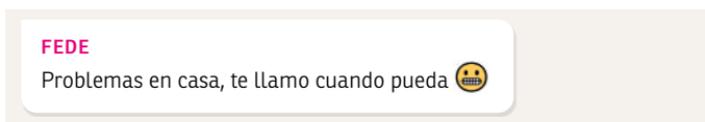
FEDE

Hola, amigo. Llegué hace un rato.
Cuándo nos vemos? Qué hiciste sin mí?
Clavado que te reaburriste 😎

Responde con varios emoticones de alegría y otras expresiones exageradas, y se despide:



Sin embargo, al otro día, el Fede no va a clase y le manda un mensaje escueto y misterioso:



¿Qué le habrá pasado? No la puede llamar, porque sea lo que sea que ocurrió, lo más probable es que no atienda el teléfono. Y si no va a clase, hoy no se verán.

La primera hora es de Geografía, aburridísima como siempre, pese a que el profesor proyecta unos mapas en 3D que parecen cuadros. Y aunque intenta concentrarse en la clase, una y otra vez vuelve al atillo, al transatlántico, a

la pelea en el piso de los emigrantes y a la turbina. No da más. Si no habla con el Fede ya, se volverá loco.

Contraviniendo lo decidido por Federica, Javier le envía un mensaje.

JAVI

Por favor, es de vida o muerte!!! 🗿

Pero Fede no responde. Un desastre. Debe aguantarse hasta el día siguiente. ¿Podrá controlar el nerviosismo y ese susto que crece más y más? No hay nada que hacerle: se volvió loco. No, no puede ser. Los locos no se dan cuenta de que están locos, todo lo contrario. ¿Entonces?

Idioma Español no mejora en nada su ánimo. Está tan concentrado pensando, tan lejos de la clase y del murmullo que empieza a crecer a su alrededor, que ni siquiera repara en un videíto que alguien sube en el grupo de la clase. Un TikTok asqueroso. El Loro se tomó el trabajo de montar una secuencia bastante idiota, y la cara es la suya. Los murmullos, las risitas y las burlas a sus espaldas le llegan en cámara lenta, como cuando estás debajo del agua y alguien te habla. Tampoco atiende cuando la profesora reprende al Loro, que se hace el vivo a los gritos, y lo manda a la Dirección, porque es evidente que es el que ha armado el barullo. Siempre se las ingenia para llamar la atención y ser el centro. Es grandote, con la cara picada de granitos —es el mayor del grupo— y con un vozarrón que se escucha desde la esquina. Es torpe y

feo. Y si no fuera por la fuerza y las burlas, seguramente nadie le haría caso.

Javier consulta el celular cada tanto: el tiempo no se mueve, como si se hubieran parado todos los segunderos del planeta. ¡Por fin! Toma sus cosas y sale del liceo. Camina lentamente, un poco encorvado; la vista fija en la vereda, las manos en los bolsillos. ¿Se habrá sentido así Artigas cuando hizo el éxodo del pueblo oriental? Seguramente.

En eso, de detrás del murito de la casa de los García, aparecen el Loro y tres secuaces y le impiden seguir caminando. El Loro le da un golpe en la cabeza y le desordena el pelo. Otro lo empuja y Javier trastabilla. Los otros dos se ponen uno a cada lado y lo sujetan de los brazos. El Loro se apresta a darle una piña en la boca del estómago. Javier se prepara, aunque sabe que no hay nada que pueda hacer. Cierra los ojos y respira profundamente.

—¡Para que no te olvides de nosotros, manteca tóxica!

Pero cuando Javier ya adivina el puñetazo que le quitará el aliento, oye el insulto que lanza el Loro, que haría sonrojar a cualquiera, y después cómo cae a la vereda.

—Eso solo puede hacerlo Federica —piensa Javier, pero es imposible.

—¡Fuera de acá, cobardes! —escucha la voz un poco ronca de su amiga y, por el tono, se la nota furiosa—. ¿Cuatro contra uno? Esperen a mañana y verán.

Los tres salen corriendo, mientras el Loro intenta ponerse de pie, pero respira con dificultad. Federica se le acerca, le tiende la mano y lo ayuda a incorporarse. Cuando está parado justo delante de ella —son de la misma altura—,

Federica le hace una paralítica y una zancadilla, y el Loro se contrae del dolor.

—Ves, en un mano a mano, no servís para nada. Cobarde. Salí de acá, si no querés que te deje un ojo morado.

El Loro se recompone como puede y farfulla un insulto.

—¡Ya te voy a encontrar solita, nena! —la amenaza.

—Mirá como tiemblo, cagón. Salí de acá.

—¡Fede!

—Dijiste que era de vida o muerte. Pero no imaginé que fuera tan literal.

Javier se ríe y le da un abrazo.

—Vamos, desembuchá de una vez —lo apura ella.

—Esperá un poco. ¿Qué pasó en tu casa?

—Lo de siempre. Me viejo llegó en pedo, se la agarró con mi madre. El Lalo empezó a llorar, mi viejo le dio un empujón y el Lalo se lastimó. Mi madre nos metió a los dos como pudo en el dormitorio y después no sé cómo se defendió a los gritos, hasta que los vecinos golpearon la puerta. Parecía que la iban a tirar abajo. Aproveché y llamé al 911. Vino la cana y mi viejo marchó esposado. Es la primera vez que lo denunciarnos, bah, que lo denuncié, y mi vieja aceptó ir a la comisaría y firmó. Espero no volver a ver a esa basura nunca más.

—¿Y cómo está el Lalo?

—No se lastimó, por suerte. Le quedará un moretón. Pero, claro, imaginate la impresión.

—Después voy a verlo. Qué macana lo de ustedes. Me parece buenísimo que hayas llamado a la policía. Ojalá que hagan eso de que no pueda estar cerca de ustedes

y le pongan esa tobillera. ¡A mí me daría una vergüenza espantosa!

—Mi viejo es un cualquiera, un avivado, siempre lo fue. Mi madre debió haberse divorciado al primer golpe. Lo que dicen los grupos de ayuda a víctimas de violencia doméstica es muy cierto: el agresor se disculpa, dice que nunca más, que no sabe qué le pasó, etcétera, y a los dos días: zas, de vuelta. Y así hasta que las matan.

Ambos se quedan en silencio. Después de lo que dijo Federica, siente que contarle lo del *Conte Verde* es como tomarle el pelo a alguien. Federica lo sacude y dice:

—Ahora te toca a ti. ¡Espero que sea algo emocionante, así me olvido de todo ese problema!

Javier pone cara de no estar seguro y Federica le da un empujoncito.

—¡Dale!

—¿Me prometés que no te vas a reír de mí ni que vas a creer que estoy loco?

Federica se pone la mano derecha sobre el lado del corazón y responde solemnemente:

—Lo juro por Tom Sawyer.

Entonces Javier le cuenta todo de un tirón, tal como ocurrió, e intenta no olvidar ni un detalle. Federica lo escucha atentamente y, a medida que Javier avanza en la historia, se va poniendo más y más seria. Cuando Javier termina, casi sin aire y con la frente sudada, Federica espeta:

—Vamos al altillo ya mismo y revisamos los recortes. Ahí está la clave.

—¿La clave de qué?

—De lo que pasó y de cómo sucedió. De cómo puede ser que...

—¿Entonces me creés? ¿No pensás que enloquecí de pronto?

Federica piensa. Sí, la historia suena a *Volver al futuro* o a *Terminator*. Ni que hablar de *Dark*, la alemana. A Javier, la ciencia ficción, los viajes en el tiempo siempre le encantaron. Pero esto es imposible por donde se lo mire. Así que, sí, hay una lejana posibilidad de que su amigo haya enloquecido. Pero, así y todo, la historia, sea verdad o producto de la imaginación portentosa de Javier, la atrae.

—Ni por una. Aunque no sepamos cómo es que hiciste semejante *viaje*, alguna respuesta debe de haber en alguna parte. Dale, vamos. Hay que revisar todo lo que se relaciona con el primer mundial de fútbol. 1930. Fue increíble, ¿no? Cuando entrenamos, el profe siempre cuenta alguna anécdota de cómo llegó el fútbol a este país, los ingleses, los criollos, todo eso, Peñarol, Nacional.

Javier la mira con admiración. A Federica le apasiona el fútbol. Juega en el equipo femenino del liceo, de centro, aunque alguna vez ha estado de golera. Juega mejor que algunos varones, los *patadura*. Y nunca erra un penal. Lujo total.

La madre saluda a Federica con alegría; su presencia le hace bien a su hijo. Es poco expresivo, pero los que lo conocen bien, saben que sin Federica las cosas no serían tan fáciles; del mismo modo que, a su manera, él es un apoyo para la chica y su hermano Lalo. La madre sabe que en esa casa hay problemas, pero nunca intentó intervenir,

y a veces se siente mal por no haberlo hecho. Pero quién se mete en esos líos. Después hay que salir de testigos y todo eso. Mejor apoyar de otro modo.

—Mamá, nos vamos al altillo con Fede. Quiero mostrarle algunos de los recortes del bisabuelo.

—¡Javier! Una vez, vaya y pase. Pero te dijimos que...

Pero ya subieron la escalera apurados y no la escuchan. Una vez allí, revuelven la caja y Javier encuentra una noticia referida a cómo se decidió que Uruguay fuera la sede del primer mundial. El título es sugestivo: «Congreso de la FIFA en Ámsterdam resuelve organizar un campeonato mundial en 1930». En el artículo se lee que, en febrero de 1929, el secretario de Nacional, José Gervasio Usera Bermúdez, y el vocal, Roberto Espil, presentaron en la reunión del Club Nacional de Fútbol un proyecto «pugnando porque sea Montevideo la sede campeonato mundial de 1930», y fundamentan la propuesta en que coincidiría con la celebración del primer centenario de Uruguay. La AUF lo aprueba e inicia los contactos con el gobierno que preside el Dr. Juan Carlos Campisteguy. Quizá haya sido una coincidencia que el hijo del presidente sea el secretario de la AUF.

El Mundial se convirtió en una cuestión de Estado. El ministro de Relaciones Exteriores, Rufino T. Domínguez, manda al Dr. Enrique Buero y a Héctor R. Gómez como representantes de Uruguay al Congreso de la FIFA, para que gestionen la sede para Uruguay. «Ofrece pagar íntegramente pasajes primera, alojamiento, comida para 20 jugadores durante estada más ocho días suplementarios... El gobierno ofrece para la financiación 300.000 pesos».

La propuesta fue aprobada por la AUF y luego elevada a la FIFA. Argumentan que ese año Uruguay celebrará el centenario de la Jura de la Constitución.

—Mirá vos. Fue todo un chucu político. Ni idea —exclama Javier.

—¡Y claro! Fútbol y política: un solo corazón. Como *pan y circo* y todo eso. Leí alguna cosa reinteresante sobre el tema. Hay un artículo de un tal Andrés Morales, que explica cómo Batlle y *El Día* se dieron cuenta de la importancia de ese deporte en relación con la identidad uruguaya y fueron los primeros en publicar notas sobre el tema. Lo guardé en alguna parte. Si te interesa...

— No, dejá, bastante tengo con estos recortes. Cualquier cosa, te lo pido.

Y casi de inmediato, agrega:

—¿Y de dónde sacaste ese artículo? Ni idea de que leías esas cosas. Solo a vos se te ocurre.

—Andá. Qué sabés. Me lo dio mi primo, el Pitufu, que estudia Historia en el IPA. Dice que está de más. Y que en este país no es posible pensar la política sin relacionarla con el fútbol. Esa. Sabelo.

De pronto, se calla la boca y lo mira seriamente.

—¿En serio querés que te crea que *viajaste* en el tiempo? Es raro, ¿no?

—Sabía que no me ibas a creer. Sí, en serio, aunque no sé cómo. Pero es cierto. Y...

Pero no dice lo de la turbina. Si el Fede no le termina de creer, menos le va a creer que el *Conte Verde* zarpó en fecha porque él arregló la turbina.

—¿No te habrás dado la papa con algo y no me decís? Capaz que hiciste un viaje reloco y es eso. Te lo imaginaste todo. Leíste algún recorte y ta, listo. Viajaste... pero no en el tiempo. En tu mente. Para mí que es eso.

—Fede, es en serio, muy en serio. Sabés que no me doy con nada. Aquella vez me alcanzó. Ni loco. Te digo: leí el recorte, vi la foto de un montón de gente en un muelle y, de repente, me reconocí en la foto. No sé cómo. Pero fue así. Yo estaba en esa foto. No es un invento. Es como te cuento. Y terminé allá, en ese muelle. Creeme, por favor. Si vos no me creés, no sé qué hacer.

—Bueno, dale. No digo nada. No te creo mucho, pero sos mi amigo. Andá a saber qué pasó. Como al Quijote, ¿no?, que se pensó que los molinos de viento eran gigantes. Mostrame esos recortes. Y vemos.

Javier separa uno que incluye una foto de la cubierta del *Conte Verde*, en la que se ve a la selección de Rumania que entrena, mientras el rey Carol sigue atentamente el juego. Eso dice el pie de foto. Sonríe y está a punto de dárselo a Federica. Pero al observar la foto con más atención, descubre, entre el público que se entretiene con el espectáculo, a los gemelos y a él, sentado entre los dos. No le da el tiempo de mostrarle la fotografía a Federica, y la nota queda flotando unos segundos en el aire. Supongamos que cae a los pies de Federica, que es exactamente lo que ocurre, pero en cámara lenta, como en las pelis.

Federica se da vuelta para comentarle algo, porque encontró una nota que le resultó interesante, pero, para su asombro, Javier ha desaparecido.



Un escalofrío la recorre de pies a cabeza. ¿Acaso es posible lo de viajar a ese otro tiempo y lugar, y no es un invento de Javier, que es tan fantasioso? ¿Así que Javier ahora está *allá*? Porque si no es eso, no sabe qué pasó.

Sin pensarlo dos veces, le manda un mensaje:

14:40, 22 de junio de 2030

FEDE

¿Qué pasó? ¿Dónde estás? ¿Volviste *allá*?

No se anima a mencionar algo más. Está pasando, tal como dijo Javier. Esto debe de tener alguna explicación. Seguro que hay una, en alguna parte. Se inquieta y se muerde el flequillo, algo que hace cada vez que no sabe qué hacer. Y ahora, ¿cómo le explica a Rosario que Javier desapareció? Algo se le va a ocurrir. Lo cubrirá hasta que comprenda qué está sucediendo. No será la primera vez. Uno cubre al otro, siempre. Fue un juramento entre los restos de la vieja estación de tren. Y los juramentos se cumplen. Baja, se acerca a la cocina y la ve.

—Chau, Rosario. Nos vamos a casa. Quiero mostrarle a Javier algunas cosas que traje de allá.

—Chau, chicos. Javier, no llegues tarde para la cena. Sabés que a tu padre le gusta la puntualidad.

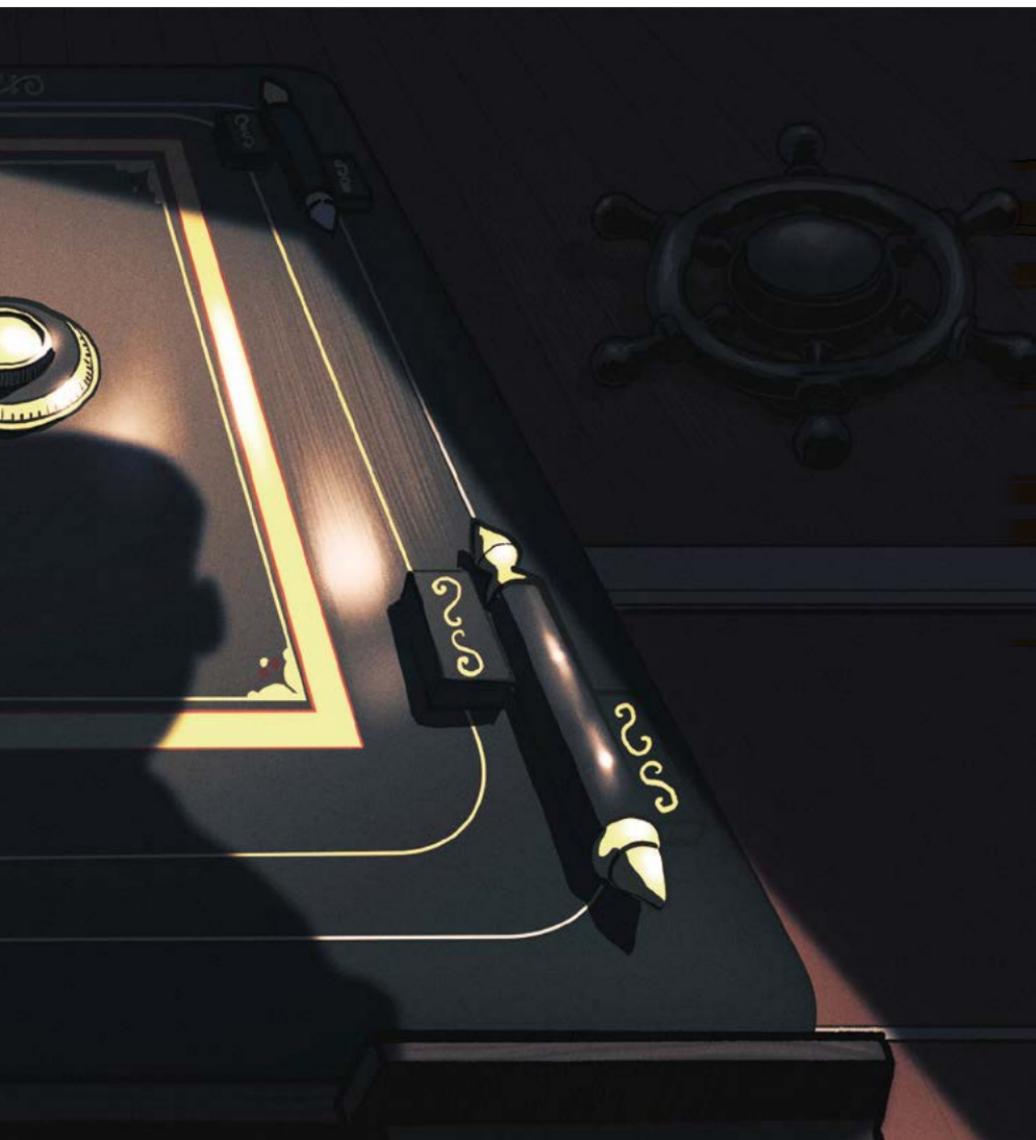
—Sí, mamá —Federica simula la voz de su amigo que ahoga en un estornudo y un ataque de tos.

Una vez que está fuera de la casa, se apoya contra el murito y respira con fuerza. ¿Y ahora qué?



CAPÍTULO 4

LO QUE ESCONDE LA CAJA FUERTE





¡Otra vez *viajó!* ¿Qué pasará ahora? Si repasa los acontecimientos, encuentra una cierta lógica. Se ve en una foto, llega, y debe resolver algo para regresar. Y cuando termina, *vuelve*. Eso significa que... ¡ay, ay, qué le tocará esta vez! Mira a su alrededor para ubicarse y alcanza la cubierta. El mensaje de Federica le llega en ese momento.

14:42, 22 de junio de 1930

FEDE

Javier, contestame! Estás allá? Todo bien?

Lo lee a escondidas y al principio no repara en la maravilla que ha ocurrido. Si recibió un mensaje que atravesó el tiempo —cómo sucedió lo debería explicar la ciencia, no él, porque seguramente hay una explicación científica que no está a su alcance, y no quiere ponerse a pensar en ese acertijo—, quizá, si le responde, ella reciba su mensaje. Si eso fuera posible, estarían en contacto y eso es un alivio.

18:01, 22 de junio de 1930

JAVI

Sí, en el CV, decime si te llega este mensaje!

Cierra los ojos y cruza los dedos. Ahora es cuestión de esperar y no perder la calma.

En la cubierta principal, el rey Carol II ordenó construir un campo de entrenamiento que ocupa un tercio de la superficie total. Dos arcos y suficiente terreno como para que la selección no solo entre en calor y haga estiramientos, sino para que juegue. A veces, incluso, es el rey el que oficia de réferi.

Javier distingue a los gemelos entre el público y se acerca hasta la tercera fila. Nadie repara en él cuando toma asiento junto a ellos. Tomassino no parece sorprendido y Javier se siente aliviado cuando lo saludan sin dejar de prestar atención a lo que acontece con los jugadores. No han visto un partido de fútbol y están fascinados con esos hombres veloces, que dominan la pelota de cuero con ambos pies y son capaces de prever, no importa a qué distancia, qué tiro hacer para acercarse al guardameta.

Javier observa atentamente al público, formado por mujeres y hombres de primera clase. Algunos hombres llevan una flor en el ojal; la mayoría una escarapela con la insignia de la selección de su país. Por el rabillo del ojo, dos filas más adelante y en el otro extremo, ve una mujer que parece salida de una peli de antes. Delgada y elegante,

como una Venus exótica, vestida con un llamativo atuendo ajustado, blanco y negro, que descubre un sugerente escote, y la piel aceitunada que contrasta fuertemente con la palidez de las demás mujeres.

La mujer se siente observada y se da la vuelta con discreción, pensando que es un caballero. Está acostumbrada a ser el centro allí donde se encuentre, pero, para su sorpresa, quien la mira fijamente es un jovencito delgaducho y humildemente vestido. Sin embargo, algo le llama la atención. El muchacho no parece pertenecer *exactamente* al lugar, como si hubiera caído allí por casualidad y se estuviera adaptando al papel en una obra de teatro. Quizá porque sigue lo que ocurre en la cancha con menos sorpresa que el público, como si estuviera habituado a ese deporte relativamente novedoso, propio de la época que se vive, la moda del mundial de fútbol, la excitación que vibra en el aire. El chico, sin darse cuenta, gesticula y contiene un grito feliz cuando uno de los jugadores está a punto de convertir el primer gol. Cuando el réferi detiene el juego para señalar una falta, se pone de pie, alza ambos brazos y después se toma la cabeza. La mujer se queda pensativa un rato y, entonces, las miradas de ambos se cruzan. Es apenas un segundo, nada más, pero basta para que ambos comprendan, sin saber cómo, por qué ni para qué, que algo los vincula.

Cuando el rey pita por última vez y da por terminado el partido, mientras el público aplaude con discreción y las mujeres comienzan a ponerse de pie para salir, los gemelos y Javier se escabullen y bajan apresuradamente las

escaleras. Javier se acerca al depósito, pero Tomassino le dice que han ocupado un camarote. Después del desmayo de Antonella, el capitán se apiadó de ellos y les aseguró que no los haría bajar en el próximo puerto. La historia que le narraron —seguramente cierta, pero convenientemente exagerada—, al menos, les dio cierta tranquilidad. Hasta llegar a la lejana y arcádica Montevideo, algo es seguro. El capitán no hizo mención a la comida y los gemelos tampoco se preocuparon por eso. Saben arreglarse muy bien; y, en general, evaden, cuando pueden, a los adultos, sobre todo si representan a cualquier autoridad. Tomassino dice que circulan rumores de que algo está por suceder, pero no son muy claros. Deberán estar atentos, sugiere; Antonella hace un puchero y, si pudiera, Javier la consolaría.

—¿Qué se dice? Cuéntame. Debemos estar alertas.

—Se habla con insistencia de alguien a quien llaman el Káiser. Pero no sé más que eso —dice Tomassino.

Javier agradece que no le hayan preguntado dónde estuvo. Después hace mención a la llamativa mujer que estaba entre el público viendo a la selección rumana. Los hermanos repararon en ella, por distintos motivos. Antonella, prendada de la vestimenta y el porte, el color de la piel y la elegancia de sus movimientos; Tomassino, deslumbrado por una mujer que parece salida de una revista. De inmediato, contrito, recordó la palidez y la flacura de su madre. Sintió cómo se le encogía el pecho.

—Algo hemos escuchado hablar sobre esa mujer —dice Tomassino.

—¿Ah, sí? ¿Qué escucharon?

—Que es una bailarina muy famosa, y que sirve a Francia. Antifascista. Se llama Josephine Baker y está en este barco en misión.

Javier abre tanto los ojos que Antonella se ríe.

—¡Un poco más, y se te salen de la cara!

Claro que sabe quién es esa bailarina. Hace un par de semanas, Federica la puso como ejemplo de mujer adelantada para su época.

—Javier, nació en 1906, en Estados Unidos, en una familia muy humilde. Pero triunfó. Además, feminista, militante por los derechos humanos, antifascista, antirracista. ¿Te das cuenta? Increíble. ¡Me encantaría haberla conocido!

Javier sonríe. Federica está tan entusiasmada que él la deja seguir hablando.

—Además... dicen que se casó con un poeta franchute, que vivía acá en Montevideo, en una casona enorme en Colón. Por ahí leí que, en realidad, ese poeta, no me acuerdo ahora del nombre, fundó Villa Colón. Y se casaron. ¿Te imaginás? Bueno, casarse... El poeta era gay, pero en aquel tiempo... Ni siquiera existía esa palabra. Olvidate. Así que ella le hizo la pierna. Esperá, dejame que busque algo.

Se concentra en el celular y Javier la mira. Federica es una caja de sorpresas, no hay la menor duda. A su lado, se siente bastante insulso, por decirlo de alguna manera.

Ella le alcanza el celular; le brillan los ojos.

—Mirá, acá encontré la foto.

—¿De dónde sacaste eso?

—¡Don Google, claro! Si sabés buscar..., encontrás.

—¡Pero ese poeta parece un cadáver con esa palidez! Es feísimo. ¿Estás segura?

—Claro que sí. Pero te dije que eran muy amigos, y ella lo ayudó. Esperá que te muestro otra cosa... Mirá. Te vas a sorprender.

—¿Y eso? ¿Qué es?

—Un mural de Josephine Baker... en el subsuelo del Palacio Salvo. Una pena que lo cubrieron en 1990, no sé por qué. Pero bailó acá... desnuda, igualito que en París. Debe de haber sido por los años veinte, supongo. Vino un montón de gente famosa a actuar en ese teatro. Imaginate... ahora es un garaje. Me juego la cabeza a que la gente no tiene idea de todo esto. Decime una cosa: ¿alguna vez entraste al Salvo?

Típica pregunta del Fede que esconde algo.

—No...

—¿Y si vamos? Yo tampoco fui. Me muero de ganas.

—Fede, esperá un poco.

—Dale, Javi. Nos tomamos el tren ese, el eléctrico que está casi nuevo, y nos bajamos allá abajo, donde estaba AFE, y nos mandamos a la plaza Independencia. Terrible paseo. Además, me encanta andar en tren y nunca lo uso. Dicen que está divino. Parece que no hay conductor, que es todo automático. Y una mujer con voz de aeropuerto va diciendo las paradas. ¡Decí que sí!

Javier acepta, con tal de que Federica se calme. Y esa conversación fue hace tres semanas... Ni se imaginó lo que ocurriría después.

Mira nuevamente a esa mujer en cubierta. Federica no dijo nada de que hubiera estado en el *Conte Verde* rumbo

al primer mundial de fútbol. Si hubiera sido así, lo habría mencionado. Por cuánto la admira y por su pasión futbolera. No, no puede ser ella. O, si lo es, nadie supo... Imposible, una mujer tan famosa. Es curioso. No puede hablar de esto con Tomassino y Antonella, así que la duda se instala y allí queda.

—¿Y cómo es eso de que es antifascista? —les pregunta con expresión seria.

Su tío abuelo Arturo le había hablado del asunto.

—Esto se remonta a la Italia de Benito Mussolini. En realidad, la palabra viene del latín *fascio*, derivada de *fasces*, que hacía referencia a los magistrados romanos. Sin embargo, Mussolini la usó de otro modo. Y terminó siendo una ideología totalitaria, antidemocrática, ultranacionalista, de extrema derecha. El fascismo, como tal, surgió en Italia, durante la Primera Guerra Mundial, y ganó adeptos entre las clases populares y la clase media. Fundó el Fascio di Milan, que en 1915 se convirtió en una organización nacional.

A Javier siempre le sorprende todo lo que sabe Arturo.

—¿Y por qué te interesó ese tema?

—Es una larga historia. Pero esa ideología se expandió a todas partes y también llegó aquí, con los cambios que se adaptan a cada país. En nuestro caso, la dictadura cívico-militar que vivimos era de corte fascista. En todo caso: totalitaria, antidemocrática y de extrema derecha. Muchos de quienes enfrentamos a ese régimen, que duró 12 años, fuimos presos o exiliados o asesinados o desaparecidos. Hubo de todo.

—¿Se relaciona con la guerra civil española? —Javier recuerda que el profesor de Historia siempre hacía referencia a ese período histórico. Según contó una vez, su abuelo había sido republicano y había luchado contra Franco. Después se había exiliado en Uruguay, como tantos otros, y había organizado una imprenta.

—Era anarquista —había agregado el profe, como si hubiera algún vínculo entre una imprenta y el anarquismo, pero Javier no había preguntado nada.

Llegó a la casa y buscó información en internet, y se había interesado mucho en el tema.

Arturo lo había mirado con curiosidad.

—Sí, puede decirse eso, aunque en España, más que de fascismo, podemos hablar de falangismo. Se mezcla con la parte más conservadora del catolicismo. Al frente, el así llamado generalísimo Franco. Y después vino la Segunda Guerra Mundial, y se desataron todos los demonios.

—Pero en la Segunda Guerra Mundial subió el nazismo, ¿no?

—Sí, claro, en Alemania; pero países fascistas, como Italia y España y otros, apoyaron al régimen nazi, que no dejaba de compartir la visión ideológica. A eso le sumó el concepto de raza aria, y ya sabemos todo lo que ocasionó.

Arturo se había puesto serio y había hecho un silencio prolongado. Después volvió en sí, con la mirada límpida, como si hubiera estado ordenando pensamientos y los hubiera devuelto a su lugar.

—Y, decime una cosa: ¿en el liceo hablan de esos temas?

—El profe es lo más y, cuando los estudiamos, explica bastante. A muchos no les interesa, porque no les gusta Historia, y porque...

—¿Porque qué...?

—Dicen que la historia no sirve para nada. Y no estoy de acuerdo con eso. Sirve para entender quiénes somos, cómo llegamos a este momento y capaz que aprender de los errores para que no se repitan. Es lo que quiero estudiar: profesorado de Historia.

—Algún día hablaremos de eso, no hoy. Me cansé un poco. Muchos recuerdos.

Javier se despide de él y antes de salir del cuarto, se queda parado mirándolo con atención, como si no quisiera olvidar nunca su rostro y sus gestos.

Sin embargo... hay algo que no termina de comprender. En el siglo pasado: regímenes totalitarios: España, Italia, Alemania. Y también otros, como la URSS bajo Stalin, por ejemplo. O Camboya con Pol Pot. O Duvalier en Haití, por decir algo; o Idi Amín, dictador de Uganda. Le sigue dando vueltas al asunto y se entristece. Este siglo no parece haber cambiado demasiado. Es como si el ser humano no aprendiera más. Y, si miramos hacia más atrás, piensa, en la Edad Media o en el Renacimiento. O después de la Revolución francesa. ¿No es que Napoleón se coronó a sí mismo y tenía sus «apetitos» totalitarios? Siempre hubo reyes, monarcas, señores feudales, que gobernaban según sus apetencias. Entonces, ¿no hay esperanzas de que algo cambie? Suspira profundamente. Si el mundo estuviera en



sus manos... ¿qué, Javier, qué harías? No parece ser algo tan sencillo de resolver. No alcanza con la buena voluntad. Se sonrío a su pesar. El Fede siempre se burla y dice que es un soñador idealista. Y, bueno, capaz que tiene razón. Pero nada, ni ahí con los totalitarismos. Mejor no seguir pensando y volver al aquí y ahora.

Así que la tal Josephine Baker forma parte de esa historia, la que reúne a tantas personas de tantas partes del mundo que lucharon contra ese régimen totalitario y criminal. Entonces intuye que allá abajo seguramente haya fascistas mezclados entre los hombres y mujeres;

y quizá los rumores se relacionen con eso. ¿Pero qué se está cocinando? ¿Y por qué? Seguro que es algo contra Josephine, se dice.

Está por hacer un comentario, pero el celular le vibra en el bolsillo y se excusa para ir al baño, un cubículo sucio y mal ventilado al final del pasillo. Hace de cuenta que el hedor no le penetra por la nariz y que no ve las manchas en las paredes: vómitos, heces, orín, lo que te puedas imaginar. No sale agua del grifo oxidado. ¡Así viajan los emigrantes; y así siguen viviendo en el país que los acoge! Una náusea está a punto de explotar, pero la contiene a tiempo. Mira el celular. Federica le respondió, lo que significa que pueden enviarse mensajes. Un momento... ¿pero y qué pasa con la batería? ¡En algún momento se le va a acabar! Eso sí que sería un problemón. Cruza los dedos: ¡que dure hasta que vuelva! Aunque quizá haya una solución para ese problema. Algo vinculado a las ondas, a generar electricidad. ¿Será posible?

—No te creas un genio, Javier —se reprende—. Una cosa es un rayo de una hélice roto, otra muy distinta es encontrar la manera de recargar una batería que, en este tiempo, existirá recién dentro de casi ochenta años. Y todo gracias al ingenio de un estudiante que hace 30 años construyó un circuito eléctrico con una pila eléctrica AA. No es el momento de buscar una solución. Entonces se da cuenta: esa es la solución. Construir un circuito con algo que simule una pila eléctrica. ¿Será difícil, será posible en esta época? Aparta el pensamiento y se concentra en el mensaje de Federica:

15:00, 22 de junio de 1930

FEDE

Le dije a tu vieja que te iba a mostrar lo que traje de Bella Unión y dice que no vuelvas tarde para la cena

Así que le avisé que íbamos a estudiar y que comías acá, y que si se hacía muy tarde te quedabas a dormir. Todo okis

18:30, 22 de junio de 1930

JAVI

Gracias! Te la debo

A Federica parece no habérsele ocurrido que en 1930 no solo no existen los celulares, sino que tampoco hay teléfonos en las casas. Si estuviera *acá*, notaría las diferencias, de todo tipo. Empezando por la vestimenta. Ni qué hablar de todo el resto. Algún día escribirá sobre este *viaje*. Le manda otro mensaje.

18:31, 22 de junio de 2030

JAVI

Con nosotros viaja la famosa Josephine Baker, que quiere ir a Montevideo. Como el otro día hablaste de ella... me acordé de ti. Le puedo pedir un autógrafo. Jajaja.

Unos minutos más tarde, su respuesta.

FEDE

Imposible, viajó en 1924 a Montevideo. Conoció al Negro Andrade en París, y le propuso hacer un espectáculo juntos. Además de un cra, era un bailarín impresionante.

Esa mujer que está en el *Conte Verde* no es Josephine Baker, es alguien que se hace pasar por ella.

JAVI

Buscá info sobre Josephine y el espionaje para Francia

Me fui, no quiero quedarme sin batería, lo dejo apagado y lo prendo un poco para ver si mandaste algo.

Mira fijamente la pantalla y después apaga el celular y se siente bastante solo.

¿Qué significa que esa mujer se hace pasar por Josephine Baker? ¿Y cómo nadie se da cuenta? Bueno, no hay Instagram ni Facebook ni Twitter ni nada. En su época, se hubiera sabido al toque. ¡Y qué lío se hubiera armado! Pero: ¿por qué alguien se hace pasar por ella? Eso es sospechoso. Ha de haber alguna explicación en alguna parte, pero se inquieta. Ya es suficiente con estar en el *Conte Verde*, en 1930 —la palabra *siglo* realmente lo impresiona—, como para entender por qué alguien se haría pasar por una personalidad tan famosa y conocida. A menos que... ¿Y si se relaciona con la actividad que Fede mencionó de la Baker,

que sirvió al gobierno de Francia? Eso suena razonable pero, a la vez, amenazador. Significa que algo está pasando, algo preocupante.

—No te metas en líos, Javier. Hacete el bobeta.

Se ha hecho la noche y el hambre aprieta.

—Antonella, capaz que encuentras algo en la cocina. Pon cara de desgracia y alguien te va a dar algo. *Presto*. Te esperamos acá —dice Tomassino.

El tiempo se hace eterno. No conversan, cada uno rumiando lo suyo. Cada tanto, Javier está a punto de hacerle varias preguntas, pero después se arrepiente. Siente que las palabras se le quedan atascadas en los labios. Todo sería más sencillo si se franqueara con Tomassino. ¿Pero cómo explicarle que viene de dentro de cien años, no sabe cómo, ni por qué? Seguramente lo tomarían por loco y lo dejarían de lado. Así que deberá guardar, por ahora, ese secreto. Suavemente, se abre la puerta del camarote y aparece Antonella, con una sonrisa de oreja a oreja y una bolsa de papel grasiento, que rebosa de comida.

—El cocinero me vio la cara... y le dije que me desmayé y todo eso, y que el capitán nos cuida. Entonces dijo que era mi día de suerte. Estaba preparando un banquete en honor al rey Carol, a un tal señor Rimet y a una bailarina francesa, famosísima, y que había comida de sobra. Que nadie se iba a dar cuenta...Metió toda clase de manjares.

No van a pasar hambre. Al abrir el paquete, Javier se da cuenta de que el cocinero intuyó que seguramente comían salteado, y no solo puso comida para esa noche, sino para varios días más. Hay alimentos en conserva. ¡Momento! ¿Y

esta lata? Es *corned beef* del Frigorífico de Fray Bentos. Se la queda mirando como si viera un fantasma. Sí, «Made in Uruguay». Hay un retrato de un tal von Liebig, pero en letra chica se lee que la planta es británica.

—¡La historia me persigue! —piensa y mete la lata en la bolsa.

¿Cuánto es necesario saber para comprender algunas cuestiones? ¿Acaso no se termina nunca lo de estudiar y responder preguntas? Capaz que, sin la curiosidad, seguiríamos en una caverna. ¿Será eso lo que mueve al ser humano, las ganas de saber?

Esconden bajo el colchón los enlatados y devoran la comida fresca. Javier no tiene la menor idea de qué es, porque los sabores le resultan desconocidos, y, al mirar a los gemelos, comprende que ellos tampoco saben. Está tentado de tomar una foto con el celular, como testimonio de lo que ha pasado, pero se contiene a tiempo: poca batería.

—Vayamos a cubierta —propone Javier—, a mirar a los pasajeros de primera clase.

Si efectivamente la Josephine Baker que viaja en el *Conte Verde* no es la verdadera, sino alguien que se hace pasar por ella, quiere saber por qué. Y la única forma de hacerlo es seguirla. Está seguro de que después del banquete, los *famosos* saldrán a cubierta a tomar algo, entre ellos la falsa bailarina.

—Podemos escondernos donde están los barcos salvavidas y los espiamos.

—¡Buena idea!

Suben las escalerillas hasta la primera clase, y se apuran a la cubierta mayor. En el salón de fiestas toca una orquesta,

y se escuchan risas y ruido de vajilla, cubiertos, el taconeo de las mujeres y las voces más graves de los hombres. Alguien hace sonar una copa. El capitán va a dar un discurso en honor a los ilustres pasajeros. Es el momento de alcanzar los botes salvavidas y esperar.

Tal como Javier supuso, algunos pasajeros salen a cubierta, entre ellos, el capitán y la supuesta Josephine Baker. Cada uno lleva una copa de champaña en una mano, y el capitán la guía con un gesto que Javier no olvidará jamás, hasta la baranda, muy cerca de donde se encuentran los tres. Simplemente y como al descuido, la toma del brazo y camina junto a ella, y ella se deja llevar. Ambos miran el cielo estrellado y un resto de luna que todavía hace brillar el océano. Beben en silencio y después continúan una conversación.

—No descuides al Káiser —dice el capitán—. No confío demasiado en él. Todavía no he recibido información más precisa.

Tomassino le da un pellizco a Javier:

—¡El Káiser! Lo que escuché ayer.

—¡Shhh! Déjame escuchar, es importante.

Se arrepiente de inmediato de haber sido brusco, pero es que realmente es importante. Algo está pasando, delante de sus narices, en ese preciso momento. Algo en lo que seguramente termine metido.

—Mandé a alguien allá abajo, descuide.

—Sé cauta, muy cauta. Por todos lados hay oídos, no te olvides de eso. Es más, uno de los que acompañan al rey...



—Me fijé en él. Ya comprobé su identidad. Es un leal.
Lo mira, y el capitán asiente.

—Será mejor que entremos —sugiere ella en voz baja,
y después se ríe.

—Deliciosa cena, capitán. Felicite a los cocineros de
mi parte. Nunca había comido una langosta a la Termidor

tan exquisita como esta. Ni en la Torre Eiffel. Cuidelo cuando toquemos puerto, no sea que alguien se lo robe y nos quedemos sin semejante cocinero.

Josephine vuelve a reír y simula trastabillar. El capitán la sostiene, muy erguido, y la conduce a la enorme puerta, la abre con cuidado y ella entra, radiante, como si los focos de un escenario la iluminaran. Él la acompaña hasta el camarote y después camina lentamente hasta el suyo. No se da cuenta de que tres figuras encogidas lo siguen sigilosamente. El capitán entra y cierra la puerta. Entonces ven aparecer a Josephine, que da tres golpecitos casi inaudibles y entra. Vislumbran al capitán, que está escribiendo algo en un cuaderno y que, cuando la ve, se pone de pie, lo cierra y lo guarda en la caja fuerte, junto al enorme escritorio. Escuchan un murmullo, pero no alcanzan a oír qué dicen. Javier piensa que probablemente se vincule con lo que oyeron en cubierta. Pocos minutos después, la bailarina sale y mira a ambos lados del pasillo. Está desierto y da la impresión de que respira aliviada. Cuando desaparece en su camarote, los aliviados son ellos. El *Conte Verde* se ha sumido en un silencio profundo y solo se oye el runrún de las turbinas mientras el barco avanza en ese mar enorme. Los tres vuelven al camarote.

—Dentro de una hora, volvemos a investigar.

Cuando llega el momento, Javier les hace una seña a los gemelos y salen al pasillo en penumbras y silencioso. Tantea el picaporte; la puerta no está cerrada con llave y la abren con mucho cuidado. Por suerte, las bisagras

están bien aceitadas, no como las de su casa, que hacen un insoportable chillido agudo.

Entran sin hacer ruido, casi sin respirar. El capitán duerme, el uniforme doblado en una silla, la gorra de un blanco impecable sobre el escritorio, la pluma fuente junto al papel secante. Se miran. Javier se acerca a la caja fuerte y tantea la rosca. Es antigua, y, en realidad, una hermosa pieza de museo. Es de bronce y está bien aceitada.

—Seguro que podés abrir esto —se dice, nervioso.

La presencia de Tomassino y Antonella lo inquieta. Recuerda alguna película vieja que vio, en que el ladrón mueve la rosca para un lado y para el otro, hasta que suena un *clic*. Sin embargo, por más que lo intenta, no suena nada. Abrir la caja parece una tarea de Hércules. Mira desesperado a su alrededor, como si en alguna parte estuviera la clave. Y entonces repara en un conjunto de mapas y en un papel un poco arrugado que se asoma. Lo toma, conteniendo el aliento... Sí... Allí está anotada la clave para abrir la caja fuerte. Al primer intento, no ocurre nada. ¡Es que eso que está anotado no es la serie de números que la abren: es un código que debe desentrañar! ¡Menuda tarea!

—Pensá, pensá. No puede ser imposible.

Hace varias anotaciones, mientras Tomassino y Antonella lo observan, atónitos, sin comprender qué pretende. Por fin, cree haber hallado la solución. Le dice a Antonella que apriete los números que él le irá diciendo, y que mueva con suavidad la rosca. Ocho números. Ocho intentos. Y ocho maravillosos *clics*. Lo han logrado. La

puerta se destraba. Allí está el cuaderno y, a su lado, un hermoso revólver, con el mango de nácar. A Tomassino le brillan los ojos cuando ve el arma, y a Javier eso no le pasa desapercibido. Después toma el cuaderno y se acerca a la mesa, con los gemelos a su lado. Se inclina y lee con atención. Por suerte, la caligrafía del capitán es pareja y clara; cuando hay una palabra que no comprende o que no deduce del contexto, les pregunta el significado. La última entrada está registrada el 22 de junio, y lo conmueve profundamente. Suspira y acaricia, sin querer, la última hoja. Allí está lo que buscan. No se equivocaron. El capitán sospecha algo, aunque no sabe qué, y Josephine está al tanto. Hay un tercero, señalado con una inicial, R, pero nada más.

Devuelve el cuaderno a la caja fuerte y repara en el suave sonido de la puerta que se tranca. Rápidamente introduce los números del código y se asegura de que todo esté tal como lo encontraron. Ah, junto a una de las patas del escritorio hay una hoja de papel en blanco. Se inclina para recogerla, se la mete en el bolsillo y...

A su lado está Federica, en pijama, sentada ante la computadora, leyendo sobre el transatlántico. Da un grito cuando lo ve aparecer de la nada, como si hubiera atravesado la pared y lo mira con los ojos que parecen dos platos. Ya no puede seguir creyendo que su amigo enloqueció. Esto es real. Desapareció y apareció. ¿Cómo? Se levanta y lo abraza con fuerza.

—¡Javier! Tenía miedo de que no volvieras. ¿Qué pasaría si no pudieras volver? ¿Estás bien? ¿Duele viajar

así? ¿Te mareás? Saliste de la pared, te juro que lo vi. Y menos mal, porque llegaste justo a tiempo. Le dije a tu madre que te quedás a dormir aquí. ¡Qué bueno que hayas vuelto! Dale, contame todo, ya. Soy toda oídos. Vení, sentate. ¿Tenés hambre o sed? Ni idea de cómo es viajar en el tiempo. ¿Trajiste algo de allá?



CAPÍTULO 5

UNA CONSPIRACIÓN A BORDO





Las preguntas del Fede lo abruman un poco. No sabe por dónde empezar o cómo seguir. Lo primero que le dice es que sin que entienda cómo, puede enviar y recibir mensajes por WhatsApp.

—¡Wow! Entonces, cuando te mando algún mensaje, desde acá, en 2030, ¿te llega allá, en 1930?

—Sí. Capaz que el celu no registra la diferencia temporal, sino que al usuario. No le interesa dónde y cuándo está el que envía el mensaje. ¿Te parece posible?

—Si fuera una novela de Bradbury, te diría que por supuesto. Pero en la realidad... tendríamos que consultar con el profe de Física, capaz que hay una explicación. Quiero decir, las cosas existen, no importa si los hombres las han descubierto o no, ¿no es así? Antes de que el desgraciado de Colón llegara a estas costas, las benditas costas ya existían. Capaz que algo así pasa con las ondas: andan por ahí, y si tenés un aparatito que las capte y las use, la cosa funciona.

Javier la mira, asombrado. No sabía que el Fede se interesaba por esas cuestiones.

Ella se da cuenta y frunce el ceño.

—Sí, claro. Está bien que juegue al fútbol mejor que algunos varones; está bien que sea feminista, está bien que... ¿Y qué problema con que me interese la física y todo eso? Si lees la historia de la ciencia, comprenderías de qué hablo. Para hacer algún invento, las cosas están ahí. Los genios son los que se dan cuenta de cómo combinarlas para hacer algo nuevo, algo que no existe.

—Ah, claro. Entonces, si yo me quedara por allá, en ese año, patentaría el celular, ¿no?

—Algo así, aunque ni idea de si ya existe la oficina de patentes.

Federica hace una breve pausa y continúa:

—Supongo que sí. Capitalismo mediante —y le parece un tema a profundizar en algún momento—. Y ahora contame de una vez. ¿Quiénes son esos gemelos?

—Ni idea. Lo único que sé es que van a Montevideo a buscar a unos parientes lejanos que viven acá, porque son huérfanos. Capaz que podemos ayudarlos.

—Sí, claro... pero te olvidás del pequeño detalle de que no tiene sentido, porque si vinieran, serían zombies, muertos vivientes o algo así.

A Javier le brillan los ojos.

—¡Esperá! ¿Y qué pasa si ellos pueden venir acá, pero en 1930?

—Si es la misma lógica, pueden venir, pero no te conocerían a ti, sino a algún familiar tuyo que viviera en 1930.

—¡Fa! Eso es muy complicado. Pero, de todos modos, podemos ayudar. Averiguamos quién es ese pariente, dónde vivió, en caso de que haya existido, y les doy la

dirección. Luego ellos vienen, lo encuentran y listo. Es facilísimo.

—Suena genial, claro. ¿Pero cómo vienen?

—De repente hay alguna anotación de mi bisabuelo, o algún recorte relacionado con todo esto, pero acá en Montevideo, y aparecen en la foto. Si es así, pueden venir.

—No sé... ¿te parece? ¿Y de qué sirve que vengan? Acá se trata de ti y de lo que ocurre en el transatlántico ese que cruza los mares para venir al primer mundial de fútbol.

—Tenés razón, tenés razón. Me entusiasmé.

—Porque tenés mucha imaginación. Pero, aunque esto parezca imposible, es real. Sigamos con lo real.

Después Javier le cuenta lo que ocurrió con la falsa Josephine Baker. No dice nada del cuaderno del capitán, pero sí de la mención al misterioso Káiser, alguien al que hay que prestarle atención.

—¿Solo eso? Puede ser cualquiera. Falta info.

—Sí —suspira Javier—. Pero estoy aprendiendo a ser menos ansioso.

Federica ríe.

—¡No te creo! Eso sí que es un notición.

De pronto, Javier se da cuenta de lo tarde que es.

—Me voy, amiga. Si no, me van a matar. Muy interesante lo que trajiste del norte, realmente —y le hace una guiñada.

Federica sonrío y lo acompaña a la puerta.

—Nos vemos mañana en clase.

No bien llega a su casa, Javier sube al altillo. La presencia de Federica y las charlas lo tranquilizaron y la angustia dio paso a una enorme curiosidad. Revisará uno por uno los



recortes, para ver qué encuentra. Es cierto lo que dijo Federica, que aun si Tomassino y Antonella viajaran, no lo encontrarían a él, sino a... pues claro, al bisabuelo, el que guardó todos los papeles y las anotaciones. Siente un escalofrío.

—¡No, Javier, no! No te metás. Andá a saber qué lío armás. ¿Y si sale todo mal y adiós primer mundial de fútbol, por lo tanto, adiós mundial de 2030, etcétera?

Recuerda vagamente el cuento de Bradbury en el que un hombre va al pasado, se sale de la senda permitida, pisa a una mariposa y, cuando vuelve a su tiempo, todo es diferente. Ni por asomo arriesgaría algo así. Bastante responsabilidad le cupo con el arreglo de la turbina. Momento.

¡Es eso! Claro, ¿cómo no se dio cuenta antes? Todo cierra. Viaja cuando se ve en una fotografía, llega y para volver a Montevideo en esta época debe resolver algo en el barco en *aquella* época. Debe asegurarse de que las cosas ocurran exactamente tal como sucedieron en su momento. Guardián de la historia, interesante profesión.

—No te divagues, Javier, y concéntrate. ¡Guardián de la historia! No jodas. Ni que fueras un superhéroe, por favor.

Quiere volver y hablar con Tomassino y Antonella. Quiere saber qué está pasando. Y, también —se sonroja un poco—, quiere estar seguro de que el *Conte Verde* y las selecciones llegarán sanas y salvas y en fecha al puerto de Montevideo. ¡Es un superhéroe! O Capitán América o Wolverine. No soporta a Spiderman. Le resulta insufrible. Aunque, en realidad, el que más le gusta es Deadpool. Ese sí que es bueno.

Busca alguna noticia con fecha 22 o 23 de junio, algo ha de haber. Teniendo en cuenta la importancia del primer mundial, es probable que salieran noticias a diario sobre el viaje y cuestiones similares. Hay algunas que pueden ser interesantes, pero que no incluyen fotografía, y es claro que la manera de trasladarse en el tiempo es cuando él aparece en alguna. Por fin encuentra una: en cubierta, Josephine, el rey, el capitán de la selección rumana y el de la selección francesa. Y, con un porte impresionante, uno de los creadores de esta gesta: Jules Rimet. A su lado, una de sus hijas. ¿Y quién observa todo esto parado detrás de una columna? Sí, él. Cierra los ojos y se prepara para el mareo... Si sigue así, pronto será un experto en viajes en el tiempo.

Tomassino se ve inquieto y cada tanto, mira a su hermana con cara seria.

—¿Qué ocurre?

—Muchos rumores. Todos se relacionan con el campeonato mundial. También hay apuestas y eso lleva a peleas, a insultos. Parece que no todos quieren que el mundial se haga en Montevideo. Y lo del rey también es confuso.

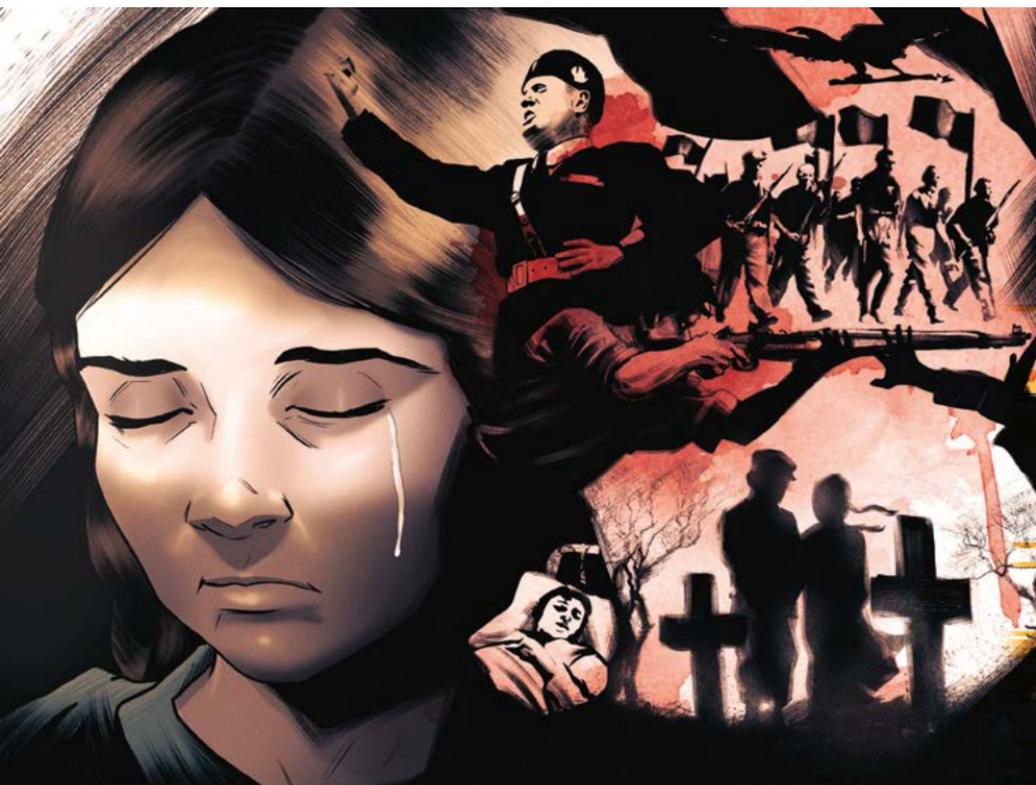
Están sentados en las literas.

—Me gustaría que me contaran por qué están aquí, más allá de que quieran llegar a Montevideo.

Los hermanos intercambian miradas y Antonella hace que sí con la cabeza.

Tomassino empieza el relato con voz monocorde, que se va haciendo más viva y apasionada a medida que avanza en la historia. Cuando cuenta cómo los camisas negras asesinaron a su padre, se le quiebra la voz y continúa Antonella.

—Nuestra madre lo supo casi de inmediato, vino un compañero a avisarle y le dijo que se fuera, que corría peligro, que los fascistas no perdonaban a nadie. Ella juntó algo de ropa y de comida para el trayecto, y nos fuimos. Recuerdo un viaje larguísimo; cada tanto, mi madre señalaba un lugar seguro y podíamos descansar un par de horas. Aquí y allá había gente que nos daba refugio o nos acercaba a alguna parte. Había que tener mucho cuidado. Lo importante era salir de Italia y cruzar la frontera. Un mes demoramos en llegar a Marsella. Mi madre no dijo nada, pero imagino que fue durante la travesía que se enfermó. Siempre fue un poco débil, pero nunca jamás la escuchamos quejarse. Y, además, el asesinato de mi padre y de otros compañeros



la debe de haber afectado mucho. Nos instalamos en el puerto y ella consiguió un trabajo que apenas daba para que comiéramos. Después sí, empeoró y terminó muriendo.

Tomassino la abraza con fuerza y Javier no sabe qué hacer. Sin pensarlo, le toma la mano y se la aprieta. Ella no la retira, como si el contacto la tranquilizara.

—Antes de morir, nos habló de un pariente lejano, que había salido del Piemonte rumbo a Argentina y había terminado en Uruguay, en Montevideo. Nos dijo el nombre y nos hizo aprenderlo de memoria. Dijo: «Tienen que ir allá y hablar con los familiares de él. Se ocuparán de ustedes».

—¿Y cómo se llama ese pariente? —quiere saber Javier.

—Juan Bautista Crosa. Parece que nació en el pueblo Pinerolo, bien al norte. Según mi madre, se hizo una buena vida en Montevideo. Pero cómo saberlo.

—Seguro que lo podremos encontrar.

En cuanto pueda, le mandará un mensaje a Federica para que busque toda la información que encuentre sobre ese hombre. Nunca oyó hablar de él. Pero eso no significa nada. ¿Por qué hay que saber de todo? Imposible.

—¿Y tú?

Antonella lo mira y retira la mano con delicadeza. A Javier le gustaría retenerla un poco más. Temía esa pregunta y lamenta no haber pensado en alguna excusa creíble. Dijo que iba a Montevideo. Ahora debe pensar por qué. Lanza un suspiro para ganar tiempo. Pensá, Javier, pensá, pensá. ¡Eureka!, lo tiene.

—Me escapé de mi casa. No soportaba más. Me fui hace unos días, y llegué hasta el puerto. Este buque era el primero que salía y escuché que iba a Montevideo. Me dio lo mismo. Cualquier lugar, con tal de que sea lejos de aquí.

—¿Pero por qué irte tan lejos? No comprendo —murmura Antonella.

Se da cuenta de que no terminan de creerle, aunque no dicen nada. Además, si no conoce Montevideo, ¿cómo los

va a ayudar a encontrar a ese pariente lejano? Para colmo, les dijo que venía de Montevideo. ¡En qué lío se metió! Debe cambiar la historia. Tienen razón. ¿Irse tan lejos? Alcanza con ir a otra región, otro pueblo. Cualquiera puede empezar en otra parte.

—Quiero empezar lejos de todo esto. Empezar de cero, de nuevo. Un lugar que no signifique un pasado. No quiero arrepentirme y volver a casa. No es fácil cruzar un océano, ¿o sí?

Los mira, un poco menos inseguro.

—Es que... en realidad, también hay familia mía por allá, por eso dije que podría ayudarlos a encontrar al tal Pinerolo, Crosa, o como sea que se llame.

Pero esa explicación no resuelve el asunto de fondo, de que vino de allí. Así que se arma de valor y dice:

—En realidad, me equivoqué con el verbo. Mi italiano es malísimo, como se habrán dado cuenta.

Tomassino y Antonella se ríen.

—*E vero*. Tu italiano es horrible.

—Ni se te ocurra ir a Italia. Se reirían de ti todo el tiempo —se burla Tomassino.

—Así que quise decir que quiero ir a Montevideo.

Como de costumbre, le empiezan a sudar las manos. Traga con fuerza y respira aliviado. Zafó, así que retoma el hilo.

—¿Saben algo más de él, del pariente?

Los gemelos niegan con la cabeza. Es razonable. Uno puede querer empezar en otra parte, ser otra persona, nada que le recuerde a uno quién era, de dónde viene, a dónde

seguramente termine yendo. Y si en otra parte hay familia, se entiende. En definitiva, parece que las historias son semejantes. Juan Bautista Crosa desapareció y nadie supo nada más de él.

Unos golpes insistentes en la puerta del camarote los interrumpe. Los tres se ponen de pie. ¿Y ahora qué?

Tomassino le hace una seña a Antonella. Ella se acerca a la puerta y escucha. Después la abre apenas. Allí hay un hombre joven, de pelo renegrado y piel aceitunada. Serio, no parece muy amigable. En voz baja y un poco ronca, le pide para entrar y, sin pensarlo dos veces, ella lo deja pasar. Algo en su mirada le inspira confianza. Tomassino y Javier lo miran y esperan.

—Tienen que avisarle algo al capitán.

—¿Nosotros?

—Sí. Se sabe que ayudó a la chica cuando simuló ese desmayo. Acá se sabe todo.

Ninguno dice nada, ni acepta ni niega lo sucedido. Mejor que siga hablando.

—Se corre la voz de que los enemigos del rey Carol II quieren asesinarlo y le tenderán una trampa.

—¿Y por qué vienes a avisarnos? ¿Qué te importa el rey?

—Porque soy súbdito rumano. Viajo con el rey, pero acá abajo, que es donde se cocinan las cosas.

—¿Y por qué no le avisas tú directamente?

—Porque en seguida sabrían que fui yo el soplón, y el plan es que siga así hasta que vuelva a Bucarest. ¡No puede morir!

Javier se disculpa, necesita ir al excusado. Rápidamente le envía un mensaje a Federica.

21:00, 22 de junio de 1930

JAVI

Qué pasó con el rey Carol II?

FEDE

Fue coronado en junio de 1930 y no llegó a Uruguay porque debió ir a Bucarest a hacerse cargo del gobierno

Parece que antes de morir dijo que no haber ido al primer mundial de fútbol fue su gran frustración, y que si hubiera sido un año después, hubiera estado allí para alentar a la delegación rumana. Javi, no entiendo lo de las fechas

JAVI

Lo de las fechas ni idea de lo que querés decir, lo que importa es que nadie lo asesina

FEDE

Asesinato? De qué estás hablando? Me asustás!

JAVI

Después te explico. Chau

Vuelve al camarote.

—¿Cuándo planean asesinarlo? ¿Hoy, tal vez mañana? Supongo que querrán evitar que descienda en el próximo puerto. Si debe ir a Bucarest, seguramente se baje en el próximo puerto. Así que el asesinato debe ser hoy o en la madrugada de mañana —deduce en voz alta.

—No conseguí esa información, pero estoy de acuerdo contigo. En todo caso, deben avisarle al capitán. Es urgente. Además, se armaría un lío internacional espantoso. El rey de Rumania asesinado en un transatlántico con bandera italiana. Y con Mussolini en el poder. Díganle que el mensaje se los dio R.

¡R! ¡La inicial que figuraba en la última página del cuaderno de bitácora del capitán!

El rumano se despide con un gesto serio.

—Vayamos a hablar con el capitán —dice Tomassino—, él sabrá qué hacer.

—¿Y nos creerá?

—Un momento. Si sospechamos que la falsa Josephine Baker es espía, lo mejor es que hablemos con ella. Seguramente tenga cómo confirmar la información —dice Antonella.

Los mira y continúa:

—Podría hablar con ella. Quizá sea más sencillo. Por cuestiones femeninas, digo.

Javier y Tomassino no están de acuerdo. El rumano fue muy claro. Deben hablar con el capitán.

—No, es mejor hacer lo que dijo. Hablaremos con él poco antes de la cena.

—Vamos los tres al camarote del capitán y yo le explico lo que ocurrió —dice Tomassino, y Javier agradece en silencio. No hace mención a la inicial.

Pero duda. ¿Y si Federica se equivocó? ¿Si se confundió de rey? Sin que lo vean, saca el celular, pero ocurrió lo peor: se ha quedado sin batería. Ahora sí que debe tener cuidado y confiar en que las cosas sucedan tal como fueron. Si cometen un error, todo puede irse a pique. ¡Jamás!

El capitán los recibe cordialmente y los invita a que tomen asiento. Sobre el escritorio, está el cuaderno de bitácora, y su vista hace que Javier se enrojezca de inmediato. Para disimular la incomodidad, se acerca a uno de los mapas. Tomassino habla, como si lo que dice estuviera comprobado, y al ver que el capitán lo escucha atentamente y cada vez su rostro muestra más preocupación, Javier entiende que la cosa es seria. Dice que el mensaje se los dio R.

—Es lo que se anda diciendo allá abajo.

Tomassino supone bien que el capitán sabe cómo funcionan las cosas en el subsuelo y que ha de estar acostumbrado a sorpresas como estas o peores.

—Gracias, jóvenes. Me ocuparé del asunto. Es claro que esto queda entre nosotros.

Los tres asienten. Por supuesto. Además, ¿quién les creería semejante historia?

—Una cosa más. Pasen por la cocina y coman como se debe. A partir de este momento, comerán como la gente. Ya le di la orden al cocinero. Y deben permanecer alejados de

los pasillos. Lo mejor es que después de comer se encierren en el camarote.

Cuando están saboreando un buen plato de pasta con mucha salsa, escuchan un revuelo.

Varios miembros de la tripulación bajan las escaleras muy apurados, con armas en las manos. Se dividen y se meten en los pasillos de la tercera clase. Insultos, corridas, disparos. Automáticamente, Antonella desaparece debajo de la mesa, y tiembla de pies a cabeza. Otros corren despavoridos y se esconden como pueden. Tomassino no aguanta la curiosidad y se asoma, con Javier detrás. Uno de los hombres de la tripulación le da un puñetazo a un sujeto de aspecto desagradable, con una cicatriz en el rostro y, al ver que se resiste, lo noquea con el arma. Otro intenta escapar, pero algunos curiosos, a los que les gustan las peleas, se lo impiden y se burlan de él. Pronto, los tres están esposados y forcejean cuando los arrastran por la escalerilla. Algunos aplauden, otros escupen y alguno intenta darles un puñetazo. El aire está tenso. Hoy no va a dormir nadie, eso es seguro.

Esa noche, por uno de los ventanales del salón comedor, el rey Carol II brinda por el capitán y por el viaje. Nadie dice una sola palabra de lo ocurrido. En determinado momento, el capitán alza la vista y su mirada se cruza con la de Javier. Hace un gesto que pasa desapercibido, se lleva dos dedos al ala del sombrero blanco y sonríe casi imperceptiblemente.

Lo último que escucha Javier es la voz de Tomassino:

—Lo logramos. ¡Salvamos al rey!

Pero Javier ya está lejos, en su casa, de madrugada, y se pierde el desembarco de los maleantes.

Lo primero que hace es cargar el celular y después, rendido y excitado a la vez, se mete en la cama. No puede dormir. ¿No sería justo llevar a Fede con él, aunque no sepa cómo hacerlo? Es raro que no haya insinuado nada. Bah, insinuar es muy suave; que no haya gruñido que está harta de buscar información y mandársela. Pero no lo ha hecho y, por eso también, es que sabe que es su gran amiga. Solo un amigo de verdad te apoya sin pedir nada a cambio. ¡Y vaya si esto no sería una gran cosa! ¿Quién podría decir «yo estuve en el transatlántico que trajo a los rumanos, yugoslavos, franceses y brasileros al Mundial»?

Después, un poco más tranquilo se duerme. Los viajes en el tiempo son agotadores.



CAPÍTULO 6

OTRA VIAJERA DEL TIEMPO





Javier no escucha la alarma del celular ni los golpes en la puerta que da su madre. Se endereza un poco cuando ella entra.

—Javier, levántate, vas a llegar tarde.

—Es que me siento horrible, mamá. Creo que...

—Sí, tenés un aspecto lamentable, como si hubieras estado corriendo toda la noche. No vayas a clase, no quiero que te agarres una gripe, con el frío que hace. Ahora te traigo un té con miel. Y cuando me vaya, ponete a estudiar, ¡por favor!

Para parecer realmente enfermo, tose un poco y pone la voz ronca.

—¡Javier! Conozco todos los trucos. Cualquiera diría que estás practicando para ser actor. Haceme el favor. Bastante tengo con tu padre.

—¿Qué pasó con el viejo? Te tiene una paciencia...

—No te pases de la raya, Javier. Nada; se contagió con la locura del Mundial. Está insoportable. Solo habla de eso, todo el tiempo. Y pensar que justamente una de las cosas que me gustó de él fue que el fútbol no le interesaba... ¡De haberlo sabido...!

Javier se tienta y contiene la risa.

—¡Andá! No te creo, el viejo ¿fanático? Es raro, tenés razón.

Después se calla la boca. ¿Quién es él para opinar? Si su madre supiera la décima parte de las aventuras que ha corrido en los últimos días, ¿qué diría? Mejor ni pensarlo.

—Mamá, entendé que todo el mundo está como loco. Ya se le va a pasar. Al fin y al cabo, es algo emocionante, ¿no? Imaginate el estadio, la gente gritando y cantando, y la selección que entra a la cancha, como hace cien años... Ballesteros, Capuccini, Tejera, Recoba, Nasazzi, Romano, el Negro Andrade, Fernández, Gestido, Melogno, Riolfo, Píriz, Petrone, Castro, Saldombide, Dorado, Cea, Scarone, Urdirarán...

—¡Javier! ¿Qué bicho te picó, podés decirme? Ahora entiendo por qué bajaste en algunas materias. Perdiendo el tiempo con esas pavadas. Me empezás a preocupar.

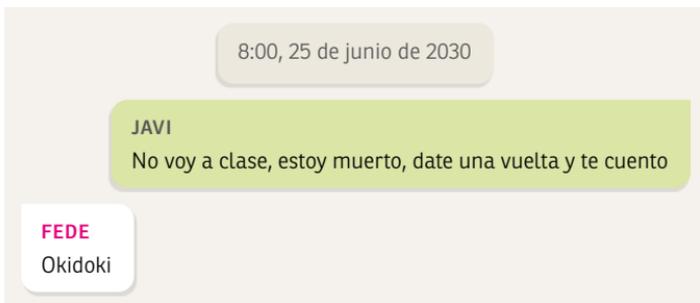
—Pero mamá... salimos campeones, una selección impresionante. Todo el mundo la está recordando, es una cábala; pasó un siglo y se va a repetir la hazaña.

—Mirá, no te hago caso. Tú y tu padre enloquecieron. Te traigo el té y voy a trabajar en el taller. Lo de los pañuelos está funcionando. Espero que te dediques a las materias y no a esas pavadas de chiquilín chico.

Sale con pasos fuertes, como si fuera a encarar al director técnico y acusarlo de que su familia se volvió loca.

Vuelve con el té, le da un beso en la frente y se despide con un montón de recomendaciones. No da un portazo y Javier suspira del alivio. Es una buena señal. Que la

madre haya resuelto un poco el asunto del trabajo es algo bueno. Y si está harta del fútbol... pues deberá acostumbrarse, porque la cosa recién empieza. ¡Si supiera que él, Javier, es uno de los responsables de que aquel mundial haya ocurrido!



¿De dónde habrá sacado ese *okidoki*? Seguramente de algún tiktokker de principios de siglo. Ahora seguro que es un viejo que no habla con nadie y se pasa las horas en el meta, con un avatar mal diseñado. Uh, qué patético.

Al mediodía, llega Federica. Los cachetes rojos del frío y el pelo revuelto, una sonrisa de oreja a oreja.

—Dale, Dr. Who, ahora contame todo.

Javier está en pijama, con los pelos parados y lagañas.

—¡Lamentable lo tuyo, Javi! ¿Te miraste al espejo? ¿Y ese pijama? Es la cosa más ridícula que vi en mi vida. ¿Ositos Gomi? ¡No das ni para *vintage*!

—Cuando dejes de tomarme el pelo, te cuento. Tomate tu tiempo, es gratis.

—Ay, tenés razón. Disculpá. Es que... Bueno, sí, quiero saber todo de los gemelos, y cómo hacés con el celular. Seguro que nunca vieron uno, ¿no? ¿Qué les decís?

—¡Tas loca! Si lo ven... Me escondo para mandarte mensajes y lo dejo en vibración para cuando respondés. Imaginate que me vieran. ¿Qué les puedo decir? ¿Que vengo del siglo XXI, viajo por el tiempo y soluciono problemas para que el primer mundial de fútbol se haga y salgamos campeones?

—¿Entonces?

—Y, alguna metida de pata me mandé. Capaz que se dieron cuenta, pero no dijeron nada, porque ahí todos mienten bastante. Es entreveradísimo, la verdad. Metí la pata cuando me preguntaron de dónde venía. No me di cuenta y les dije que de Montevideo, imaginate qué estupidez. Ya me conocés. Me puse todo colorado.

—¿Y cómo lo arreglaste?

—Dije que me había confundido por el idioma. Pasó.

—Ta. Ahora, dale, contá. La última vez que nos vimos fue hace dos días. Decime qué pasó *allá*.

—Cuando decís *allá*, me suena a que no me terminás de creer; que me seguís la corriente como si me hubiera vuelto loco.

—Lo que pasa es que contás casi nada. No entiendo. A ti te parecerá de lo más «normal», pero si yo, de la nada, terminara en un puerto europeo, hace cien años, no sé qué haría. ¿Me creerías?

—Sí, tenés razón. Dudaría un poco, es verdad.

—¿Y cómo supiste dónde estabas y en qué año? ¿Cómo fue? ¿Te convertís en otro, como Dr. Jekyll y Mr. Hyde?

—La verdad es que me c..ué hasta las patas. Primero pensé que era un sueño, pero después me di cuenta de que no, y me asusté. ¿Y si no podía volver? Casi me desmayo del susto. Además... es todo tan distinto. No te hacés una idea. La gente, los olores, los ruidos, cómo se visten, cómo hablan. Una mezcla de idiomas que ni te imaginás. La torre de Babel, algo así. Había carros con caballos en el muelle, y gente que se bajaba cargada de cosas. Un tufo a bosta fresca que parece que estás en un pueblito del interior. Y el puerto. Nada que ver con el nuestro. Fue como un viaje. Como si estuvieras en un documental de época. Muy loco. Fa, y el trajín. Ta, y el transatlántico, no te imaginás. Impresionante. Y bueno. Sí, no sé si me cambia la personalidad, pero tenés que adaptarte a todo.

—¿Cómo a qué?

—Y, yo qué sé. Nomás la ropa ya te cambia. Y cómo te relacionás con las personas. No es como ahora. Es como si un adolescente no existiera o no sirviera para nada. Tenés que evitar llamar la atención. Porque no te olvides de que yo estoy *de contrabando*. Bueno, los gemelos también. Somos *polizontes*.

—¡Qué salado! Y llegaste, ¿y qué hiciste?

—Di unas vueltas por el muelle, un poco boleado. Lo único que quería era irme de allí y volver a mi cuarto, pero los minutos pasaban y seguía ahí. Así que pensé que, si el barco iba a Montevideo, lo lógico era que me embarcara. No resultó, porque claro, no tenía pasaje. Y entonces vi a los gemelos y les pedí ayuda. No fue fácil. No les caí bien. Y todo el tiempo yo pensaba en no meter la pata. Me

repetía: estás en 1930, no lo olvides. ¿Sabés lo difícil que es eso? Te volvéis loco. Porque para afuera simulás que sos de esa época, pero por dentro sabés que no. Y no se te puede escapar nada, ni un comentario, nada. ¡Y mirá que se te ocurren mil preguntas y cosas! En realidad, cuando estoy allá me siento raro y bastante solo.

—¡Qué viaje! ¡Increíble! Pero dale, hablame de los gemelos. ¿En qué idioma hablan?

—Entienden bastante bien el español, pero lo hablan poco. Yo entiendo algo de italiano, así que nos las ingeniamos. Y, cada tanto, me las arreglo con el traductor de Google...

—¡Javier! ¡Contame todo, de un tirón! Son italianos; se fueron a Marsella con la madre después de que los hijos de p... asesinaron al padre. ¿Y entienden y hablan un poco de español?

—Por lo que entendí, los padres eran socialistas italianos, del norte, de Turín. Por ahí había industrias, así que también clase obrera...

Federica lo interrumpe con una carcajada.

—¿Te estás escuchando hablar? ¿Te volviste un traga, de la nada? ¿De dónde sacás lo de la clase obrera?

Javier se alza de hombros y no da ninguna explicación. Lo que conversó con el tío Arturo juró que no saldrá de su boca. Sin demasiadas vueltas y de manera sencilla, el tío Arturo le había explicado las principales corrientes de pensamiento —*ideologías*, las llamó— de aquellos años y de antes. Eso para que comprendiera por qué había estado preso tantos, pero tantos años.

Mira a través de Federica y ve nuevamente los ojos súbitamente brillantes de su tío, siempre con voz calma y clara. Hace una mueca y un gesto con la mano, como si apartara esos pensamientos. Continúa:

—Pero imagínate a los socialistas de hace cien años, en la Italia fascista. Mussolini, antes de la Segunda Guerra Mundial, etcétera. Lo vimos en Historia. Ahora casi que lo viví a través de sus cuentos. Y estaban en contacto con gente de España, socialistas, también. Aquello de lo internacional se lo tomaban muy en serio. Parece que uno de esos vivió un tiempo con ellos, porque lo querían matar, en España, en no sé qué pueblito. Y de escucharlo hablar con el padre y con la madre, una mezcla de italiano y español, algo se les pegó. Así que nos entendemos. Tomassino y Antonella son lo más. Te caerían de lo más bien. Antonella no habla mucho, es bastante seria. Pero cuando sonrío, es como si saliera el sol.

—¡Javier! ¡No me digas que te enamoraste de alguien del pasado! ¡Estás loco!

Javier se pone colorado y baja la cabeza, y Federica frunce el ceño. No quiere reconocer que siente celos, «un poquito así», pero ahí están, jorobando. Como un mosquito que no te deja dormir.

—Dale, seguí. No te interrumpo más.

—Y nada. En algún momento me di cuenta de cuál era mi función cuando volvía a ese año.

—¡Ah! ¡Eso quería que me dijeras! ¿Y cuál es, si se puede saber?

—Si te vas a burlar, no te digo nada.



—Hablá, ¿no te das cuenta de que estoy muerta de curiosidad? Largá de una buena vez.

—La primera vez, alguien dijo que el transatlántico no iba a salir, porque se le había roto una turbina. Y viste que a mí la cosa de los barcos...

—Sí, sí, lo sé. Seguí. Al grano.

—Así que inventé lo del desmayo de Antonella —después te cuento— y logré arreglar la turbina, aunque estaba asustadísimo. Imaginate. El asunto es que el barco zarpó en fecha. Y volví. Y después vino lo del asesinato del rey Carol II, ¿te acordás? Te pregunté si había viajado. Si había viajado a Bucarest, es que al final no lo asesinaban. Así que

con Tomassino y Antonella, y con el capitán y hombres de la tripulación, se resolvió el asunto, y acá estoy. Entonces pensé: soy el guardián de la historia; no sé por qué, pero voy para asegurarme de que las cosas ocurran como realmente fueron, para que no se arme un desbarajuste impresionante. Y una vez que resuelvo el problema, aterrizo acá. Es bastante... impresionante. ¿Entendés?

—Sí; maso; no, sí, creo que sí. Hay una peli, creo que se llama el efecto mariposa o algo así. Se trata de...

Ella nota cómo la mira Javier.

—No me mires así. Sigo a una tiktoker fanática de los viajes en el tiempo y todo eso. Se llama Araña. Me encanta. ¿Acaso hay que seguir solo a los taraditos que se creen que inventan la pólvora?

Resopla y continúa:

—Quiero detalles. Josephine Baker, el tal rey Carol II. No, mejor no me cuentes nada, porque no contás bien.

Se queda unos segundos pensativa.

—Javi... Si querés que te crea de verdad-verdad, tengo que verlo. Además, esto de hacerte de asistente me tiene un poco harta. Quiero acción. Quiero ir contigo.

Javier la mira.

—Justo estaba pensando en eso. Pero no sé cómo se hace. Además, tendríamos que inventar alguna excusa de quién sos, y todo eso. ¿Vendrías? Por lo menos, tendría con quien hablar de algunas cosas.

—¡Más bien que quiero ir contigo! Además, se me acaba de ocurrir cómo hacer para viajar contigo. Vamos al altillo, ahora.

—¿Ahora? ¿Y para qué?

—¿No me dijiste que cuando te descubris en una foto, das como una voltereta, te mareás un poco y terminás allá?

—Sí, tal cual.

—Bueno. Capaz que estoy en alguna foto. No se me ocurre otra manera de hacerlo.

—¿Estás segura?

—Y a vos, ¿qué te parece? ¡Estás hablando con el Fedel! No perdemos nada con probar.

—¡Tu vieja me va a matar!

—¿Te pensás que me importa? Mirá si me voy a perder esta aventura para que mi vieja no se enoje conmigo. Si lo hace igual; le encanta. Siempre encuentra algo para rezongarme. Dale, vamos.

Cuando están a punto de subir, se corta la luz y la casa queda en penumbras.

—Vamos a ver poco, me parece —se lamenta Javier.

—Mientras tengamos el celular, no prob.

Pero no es tan sencillo como Federica imagina. Los recortes están desparramados, y es difícil distinguirlos sin luz, y deben iluminar cada uno para encontrar los que incluyen fotografías. Además, debe ser una del transatlántico. Bueno fuera que terminaran vaya uno a saber dónde.

—Es barato viajar así, ¿no? Capaz que, en algún momento, intentamos otro año, otro lugar...

—No digas pavadas y ayudame.

Por fin, encuentran uno, un poco desteñido, en que hay una toma bastante grande de la cubierta del *Conte*

Verde. Parece al mediodía, en que hay público mirando el entrenamiento de una selección.

—¿Qué selección será?

—Son los franceses; fijate en las camisetas. Mirá, acá están las camisetas de todas las selecciones. Grande, Google.

Observa con más detenimiento la foto.

—¡Y ese de ahí es Laurent!

—¿Quién?

—Lucien Laurent. Convirtió el primer gol del Mundial de 1930. Un capo. Partido contra México, en lo que era el estadio de Peñarol, que ya no existe. ¿Alguna vez pensaste que somos el único país del mundo que tiene restos arqueológicos del fútbol?

—¿De qué estás hablando?

Pero Federica no responde.

—¿Y desde cuándo sabés tanto de fútbol?

—Te imaginarás que si vos andás viajando por el tiempo para que se haga el primer mundial, busqué información. Es como obvio, ¿no?

—Sí, tenés razón. No lo había pensado así. Pero es cierto. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Si tenemos suerte... estamos en la foto, y *viajo* contigo. Dejame que mire bien. Enfocá la linterna lo más que puedas. ¡Te tiembla la mano! ¡Javier, concéntrate!

Federica mira intensamente la foto, tanto que bizquea un poco. Después se pone pálida.

—¡No te puedo! ¡Mirá, acá estamos. Tú y yo, hace cien años, viendo a los franceses! ¡Qué lo tiró! ¿Será que es posible...?

Y en eso siente que algo la arrastra, como si fuera un viento huracanado, que la empuja y la hace levitar.

Aterrorizada, se arrepiente de haberle propuesto semejante cosa a Javier. No ve nada. Como si hubiera entrado en un túnel.

—¡¡¡Javier!!! ¿Dónde estás? ¡¡¡No te veo!!! ¡No me dejes sola!

Y de pronto, con la respiración entrecortada y temblando como una hoja, se encuentra sentada en una silla esterillada, junto a Javier, pendientes del entrenamiento. ¡Funcionó!

Federica se arrima a él y le susurra al oído:

—¿Esto es de verdad? ¿No me volví loca? Me tiembla todo. No sé cómo no te desmayaste la primera vez. Ay, Javier, tengo miedo. ¿Y si no puedo volver? ¿Y si me tengo que quedar acá? Jurame que voy a volver. ¡Y el Lalo! Ahí sí que mi vieja me corta en pedacitos.

—Por supuesto que vas a volver. Pero ahora estás acá. Bienvenida al Conte Verde, junio, 1930. Esto recién empieza. Vamos al camarote y te presento a los gemelos.

—Esperá. Esperá un poco. Tengo que hacerme a la idea. Estoy en 1930, en un buque famosísimo, yo, el Fede... *¡de más!*

Se pellizca por si es un sueño, pero no, no es un sueño. Entonces mira a su alrededor y los ojos no le alcanzan para asimilar todo. Señala a algunas personas con disimulo.

—Mirá, Javier. Aquella mujer con el sombrerito ese, y de guantes. Y los hombres. De traje y chaleco. Ay, esto es muy fuerte. Y tenías razón. Cuántos idiomas distintos. No se entiende nada.

—Y cuando vayamos al camarote, en el piso de los emigrantes, ni te cuento. Preparate. Huele bastante... intenso. Y está bastante sucio. Además, cada tanto, algunos se agarran a las piñas. Después te acostumbrás, pero al principio es bastante fuerte. Nunca pensé que los piñazos hicieran

tanto ruido. Cuando estudiamos la emigración europea deberían darnos estos detalles. Si no, parece una papa. Todos amontonados.

—¿Y hay mujeres en los pasillos?

—No se ven. Me imagino que no salen de los camarotes, por las dudas. Y se quedan con los niños. Como te dije, allá abajo no es muy seguro el ambiente.

De pronto, se da cuenta de la ropa que viste.

—¡Javier! ¡Mirame! ¿De dónde salió esta ropa horrorosa? No me dijiste nada de esto.

—Y bueno, es la ropa de esta época. ¿O pensaste que íbamos a andar como *allá*? Es a las cosas que tenés que adaptarte.

—Sí, claro, tenés razón. Pero mirá este vestido espantoso. Y zoquetes...

Javier también viste de un modo... curioso, por llamarlo de alguna manera.

—¿Y qué les vas a decir a los gemelos?

—Ya se me ocurrirá algo. Que me tropecé contigo, te caíste y te ayudé, etcétera. Vos seguime la corriente.

—Está bien.

No se siente del todo segura y eso le molesta.

—¡Pará, Javier! ¿Y si me transformo en otra?

—¿Qué querés decir con eso?

—Y claro. En alguien de 14 años, pobre, de clase baja, entre los emigrantes, en 1930. No soy yo, es evidente.

—Ya te expliqué. No es que te transformes. Es como si fueras dos a la vez. Da un poco de trabajo, pero vas a ver que todo sale bien. Solo tenés que cuidarte y no hacer comentarios o preguntas raras.

—Haré lo posible. Si ves que estoy por meter la pata, me das un pellizcón. Dale, vamos. Ya me iré acostumbrando. Aunque a la ropa esta, te juro que no. Es incomodísima.

La verdad es que se siente un poco ridícula con ese vestido feísimo, el cuellito blanco que le molesta, zoquetes demasiado apretados y unos zapatos de cuero bastante incómodos. Para colmo, usa un sombrero absurdo y dos trencitas.

—¡Dios mío, que nadie me vea así porque muero en el acto!

Javier tampoco salió muy favorecido, pero al menos no queda ridículo. Pero esos pantalones cortos hasta la rodilla. Y un saco que le queda chico. En fin. Adaptarse. Eso dijo.

Se levantan y abandonan la cubierta. No comprende lo de la vestimenta. ¿Qué pasa con la que llevaban allá, cien años después? ¿Dónde se queda esa ropa y cómo después Javier, cuando vuelve, está vestido como siempre?

Javier la toma de la mano para que se apure y bajan las escaleras tan rápido que casi se resbalan.

—Estás en la planta de los *emigrantes*. Acá hay de todo, así que no te descuides mucho. Pero sospecho que el capitán mandó a un par de hombres a que nos vigilen por si pasa algo.

—Hay un olor asqueroso. ¿Es que nadie limpia un poco?

—Mirá, acá viajan los pobres. No creo que a nadie le importe demasiado la limpieza. Después te acostumbrás. Aunque te aviso que el baño es lo peor, así que aprontate.

—Dijiste que puede pasar algo. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Algo, no sé. Nunca sabés qué puede pasar. Acordate lo del asesinato del rey Carol.

Federica enmudece, algo que rara vez hace, porque le gusta tener la última palabra, y suele ser tajante.

—Sí, es cierto. Lo que pasa es que visto desde *allá*, no es tan impresionante como estar *acá*. Y, además, no entiendo ni la mitad de lo que se habla. No sé cómo hacés vos.

—Y... te acostumbrás. Al principio andaba bastante confundido, pero después como que empecé a entender algunas palabras.

Federica lo interrumpe.

—Javi, me vino un poco de hambre. A vos, ¿no?

—Ahora que lo decís... sí, bastante. Dale, vamos a buscar a Tomassino y Antonella.

Se apuran por los pasillos, que a Federica le parecen un laberinto incomprensible. Pero Javier parece un pez en el agua, y lo sigue. Los zapatos le molestan muchísimo. En cuanto pueda, se los saca.

—Acá es. El 23.

Da unos golpecitos suaves a la puerta y abre Antonella. Al verlo, sonrío, radiante.

Otra vez los celos. Y esta, ¿quién se cree que es?

Javier le da un pellizco y la mira con seriedad. No arruines el pastel ahora. Somos amigos, parece decirle. Entra primero y después, ella. Tomassino está sentado en la litera inferior. Es delgado, y con una mirada entre seria y triste. Parece un actor. Le gusta de inmediato. Lo que le faltaba. Gustar de alguien de hace cien años. Tomassino también la mira con disimulo.

—¡Hola! Les presento a...

Debe pensar un nombre propio de esa época. No sabe si Federica es popular, conocido o si se usa. Otro nombre, otro nombre... Federica lo saca del apuro.

—Vanja —dice con soltura.

Y al verles las caras de sorpresa, aclara:

—Antepasados rusos. De ahí el nombre. Pero nació en...

Javier se le adelanta.

—En España, cerca de la frontera con Francia. ¿Entendí bien, Vanja?

Casi agrega «por eso habla español», y confía en que será capaz de pronunciar las *c* y las *z* y las *ll* y las *y*, las *g* y las *j* como lo hacen los españoles. Para hacérselo notar, imita la pronunciación, como si fuera una broma.

—Ya me vengaré de ti, bicharraco. Me pusiste este acento para que no pueda hablar demasiado ni rápido. Pero verás cómo lo logro —piensa y se pone roja del enojo.

—Nos tropezamos en uno de los pasillos. Por lo que me dijo... está como nosotros. Así que le dije que se sumara. Espero que...

Tomassino y Antonella entrecruzan miradas. No están del todo seguros. ¿Y si termina siendo una molestia? Antonella la mira de arriba abajo, y a Federica le cae francamente mal. Es claro que Antonella se muere por Javier. ¡Las cosas que hay que soportar por un amigo! ¡Ya se las cobrará! Hace como si no se diera cuenta y sonrío.

—¿Y si vamos a comer? —propone Javier en un intento por quitarle importancia a la situación.

—¡Buenísima idea! —aplaude Antonella, pero después se contiene.

Javier tiene la impresión de que no están del todo convencidos con sumar al Fede.

—Veamos cómo va la cosa en la cocina —se dice Javier—, y después sabré cómo sigue esto.

El cocinero les sonríe al verlos entrar. Desde que el capitán dio la orden de que los alimentaran bien, destinó un rincón apartado con una mesa y cuatro bancos para ellos. Hoy hay un guiso con polenta, muy gustoso, con una salsa densa y algo picante. Los cuatro comen casi sin hablar, pero se miran con disimulo. Antonella a Javier; Tomassino a Federica. Federica se sonroja y Javier le da una suave patada. Estamos en el siglo pasado, parece decirle. No te olvides. No metas la pata. La conoce, y se dio cuenta de que Tomassino le gustó.

Y justo en ese momento, a Javier le da un retortijón de aquellos y debe salir disparado al baño. Ese antro repugnante que nadie se digna limpiar. Bueno, mala suerte, Javier. Cuando está por entrar, le vibra el celular. Una vez, dos, tres. ¿Qué será? Federica está acá, de modo que ella no puede ser. Teme lo peor. El Loro, seguramente es algo del Loro. Saca el celular y efectivamente. Un mensaje, tal como se imaginó. La sangre le hierve y aprieta la mandíbula. En el enojo, no se da cuenta de que dos jóvenes mal afeitados y musculosos se acercan a él. Uno le da un empujón y le quita el celular de la mano.

—¿Y qué es esto, se puede saber?

Lo mira con curiosidad, lo olfatea y lo sopesa, y después lo aparta de sí, espantado.

Javier palidece. No responde nada y siente que en cualquier momento se va a desmayar. El otro se acerca a ver. Después, el primero, con el celular en la mano, lo increpa de mal modo.

—Esto es del diablo. Seguro que nos quiere echar un mal de ojo.



El otro se persigna y empuja a Javier, que en medio del susto ve que ambos llevan una cadenita con una cruz diminuta en el cuello.

—¡Es brujería! Seguro. Vamos. Vamos a llevarlo con Peppone, para que se ocupe de él. Ay, Dios, que no nos haya echado una maldición.

Lo toman con fuerza del brazo y Javier ya se ve metido en un gigantesco problema. Entonces, desesperado, grita pidiendo ayuda. Confía en que los hombres que el capitán dijo que los vigilaban estén en la vuelta. Pero nada. Nadie aparece. Vuelve a gritar con todas las fuerzas que le quedan.

—¡Fede, Fede! ¡Me matan, me matan!

Y sin pensarlo dos veces, se libera del grandote, pero el otro le hace una zancadilla y cae. El golpe alerta a varios que andaban dando vueltas y se acercan a ver qué ocurre. Para alivio de Javier, entre ellos identifica al Rumano. Está salvado. El Rumano, sin embargo, no interviene de inmediato, sino que también se acerca a ver qué está pasando. El celular sigue en la mano del primero, que lo sostiene apartado del cuerpo como si se tratara de un hongo venenoso. Entonces, el Rumano le da un manotón al que sostiene el celular, se lo quita y, sin mirarlo siquiera, se lo devuelve a Javier. Su mirada no trasluce nada. Desaparece entre los hombres, sin hacer ruido. Javier respira aliviado por haberlo recuperado. Pero evidentemente algo deberá decir. En cuanto pueda, hablará con el Fede; capaz que se le ocurre algo. Se tranquiliza un poco y vuelve a la cocina. Le hace un gesto a su amiga y ella comprende. Problemas. Terminan de comer en silencio, cada uno en sus propios asuntos, y Antonella propone subir a la cubierta y mirar el mar.

—¡Es tan bonito el mar! Me encanta. Vamos, vamos.

La brisa marina le revuelve un poco el pelo y sonrío. Federica se quita el sombrerito y no sabe qué hacer con él. Se siente tonta sosteniéndolo con una mano. Se acercan a la baranda; después eligen un banco y se sientan. Si alguien los viera los tomaría por lo que no son: cuatro adolescentes colados en una cubierta. No más que eso. Nadie se imaginaría quiénes son y qué hacen realmente a bordo del *Conte Verde*.



CAPÍTULO 7

JOSEPHINE ESTÁ EN PELIGRO





A medida que el transatlántico se dirige al oeste, las noches se empiezan a hacer más frescas y el mar más calmo.

Federica mira el horizonte y suspira. Javier está a su lado, pensativo. La noche anterior salieron a cubierta y quedó extasiada con la vista del cielo nocturno.

—¡Nunca había visto un cielo tan estrellado como este! —susurró Federica—. Una lástima que en Montevideo sea imposible ver algo así.

—Y sí... en la mayoría de las zonas urbanas ya no se ve el cielo estrellado. Es una de las contras de lo contemporáneo, ¿no? Tanta luz encendida en todas partes... pero supongo que no se puede tener todo.

—Es que mirando esta Vía Láctea me doy cuenta de mi propio tamaño y de lo increíble que es que haya vida en la Tierra. ¿Por qué nosotros?

—Todo un tema, es cierto. Acordate de que nosotros vemos imágenes del planeta —el planeta azul— gracias a los satélites, y la Vía Láctea. No es lo mismo que acá, *en vivo y en directo*, pero... mejor entremos con los demás.

Eso fue ayer; el tiempo parece pasar volando. Ahora están en la cabina del capitán, que los invitó a ver las cartas

de navegación y otras curiosidades, porque está seguro de que ninguno de ellos vio esos aparatos en su vida. Rodean la gran mesa en la que se despliegan los mapas y los distintos instrumentos, y el cuaderno en el que el capitán hace anotaciones: altitud, latitud, cálculos, ángulos, dirección de los vientos. Señala algo en el mapa y les muestra en el cuadrante dónde están y cómo seguirá la travesía. Se ven claramente líneas celestes y de un azul más oscuro, como si fuera una cuadrícula que flota sobre el océano.

—¿Qué son esas líneas curvas?

—Son las corrientes que *viajan* en el mundo submarino, muy importantes para la navegación. Miren aquí. A medida que nos acerquemos al Atlántico sur, entraremos en la corriente de Brasil, que llega incluso al Río de La Plata. Es como un camino que solo nosotros, los navegantes, «vemos». Como deben saber, no navegamos por donde nos guste, sino que seguimos *caminos*. Y eso es importante, sobre todo, cuando debemos entrar a un puerto. Esos caminos son canales.

Le brillan los ojos del entusiasmo. Es un enamorado de su profesión.

—¿Qué ocasiona las corrientes? —quiere saber Tomassino, la vista clavada en el mapa oceánico.

—Son diversas las causas; algunas se relacionan con la rotación y la traslación terrestre. ¿Saben lo que es?

Tomassino y Antonella niegan con la cabeza, y Javier y Federica los imitan. Lo vieron en Astronomía, pero disimulan. Además, resulta más que emocionante una lección como esta.

—La rotación se vincula con el movimiento que hace la Tierra en torno a su eje; gira de oeste a este. La traslación es el movimiento que hace en torno al Sol. Demora 365 días y unas horas. Eso hace un año. Así que ambos movimientos, como dije, influyen en las corrientes. Algunas personas creen que los vientos también lo hacen, pero no es así. El viento ayuda cuando el navío usa velas, pero las corrientes... Todo un mundo. De todos modos, hay que distinguir entre lo que pasa en la superficie del océano de lo que ocurre en el mundo submarino.

—¿Es peligroso? —quiere saber Antonella, un poco temerosa. El mar la atrae a la vez que le teme.

—A veces sí, pero menos por las corrientes, y más por los vientos —responde el capitán.

Y para quitarle gravedad al asunto, agrega:

—No creo que en este viaje el *Conte Verde* se mueva mucho, no deben preocuparse. En este caso, a medida que vayamos acercándonos a Brasil, entraremos en la corriente con ese mismo nombre, que a su vez viene de la corriente de Benguela, en África del Sur. Es una corriente fría, pero cuando se acerca al Ecuador, se va calentando. Para cuando lleguemos al puerto de Montevideo, estaremos entrando en el invierno del sur.

El capitán sonríe, sorprendido por el interés de los cuatro. Mira a cada uno, y se pregunta qué les puede llamar la atención de todo esto, pero lo escuchan sin perder una palabra. Javier está encantado. ¡Una lección de corrientes por el propio capitán del *Conte Verde*! ¡Increíble!

—Explíquenos cómo conduce este transatlántico —suelta de pronto, embelesado por los distintos instrumentos reparados en el gran escritorio.



El capitán asiente.

—Parece que les llama la atención todo esto. Muy bien. Aquí vamos: el astrolabio, la brújula, el cuadrante, el sextante y, naturalmente, los mapas. Antiguamente, los primeros navegantes —los fenicios, los vikingos, por ejemplo— se guiaban por las estrellas, la Estrella Polar. Seguimos esa tradición. Sin el mapa de las estrellas, nos sentiríamos perdidos o solos. Sí, creo que más que perdidos, nos sentiríamos solos entre el cielo y el mar.

Luego manipula los instrumentos y les muestra cómo se usan. Javier y Federica están extasiados. Todo esto está expuesto en el Museo Nacional de Navegación, en la avenida

Piedras; sin embargo, parece mucho más emocionante guiarse por estos artilugios que por el GPS y la información satelital. ¡Qué sorprendente les parece el avance del conocimiento y la tecnología! Jamás habían pensado en semejante asunto. Si parece que las cosas existieran desde siempre. Javier comienza a entender la importancia de la historia en todo esto, y de qué manera el presente está estrechamente ligado al pasado, para bien o para mal. El pasado incluye objetos, creencias, inventos, descubrimientos, y el presente las hace evolucionar o las declara inservibles, equivocadas, envejecidas; en algunos casos, utópicas. Algo similar ocurre con los hechos del pasado, que se interpretan y analizan una y otra vez, a la luz de un determinado presente histórico. Es el revisionismo, que no siempre es justo o bienintencionado, pero ese es otro tema.

—Supongo —dice tímidamente Javier y enseguida se pone rojo como un tomate— que todos estos inventos se relacionan con los tiempos en que los primeros marinos salieron a mar abierto.

—Sí. Y debieron vencer, primero, la vieja leyenda de que la Tierra era plana —dice el capitán, entusiasmado.

Tomassino y Antonella escuchan, los ojos muy abiertos. El capitán le entrega a cada uno una pieza, para que las observen. Después explica para qué sirve cada una.

—En realidad, estas son derivaciones de los instrumentos que usó Cristóbal Colón, allá por el siglo XV. No disponía de muchos: la aguja de marear o aguja náutica, para medir la línea norte-sur en el horizonte. El astrolabio, bastante más rudimentario que el actual, que servía para fijar la

posición de algunas estrellas y la orientación de la nave. El cuadrante, que se usaba para medir la latitud, a través de los ángulos; unos relojes de arena, llamados *ampolletas*, para estimar el tiempo en alta mar. Eran avanzados: según el tamaño, se podían contar segundos o incluso media hora. Y, por último, unas piecitas llamadas *escandallos*, que se lanzaban al mar para medir la profundidad.

—¿Y con eso llegó hasta América? —se asombra Javier.

—¡Teniendo en cuenta que pretendía alcanzar las Indias orientales, los aparatitos no le sirvieron de nada! —explota Federica, que no puede con su genio.

El capitán lanza una carcajada.

—Jovencita, el motivo del desvío de Colón no se debió a los instrumentos...

Pero antes de que pueda continuar, se abre la puerta y entra el primer oficial de puente dando grandes pasos. Cuando lo ve con los cuatro jóvenes duda. Se cuadra y saluda.

—Descanse —le ordena el capitán.

—Señor..., debemos hablar... en privado.

Al capitán no le pasa desapercibido su rostro preocupado.

—Por supuesto. Salgamos.

Se dirige a los cuatro:

—Ya vuelvo. Espérenme aquí y seguimos con las explicaciones. No demoraré.

Una vez que están acodados en las amuras de la proa, el capitán saca un habanito y lo enciende. Después lanza el humo con suavidad.

—¿Qué ocurre?

—Rumores. Según el Rumano, hay problemas serios. Josephine está en peligro.

—¿Qué significa eso? Hay que ponerla bajo custodia de inmediato.

—Dos oficiales de puente —el segundo y el tercero— la vigilan con discreción. No le dijimos nada hasta no hablar con usted. Pero parece que el asunto es de gravedad.

—Volvamos al camarote donde están los jovencitos. Te diré que los llesves a dar una vuelta por el barco, les explicarás lo que más te guste, y me mandas al Rumano. Después veremos qué hacer. Andando. No demuestres prisa, no debemos llamar la atención. Estamos estirando las piernas, solo eso.

Apaga con cuidado el habano y lo guarda en una funda de ámbar y plata, que se mete en el bolsillo, junto a un yesquero con sus iniciales grabadas. Después vuelven sobre sus pasos, conversando, distendidos, como si fuera una cuestión de rutina, y así entran en el camarote. Los cuatro están inclinados sobre uno de los mapas desplegados y señalan ciudades, puertos y accidentes geográficos. El Atlántico parece devorarse a las tierras.

—En el planeta, hay más agua que tierra —comenta Antonella sorprendida.

—Y la humanidad conquistó los mares antes que los continentes. Porque para llegar a cualquier tierra, debían cruzar esos mares inmensos y llenos de peligros —dice Javier.

El capitán se da cuenta de la pasión que siente Javier por los barcos y la navegación. Quizá podría formar lo, que fuera un grumete y después...

Si Javier leyera los pensamientos del capitán, quedaría paralizado. ¿Y si tuviera que elegir? ¿Quedarse *acá* y en este tiempo para convertirse en marino, o volver *allá* y...? ¡Qué difícil y qué tentador! Es Federica la que le lee los pensamientos a Javier y al pasar dice:

—*Allá* está la Escuela Naval —en un susurro que solo escucha Javier.

Es cierto. Pero no sería lo mismo. Acá vería cómo las cosas van evolucionando, las vería realmente, no las leería en un libro de historia de la navegación. Y sabiendo cómo son las cosas en el próximo siglo, quizá... pudiera mejorar algo más rápidamente que lo que la historia señala. ¿Acaso sería posible? No. Todo debe seguir siendo como hasta ahora. Nada debe modificarse. Pero, ¿y si se pudieran evitar catástrofes y otras cosas por el estilo? Ah, de pronto te creés dueño del destino, se rezonga. No, nada de eso. Se concentra, entonces, en lo que ocurre a su alrededor. Todos parecen excitados por el tema.

Si fuera por Tomassino, ya mismo se alistaría de grumete para recorrer los siete mares. Federica duda; no le hace gracia estar lejos de tierra firme. Antonella se ve a sí misma en una ciudad pequeña, con su propia familia. Nada de mar.

Pero Javier, enamorado de la historia, en realidad quiere viajar en el tiempo para ver los hechos tal como sucedieron, ¡y no como los cuentan los libros y los manuales!

—¿Te lo imaginás? —le dice con ojos brillantes esa noche, poco antes de caer rendidos—. Los griegos, los romanos; la caída de Roma, los vikingos, Troya, la batalla de Las Piedras, la jura de la Constitución...—suspira, embelesado—. Solo necesito encontrar fotos...

—El aire de mar te quemó el seso —resopla Federica, agotada—. No digas estupideces.

—Ya lo verás. Te mandaré fotos y tú las subirás a Instagram.

Después de pasar por la cocina y comprobar que esa tardecita el menú es magro, y sabiendo que terminarán durmiendo con poco en el estómago, vuelven al camarote. No saben lo que ocurre en el *Conte Verde* en ese mismo instante. Porque si lo supieran e imaginaran lo que les espera, estarían un poco, un poquito, no más, ansiosos y quizá preocupados.

El capitán, el Rumano, el primer oficial de puente y Josephine están sentados alrededor de una mesa de caoba tallada, cada uno con un vaso de whisky. El capitán da largas pitadas al habano y Josephine extrae de una cigarrera de plata tallada un cigarrillo perfumado, que viene de Turquía, y una boquilla de marfil. Se toma su tiempo, y sabe que la miran con atención. Le tiembla levemente el pulso, pero disimula. Así que de eso se trata. Los alemanes se quieren hacer con el poder del *Conte Verde*; las cosas en Alemania no están nada bien debido a la creciente adhesión al Partido Nacionalsocialista y, en Italia, Mussolini avanza con sus camisas negras y el *fascio*.

—Hay tres agentes alemanes mezclados allá abajo; arman lío, beben mucho y desatan peleas. Uno de ellos, apodado el Gallito, se fue de lengua la otra madrugada. Pensó que nadie lo escuchaba y se mandó la parte de que trabajaba para el Partido y que estaba al frente de una misión que cambiaría todo. Pero cuando su camarada le

dio un puñetazo para cerrarle el pico, ya era tarde. Están acá por dos motivos: retrasar la llegada a destino del *Conte Verde*, con lo que el primer mundial de fútbol sería un fracaso y debilitaría las economías y las diplomacias de Francia, Bélgica y Yugoslavia. Debido a la crisis del año pasado, esto sumaría revuelo, caos, y la gente pedirá orden. No debemos olvidar que la selección de Yugoslavia no viaja con nosotros debido al conflicto con la Italia de Mussolini. También, se proponen secuestrar a la señorita aquí presente, de la que dicen que es una espía al servicio de Francia —y mira de reojo a Josephine—, y a usted, capitán. Sin usted, cambiar el rumbo del *Conte Verde* no es difícil. Seguramente querrán intercambiarlos por la modificación de la ruta prevista.

Dice eso y se pone de pie y saluda, muy serio. Después vuelve a sentarse.

Su exposición los ha dejado bastante sorprendidos. El Rumano no es un hombre cualquiera. Está al servicio del rey Carol II, que conoce de primera mano lo que son las conspiraciones. No en vano el rey debió salir al exilio a Inglaterra, de donde regresó a su país para ser coronado en Bucarest.

—Si hay una especie de motín, naturalmente que el viaje se retrasa, lo obligarían a desviarse de la ruta, llegar a Roma, donde le entregarían a ese malnacido de Mussolini a ambos; usted, capitán, y la señorita. Supongo que querrán negociar con Francia y con Yugoslavia.

—¿Y quién es el responsable de semejante operación?
—pregunta Josephine, y mira a cada uno con esos ojos que recuerdan a los de un animal siempre alerta.

El Rumano abre y cierra las manos, inquieto.

—Se dice que el Káiser. Todo apunta a él. Lo he seguido un par de veces. Cuando todos duermen, los tres alemanes y él se reúnen en la popa, bajo la escalerilla. No creo que sea una casualidad.

—¿Alguna fecha prevista para este atentado? —vuelve a preguntar Josephine.

El capitán se pone de pie, con cara muy seria.

—No disponemos de mucho tiempo. Saldremos de Barcelona en la última semana de junio rumbo a Río de Janeiro, donde subirá la selección de Brasil, el 2 de julio. Dos días después está previsto el arribo al puerto de Montevideo. Si este complot supone entregarnos en Roma, imagino que pronto ocurrirá algo que haga que pongan al *Conte Verde* rumbo a esa ciudad —pondrán proa al Mediterráneo— en lugar de pasar por Gibraltar y entrar al Atlántico. Debemos actuar con prontitud. Y la situación española es inquietante. Lo que hagamos no debe despertar sospechas. No creo que vayamos a contar con el apoyo de los catalanes, como para darles a los conspiradores en custodia. Ya tienen bastante con sus propios problemas.

El capitán, un hombre interesado en su época, y de convicciones democráticas y republicanas, está informado sobre lo que ocurre en la región. Los problemas de España, agravados por la depresión del 29, han ocasionado un revuelo político, y la monarquía es frágil. Sin embargo, qué puede suceder, nadie es capaz de decirlo. Las fuerzas conservadoras se mantienen vivas en ese país, y la monarquía hará lo suyo para no perder el poder.

—Creo que sé quiénes pueden ayudarnos, aunque es un riesgo.

El Rumano lo mira y después le brillan los ojos.

—Los polizontes, ¿no es así? Los cuatro jovencitos.

—Sí, así es. Nadie reparará en ellos; en todo caso, pueden creer que son ladronzuelos, pero nada más. Pasarán más desapercibidos que cualquier otra persona. Además, allá abajo, la gente se vende por un pedazo de pan, así que aunque consiguiéramos un par de aliados, no serían confiables. Y gente de la tripulación jamás pasaría por temporeros, emigrantes o facinerosos.

—Es bastante arriesgado, pero coincido con el capitán. Deberíamos convocarlos.

El primer oficial de puente no ha dicho nada, pero ha seguido atentamente la conversación. Duda un poco. Son apenas unos niños. ¿Serán capaces de semejante misión?

El capitán consulta el reloj de bolsillo, del que está muy orgulloso. Fue el regalo cuando el *Conte Verde*, bajo su comando, hizo su primera travesía.

—Invitémoslos a cenar aquí, con nosotros. Y les explicamos el problema. Estoy seguro de que estarán de acuerdo y que aportarán buenas ideas. Son muy listos.

Se dirige al oficial de puente:

—Que la cocina nos suba una buena cena, y no ese guiso aguado que les da a los maquinistas y a los temporeros. Una verdadera cena. Para dentro de una hora. Y regresa con ellos.

Cuando escuchan los golpecitos en la puerta, y ven aparecer al oficial, los cuatro jóvenes lo miran sorprendidos;

el asombro crece cuando les dice que el capitán ordena que suban a su camarote, donde habrá una reunión muy importante y una opípara cena. Rápidamente se lavan cara y manos, y Federica vuelve a lamentarse de su triste aspecto. Tomassino se alisa el pelo con un poco de saliva, y Antonella se arregla los rulos y se estira el vestido.

—¿Qué habrá pasado? ¿Qué opinan? ¿Y qué podemos hacer nosotros?

Después salen. El oficial se escabulle para no ser visto por los que deambulan por los pasillos, y los cuatro, como es la costumbre, se dirigen a la cocina. Luego, cada uno por su lado llega al camarote del capitán. Los espera con la cara seria y les señala cuatro asientos. En el aire, se nota la tensión.

—Esperaremos a que traigan la comida —anuncia—. Supongo que no comieron aún.

Pero ninguno responde. Los de la cocina los tratan bien. La comida frugal de hoy no cuenta. El cocinero es rebuena gente. Esperarán a los manjares y escucharán de qué se trata todo.

El capitán resume la situación y, cada tanto, el Rumano completa la información. Josephine no dice nada; solo los mira de vez en cuando, con una mezcla de orgullo y preocupación. ¡Si supieran todo lo que les espera!

Javier, Federica, Tomassino y Antonella comprenden claramente. La pregunta es cómo tenderles una trampa a los tres alemanes y al Káiser. Sacarlos del piso de los emigrantes para atraparlos sin que nadie se entere. Y mucho menos las selecciones, el rey y los pasajeros de primera clase. Eso sería un desastre para el *Conte Verde* y para la compañía naviera.

—¡Lo tengo! —exclama Javier, excitado.

Pero de inmediato, enrojece y parece encogerse en la butaca. ¿Y si les parece un disparate? ¿Y si se burlan de él? ¡Para qué habrá abierto la boca! Mira a Federica, como siempre que necesita ayuda o que le mantenga el ánimo. Ella se da cuenta y lo alienta.

—Vamos, Javier, dinos. Siempre se te ocurren buenas ideas.

—Nos sentamos con ellos en la cocina, en el almuerzo. Y les decimos que tenemos algunas joyas para vender. Relojes, algún collar, algún anillo, no sé, esas cosas. Cigarreras de oro, etcétera. Llevamos algunas para que nos crean y los citamos en nuestro camarote, después de que los pasajeros se van a dormir. Entonces intervienen ustedes y los atrapan.

—¿Y qué pasa con el Káiser? —pregunta el Rumano—. No andan juntos.

—Una vez que atrapamos a los alemanes, el capitán dice que los secuaces largaron todo y acusa al Káiser de ser el que organizó el secuestro y lo apresa. Entiendo que tiene el poder para hacerlo.

—Así es, jovencito. En altamar, puedo hacerlo. Debo labrar un acta y entregarlo a las autoridades en el primer puerto al que arribemos. Por motivos de seguridad, creo que deberemos hacerlo cuando lleguemos a Río de Janeiro. No confío en las autoridades catalanas.

—¿Hay algo parecido a una prisión o celda aquí? —quiere saber Tomassino, que invariablemente piensa en esos asuntos.

—Siempre debes estar preparado para cualquier situación. No lo olvides —le dijo su padre, poco antes de morir asesinado. Tomassino era un niño, pero no olvidó sus palabras.

El capitán es tajante.

—Sí.

No da más explicaciones y los cuatro entienden que es mejor que no sepan algunos detalles.

Se hace un profundo silencio. Josephine entonces se levanta de la butaca y da unos pasos por el camarote.

—Es buena la idea. Pongo a su disposición las joyas con las que viajo. Incluso podrían tentarlos con la copa que guarda Jules Rimet. Sé que vale una fortuna y que la hizo un artista muy famoso. Si eso les interesa, digan que le tenderán una trampa al señor Rimet cuando esté en cubierta mirando cómo entrena la selección francesa. Ustedes estarán junto a él, haciéndole preguntas. A los alemanes les quedará el camino libre al camarote de Rimet.

Los mira, pensativa, durante unos segundos que parecen eternos.

—Debo ir a buscar algunas joyas. Capitán, si me acompaña al camarote, me sentiré más tranquila.

Casi suena como si se lo estuviera ordenando, y el capitán se pone de pie.

—El primer oficial vendrá con nosotros. Si nos están vigilando, mejor que no vayamos solos. Haremos de cuenta de que la estamos acompañando... porque el champaña no le sentó bien.

Josephine se ríe con fuerza y sorprende a todos; parece súbitamente feliz y entusiasmada.

—Soy una especialista en simular ese tipo de situaciones —agrega, encantada.

Federica y Antonella la miran fascinadas. Su transformación resulta sorprendente.

—Vamos, no tenemos demasiado tiempo.

—¿Y en qué lugar ocultaremos las joyas? —pregunta Tomassino, un poco inquieto—. Si alguien revisa nuestro camarote...

—Poco antes de la hora del almuerzo, ustedes recibirán una bolsa sucia con pan y queso y debajo habrá un par de alhajas. Las deben guardar en algún bolsillo, y se las mostrarán para tentarlos.

Las palabras del capitán tranquilizan a los jóvenes, que empiezan a disfrutar de lo que les espera. Y aunque nunca nadie sepa el papel que les tocó para resolver la conspiración, no se olvidarán jamás, pero nunca jamás, de todo esto. Nadie les dará una medalla ni sabrá quiénes son, solo ellos y los cuatro que los acompañan: el capitán, Josephine, el Rumano y el primer oficial.

Javier sonríe para sí al recordar cómo, hace un par de noches, abrieron la caja fuerte, que está a la vista de todos. Está orgulloso de sí y de sus amigos. Cualquiera otro estaría tentado a quedarse con las joyas y bajar en Barcelona para empezar una nueva vida. De pronto, recuerda a Arturo.

—La decencia, la honestidad, la rectitud, son lo único que tenemos. Y no son negociables.

—¿Por eso estuviste tantos años preso? —había preguntado Javier, sin terminar de comprender sus palabras.

—En el fondo, muy en el fondo, creo que sí. Llámale principios, si prefieres. Sí, fue por eso. Porque la honestidad, la decencia, la rectitud, los principios, no son cuestiones

huecas. Se materializan en cosas. Y las defiendes, no importa cuál sea el precio.

—Creo que es hora de que regresen al camarote y descansen —dice el Rumano—. Mañana será un día intenso, y deben estar bien dormidos y en forma —agrega y los mira muy serio.

Los acompaña a la puerta. Tiene razón.

Duermen poco, excitados y también con algo de susto. ¿Y si algo sale mal? Javier es el primero en despertarse y llama a los demás. Antonella dice que tuvo pesadillas; Federica gruñe un poco y Tomassino parece un soldado a punto de abandonar la trinchera. Alguien golpea la puerta. Es el Rumano con una bolsa de aspecto usado y sucio. Se la da a Javier, quien queda a cargo de la operación. Federica toma un anillo con un diamante enorme, una pulsera de oro, un reloj de bolsillo hermosísimo y unos aretes de plata, y se los mete en el bolsillo. Deciden esperar la hora del almuerzo en cubierta.

En el rincón que los franceses han apodado Montmartre, algunos jugadores ya empezaron a cantar canciones de Maurice Chevalier. Hacen un buen coro. Varios pasajeros asisten a la improvisada función y aplauden y dan vivas con gran entusiasmo. Si supieran lo que está a punto de suceder, estarían menos encantados. Pero solo son pasajeros de primera clase que disfrutan del concierto y de una mañana soleada y algo fresca. Cuando terminan de cantar, saludan con gracia al público; lo que menos parecen son jugadores de fútbol. Cualquiera diría que, efectivamente, son parisinos un domingo de mañana, cantando en el

puente del Sena. Se retiran entre los aplausos, y uno de ellos anuncia el siguiente espectáculo:

—Mesdames et messieurs: avec vous, l'orchestre roumain, qui interprétera des pièces populaires de ce pays.

—¿Qué dijo? —quiere saber Federica.

—Que ahora tocará la orquesta rumana música popular de ese país —responde Antonella.

Entran los músicos, sacan los instrumentos y los afinan rápidamente. El director les da la entrada con la batuta. De los salones salen más pasajeros y ocupan lugar en las sillas. Pronto, aquello es una algarabía. Durante un rato, los cuatro disfrutan del espectáculo y olvidan por qué están allí. La función culmina justo a la hora del almuerzo. El público entra al salón comedor. Llegó el momento.

Abandonan la cubierta entre risas y gritos de asombro, dándose codazos, como cualquier jovencito en esa situación. Se mezclan entre las personas y bajan las escaleras hasta la cocina. Para su asombro, la mesa, en la que comen habitualmente, está ocupada por el Rumano y dos grumetes. El Rumano les hace una seña imperceptible. Todo en orden.

En la cocina no cabe ni un alfiler. Todas las mesas ocupadas. Miran a su alrededor y entonces ven a los alemanes, en un rincón, apartados. Hay lugar en esa mesa, como si nadie quisiera sentarse con ellos. Javier susurra que deben aprovechar la situación y tomar asiento allí. A Antonella le tiemblan las piernas, pero lo disimula. Javier encabeza la marcha.

—¿Podemos sentarnos aquí?

Uno de ellos, con el ceño fruncido, levanta la vista del plato y apenas los mira:

—Pero no molesten; los críos nos caen mal, son un fastidio.

Rápidamente toman asiento, Javier frente al malencarado. Empieza a comer en silencio y después bebe un trago de agua.

—Tenemos algo que puede interesarle —dice sin darle demasiada importancia a las palabras.

—Lo dudo; no me molestes.

—Yo creo que sí —entra en acción Federica.

Pese al vestido que tanto detesta, a las medias blancas y los zapatos que cada día le aprietan más los pies, allí está. El Fede de pies a cabeza. Mete la mano en el bolsillo y saca el anillo y la pulsera, de forma tal, que solo los tres pueden ver las joyas, pero no el resto de los comensales.

El ceñudo mira las joyas con ojos de conocedor y después a Federica. La sopesa. ¿Así que una ladronzuela que quiere hacer negocios?

—¿A quién robaste, ladrona? Seguramente cuando andan por cubierta entre los ricos. Los he visto.

Ella no dice nada y lo mira con desprecio, como si fuera una cucaracha.

—¿Y cómo sé que no son falsos?

—Lo sabe. Pero si no le interesa, buscaré a otro.

Amaga con retirarse de la mesa, pero el Káiser la retiene del brazo.

—¡Qué mal genio! Espera. ¿Solo eso?

Tal como lo pensó. Está entrando, como el ratón que empieza a oler el queso, un delicioso y perfumado queso... en la trampa.

—Hay más.

—Quiero ver la mercadería.

Los otros dos han dejado de comer y miran al que parece ser el jefe y a Federica. Les brillan los ojos. Es claro que se creyeron el cuento.

* * *

—Hoy de noche, en el camarote. Los tres. No queremos trampas de ningún tipo. Por las dudas: no están allí. Uno de nosotros las buscará cuando ustedes lleguen.

—De acuerdo. Allí estaremos y te haremos una oferta. ¿Alguna otra cosa?

—Puede ser —responde misteriosamente Federica, pero a último momento decide no mencionar la copa de Jules Rimet. Le parece que con las joyas alcanza y sobra. Lo de la copa involucraría a más personas y supondría más riesgos.

* * *

Después, como si no hubiera ocurrido nada, impertérrita, vuelve a tomar asiento y termina de comer. Javier la mira con admiración. ¡Pero si realmente parece que salió de un tugurio a negociar! Los hombres se levantan primero e inclinan la cabeza en señal de reconocimiento. Los cuatro permanecen en sus lugares. Una vez que los hombres salen de la cocina, vuelven a ser los mismos. Están muy animados, a la vez que nerviosos; *asustados* es la palabra justa. Después se levantan y, al pasar

junto al Rumano, Javier le hace una seña. El plan sigue en marcha. Los hombres estarán en el camarote a la hora acordada.

* * *

—Creo que deberíamos regresar al camarote. Les dijimos que no tenemos las joyas allí, pero no creo que nos hayan creído. Por las dudas, tomé la cigarrera del capitán y el reloj. También un collar de Josephine.

—¿Y por qué hiciste eso? —lo increpa Federica, entre molesta y desconcertada.

—Me pareció que capaz podía servir que vieran que teníamos más piezas. No lo sé.

—Bueno, en fin. De todos modos, escondí la bolsa, aunque podrías haber avisado, ¿no?

Javier, Tomassino y Antonella la miran incrédulos.

—¡Tomaste esa decisión sin consultarnos! No lo puedo creer —protesta Javier.

—¡Mira quién habla!

Ambos se miran y parece que está a punto de estallar una pelea mayúscula.

Antonella los reconviene.

—Ambos hicieron lo que les pareció importante en ese momento. No vale la pena pelear por eso. El asunto es que aquí estamos, a punto de resolver el problema.

Javier mira a Federica. Conoce de sobra esos ojos que se oscurecen y son el fondo lejano de un aljibe. Mete miedo. Después se aplaca y suspira.

—Bueno, tienes razón. Pero era una oportunidad única y la aproveché. Si los hubiera consultado, probablemente hubiéramos perdido el momento de hacerlo. A veces, las cosas son así.

—¿Dónde?

—Uno de los listones de madera del pasillo está flojo. Lo vi el otro día y lo revisé. La bolsa cabe allí. En caso de que vayan al camarote, no van a encontrar nada.

* * *

Tomassino da un silbido de admiración y le sonrío.

—Tienes razón. Creo que tomaste una decisión sabia. Me alegra.

* * *

Ahora es Javier el que siente un poco de celos que lo hacen poner colorado. ¡Fede es su amiga! Nadie la conoce tan bien como él. Por supuesto que estuvo genial, eso no se discute. ¿Quién se cree Tomassino que es? ¡Vamos!

Federica sonrío para sí, orgullosa de lo que hizo. No es ni la primera ni la última vez que hace algo semejante. Si las circunstancias te ponen a prueba, tenés que estar a la altura. Si no, dedícate a otra cosa.

* * *

Entran al camarote y se aseguran de que todo está en orden. Antonella se acerca a su litera, toma la almohada

y da un grito. Si bien todo parece estar en su lugar, no es así. Debajo de su almohada guarda, sin que Tomassino lo sepa, la única foto que encontró de sus padres, en Turín. Eran jóvenes, y ellos dos, unos niños. Invariablemente en la misma posición, boca arriba, sin una sola arruga. Pero ahora está torcida, y una de las puntas está manoseada.

—Estuvieron aquí y revisaron todo. Menos mal, Federica, que escondiste la bolsa.

Tomassino mira nuevamente a Federica con admiración. Y Javier se acerca y la abraza con fuerza. Después se dirige a Antonella:

—¿Estás bien?

—¿Qué es eso, Antonella?

Ella le tiende la foto a su hermano. Tomassino se pone pálido y después le acaricia la cabeza.

—Pensé que se había perdido. Me alegra que la llesves contigo. Mamá, papá...

—Ahora debemos esperar a que llegue la hora.

* * *

Antonella y Federica cuchichean; cosas de mujeres se dice Javier, sonriendo. Las horas parecen haberse quedado quietas.

Los golpes en la puerta los devuelven al aquí y al ahora. Tomassino abre y los tres hombres entran con cara de pocos amigos, pero ninguno de los jóvenes da muestras de sentir miedo.

—Queremos ver el resto de las joyas —masculla el jefe—. Sin trampas. Venimos preparados.

Se recoge un poco el sacón sucio y muestra un arma que lleva en la cintura. Federica lo mira con desprecio, como si estuviera acostumbrada a enfrentarse a hombres armados.

—Las voy a buscar.

Y sale con pasos fuertes. Cierra la puerta tras de sí, con cuidado de no hacer ruido y vuelve a los pocos minutos con la bolsa entre las manos. Se la tiende al jefe y se aparta un poco para dejarlo hacer. Los hombres, ávidos por el botín, no se dan cuenta de que, en puntas de pie, de a poco, los cuatro han ido saliendo. Tocan las joyas; el jefe saca una lupa de joyero de un bolsillo y las analiza con sumo cuidado. No son falsas y las puede vender por una buena cantidad de dinero. Una vez que hayan terminado con el trabajito, las venderán en Roma sin ningún problema. Y volverán a Múnich triunfantes y enriquecidos. Mejor, imposible.

—Momento, esto no puede ser todo. Debe de haber más. Estoy seguro.

—Esto me huele mal —murmura otro—. Muy mal. No puede ser tan fácil. Vamos, aquí ¿cuántas piezas hay? ¿Cinco, seis? No es nada.

—¿Dónde están los críos? —exclama un tercero.

—Deben de haber salido. ¡Vamos, a buscarlos!

El que parece ser el jefe, un hombre macizo, de cabello que parece paja, mete la bolsa en el bolsillo del gabán y tantea el arma.

—¡No pueden estar demasiado lejos! A buscar en los pasillos. Seguramente se separaron. Esa jovencita ceñuda y con trencitas... estoy segura de que ella las tiene. Mire si nos va a joder.

Pero antes de que abran la puerta, el Rumano y los oficiales irrumpen en el camarote y los apuntan con sendos revólveres.

—Ni lo intentes —le dice el Rumano al jefe, que intenta desenfundar—. Un ademán, y estás muerto.

Mientras dos oficiales los encañonan, el Rumano les ata las manos en la espalda y los empuja a la puerta. Los hombres maldicen. Saben la que les espera cuando el Káiser sepa que fallaron. Todo se desmorona, y la gente del Káiser no es famosa precisamente por el buen trato con quienes no cumplen con una misión.

Los sacan a rastras del camarote y los llevan hasta la celda. Algunos hombres los miran pasar y algunos aplauden, otros los insultan. Uno de los maleantes escupe, y uno de los oficiales le da un trompazo que lo hace trastabillar. En pocos minutos, están tras las rejas.

Un rato después, el capitán, flanqueado por dos oficiales igualmente armados, detiene al Káiser.

—Sus hombres cantaron como cardenales —se burla—. Ni para eso sirven, para hacer las cosas bien. Sabemos que está detrás de todo esto, del secuestro y de desviar el *Conte Verde*.

Lo mira de arriba abajo con asco.

—Está acusado formalmente de conspiración. La prueba es definitiva. Encontramos entre sus pertenencias estas botellitas y unos apuntes encriptados de forma bastante elemental, le informo. La fórmula del contenido y un estimado de la duración del efecto, así como la fórmula del antídoto.

Le muestra las botellitas que contienen líquidos de distintos colores y densidad. Después les ordena a los oficiales que lo inmovilicen.

—¡Beberá de cada una!

El Káiser se revuelve, pálido y con mirada espantada. No puede beber nada de eso, porque sabe la que le espera si no se hace el preparado. Balbucea algo ininteligible y se revuelve en la silla, mientras los oficiales lo retienen con fuerza.

—Usted elige. Es evidente que iban a preparar un sedante para anular a Josephine.

—No sé de qué habla. No sé qué son esas botellitas ni de qué sedante habla. Esto es un atropello. Exijo hablar con un representante de mi país.

—No me está entendiendo. Y me obliga a lo que no quiero. ¡Sosténganlo con fuerza! Beberá de las botellitas.

El Káiser se revuelve y trata de zafar de los oficiales, pero solo empeora la situación. El capitán elige una botellita al azar, la vierte en un vaso y lo mira.

—¡Beba!

El Káiser baja la cabeza.

—No. Usted me confunde con alguien y todo esto es un malentendido. Protesto.

El Káiser aprieta los puños, que se han vuelto blancos.

—Soy inocente. Insisto: quiero hablar con mi embajada.

—Seguramente su embajador va a venir rápidamente a decir que es una inocente persona. No se preocupe, que ayer pedí sus antecedentes. De esta no se salva. Y le sugiero que se apronte, porque le espera un largo viaje en una celda fría y solitaria. Tendrá tiempo de pensar la que le espera



en el próximo puerto. No me gustaría estar en sus zapatos. Dicen que las cárceles de Río de Janeiro son las peores de todo el continente.

Después mira a los oficiales, que ya lo han esposado, pese a la resistencia del Káiser.

—Llévenselo. Y póngalo en la celda que está junto a la de los otros. Hoy de noche me imagino las peleas que habrá.

—Es un malentendido, no tengo nada que ver con todo esto —insiste el Káiser, pero el capitán es implacable.

—Si es inocente, declarará en Río de Janeiro y no deberá preocuparse. Mientras tanto... le espera un fin de viaje entre rejas.

Esa noche, aliviados y contentos, el capitán los invita a cenar en su camarote, como la noche anterior. Josephine y los oficiales que capturaron a los conspiradores ya están allí y sonríen al verlos entrar.

—Creo que no habrá problemas en que brindemos, todos, con este delicioso champaña que guardo para las grandes ocasiones.

Mira a los jóvenes, con los ojos brillantes y quizá con alguna lágrima que amenaza con salir.

—Nadie lo sabrá nunca. Pero acaban de salvarnos a nosotros y al *Conte Verde*. Seguimos rumbo al puerto de Montevideo, tal como está previsto. ¡Brindo por el primer mundial de fútbol y por ustedes! Son héroes y se merecen una medalla... ¡Un momento!

Va hasta la caja fuerte y extrae una caja de madera oscura.

—Nunca tuve oportunidad de hacer esto. De pie, jóvenes. Abre la caja.

—Javier Scalante. Acércate.

Le prende solemnemente una medalla en la solapa y le da un apretón de manos.

—Federica Huertas. Acércate.

Repite lo mismo, y la observa durante un instante. La mirada vivaz de la chica lo impresiona.

—Tomassino y Antonella Ambrosini. Acérquense.

Parece no querer separar a los gemelos ni en una situación tan importante.

Le pone la medalla a cada uno y les acaricia rápidamente la cabeza. Cada uno de ellos tiene una historia, que

desconoce. Pero no los olvidará jamás. Después descorcha el champaña.

—En mi pueblo se decía que la uva guarda el sol y que, por lo tanto, es salud. Así que brindemos ahora.

Los cuatro, con las mejillas rojas de la emoción, beben y ríen. Quizá sea la mejor noche de sus vidas, allí, en ese camarote, con esos hombres y con Josephine, que le da un beso a cada uno.

—No se olviden de mis joyas —bromea y lanza una carcajada—. Me salvaron de algo espantoso. Siempre les estaré agradecida por eso. No voy a olvidarlos.

En un descuido, Javier se aparta un poco, sin que nadie los vea, saca el celular rápidamente y toma un par de fotografías. No puede terminar esto sin una foto. Aunque más no sea para compartir con Fede cuando pase el tiempo y se pregunten si fue real o se lo imaginaron.

Antes de dormir, Javier mira una vez más la medalla.

—La llevaré en tu nombre, tío Arturo —murmura—. Gracias por lo que me enseñaste.

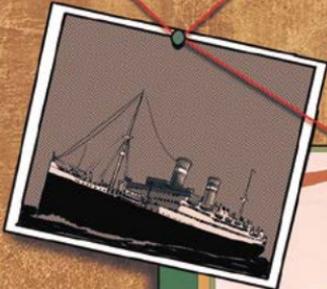
Y se duerme profundamente hasta bien entrada la mañana.

?

Leda Brunetto
Piemonte
(1877 - 1929)



Tomassino Ambrosini
BRUNETTO (1916-?)

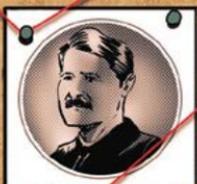


Instituto
para el
futuro ???



CAPÍTULO 8

DOS MUNDIALES, UN MISMO DESTINO



Giuseppe Ambrosini
(1877 - 1929)



Antonella Ambrosini Brunetto
(1916 - ?)

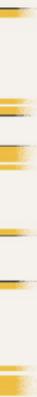
¿ Pinerolo = Peñarol ?



¿OOPART?
¿ENCUESTRAN
TELEFONO
CELULAR DE
1930?

¿ El campeonato
¿ ya está a salvo ?

¿ El futuro está a salvo ?



Tal como estaba previsto, el 22 de junio echan amarras en Barcelona, en Port Vell, también conocido como Puerto Viejo, en lo que fue el antiguo amarradero construido en 1493. Allí suben los belgas, que son bienvenidos por el capitán y el resto de las selecciones. Jules Rimet le da la mano a cada jugador y los felicita por haberse sumado a la aventura. ¡El primer mundial de fútbol está a poco de ser una realidad!

Están por cruzar el estrecho de Gibraltar. Los antiguos llamaban a ese punto geográfico *las columnas de Hércules*, porque separaban Europa de África y era la ruta de navegación más importante de la Edad Antigua, cuando las primeras civilizaciones empezaban a inventar la escritura. ¿Habrá una relación directa entre la escritura y la navegación avanzada? Buena pregunta, se dice Javier emocionado. Se acoda en la borda y mira el horizonte como si esperara ver aparecer una embarcación romana.

Atrás quedarán las aguas claras y tranquilas del Mediterráneo —el *mare nostrum*, recuerda Javier súbitamente; el mar nuestro, como lo nombraron los romanos—. Se imagina a aquellos hombres en esas embarcaciones y,

una vez más, se emociona al pensar en lo que deben de haber sido las travesías en aguas recién descubiertas. ¡El gran Julio César!

—¿Se imaginan a los romanos navegando por este Mediterráneo, dominarlo, conquistar las costas tan lejanas de Roma... y después... el Atlántico?

Pero a Tomassino y a Antonella no parece llamarles la atención el asunto. Cada tanto se hablan al oído y miran a Javier y a Federica con recelo. Algo no está bien.

—Voy a mostrarle a Vanja el buque, ya volvemos.

Federica lo sigue. Está acostumbrada a esas salidas de Javier; algún motivo habrá para tanto misterio.

Él la guía hasta la proa.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Es que me parece que deberíamos contarles la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que venimos del futuro. Eso.

Federica lo mira como si hubiera enloquecido. Capaz que eso te ocurre después de viajar un par de veces en el tiempo.

—Me parece un poco... arriesgado. Van a pensar que estamos locos, ¿no? ¿Y por qué habrían de creerte? Además, ¿para qué? ¿Y cómo harías? Si me pasara a mí, no te creería una sola palabra.

—Pero si les muestro el celu... es una prueba contundente, ¿no? Además, ya se debe de haber corrido la voz de que ando con un aparato diabólico. No hay cómo zafar.

—No sé qué decirte, esa es la verdad. Si estamos acá para asegurarnos de que el *Conte Verde* llegue a Montevideo... si les decís eso... ¿no será un problema que complique la misión?

—Sí, puede ser. Pero también pensé en otra cosa.

—A ver, decime. Me dan nervios cuando te ponés así.

—Les dijimos que los podemos ayudar a encontrar a ese pariente. Pero claramente no vamos a ser nosotros; por lo menos, no al principio. Estaría bueno que tuvieran un celular por si nos necesitan, ¿entendés? Y, además, si no los vamos a ayudar nosotros, se lo tenemos que decir. Y eso solo se comprende con el salto en el tiempo. Así que...

—¿Decís que en algún momento vayamos a 1930 pero en Montevideo? ¡Qué copado!

—Este... la cosa es que no se me ocurre cómo decirles todo eso a Tomassino y Antonella. En realidad, creo que deberíamos contarles todo al capitán, al Rumano y a Josephine también. No solo a los gemelos.

—¡Esa sí que está brava! ¿Estás seguro?

—Sí, me parece lo mejor. Y si creen que estamos locos, no perdemos nada. Ya falta poco para llegar.

—Esperá un segundo, Javi. ¡Me acabo de dar cuenta de una cosa!

—¿De qué? ¡Te pusiste verde!

—¿Y si vos y yo no somos los únicos que *viamos* en el tiempo? ¿Por qué no podría haber más gente que puede hacerlo?

—Sí, puede ser. Pero no entiendo qué importa en nuestro caso y el *Conte Verde*.

—¿Te acordás de que en algún momento dijimos que la Josephine Baker que está en el transatlántico no puede ser la *verdadera* debido a las fechas, que no coincidían?

—Sí, me acuerdo, claro. Y pensamos que era una agente que se hacía pasar por ella, vaya uno a saber por qué.

—¿Y si es la verdadera y es una viajera como nosotros? Capaz que también tiene una misión, no relacionada con el Mundial, sino con algo político. En la biografía que leí se cuenta que defendía los derechos humanos, la democracia, que era antifascista, etcétera. Y hubo intentos... acordate. Lo del rey, lo del secuestro del capitán y de ella, y de hacer que el barco fuera a Italia... ¿Entendés?

—Sí. Clarísimo. Tenés razón. ¿Y qué hacemos?

—Cuando hablemos con ellos, nos fijamos a ver cómo reacciona Josephine. Si es como pensamos, entonces... tenemos razón.

—Entonces estás de acuerdo con que les contemos esto.

—Sí, me parece lo mejor.

Javier se queda pensativo. La explicación de Federica es posible. Es cierto: ¿por qué los únicos que viajan en el tiempo son ellos? Y si Josephine viene de 1940, por ejemplo, y debe cumplir una misión... las cosas empiezan a tener otro sentido.

—Vamos. No nos queda demasiado tiempo. En algunos días vamos a llegar a Montevideo. Más vale que sea ahora, así hacemos algún plan para cuando lleguemos. Porque es claro que nosotros volvemos a 2030, pero ellos van a estar en 1930. ¿Entendés? Si no les explicamos bien todo, el plan es imposible.

—Nos arriesgamos, como en las pelis. A ti siempre te gustan las cosas complicadas; te sentís personaje de una historia. ¿Qué les vas a decir?

—Que creemos que lo mejor es que sepan la verdad. Además, el Rumano vio el celular. No dijo nada, pero...

Federica se queda pensativa.

—Sí, es un poco complicado. Yo, si fuera tú, convocaría a los gemelos, al Rumano, al capitán y a Josephine, y les explicaría. Creo que no hay otra alternativa. ¿O sí?

—Creo que no. Voy a buscar al Rumano y organizar el encuentro. Te aviso, ahora volvé con los gemelos.

—De acuerdo. Y que la fuerza te acompañe.

—¡No estoy para bromas!

Pero ambos sonríen.

Javier da vueltas por los pasillos, pero no lo encuentra. Por fin decide ir hasta la cabina del capitán. Algo le dice que están reunidos allí. Golpea suavemente la puerta, y el capitán abre y lo mira sorprendido.

—¿Ocurre algo?

—En realidad, sí. Me gustaría que habláramos.

Se da vuelta y le manda un mensaje a Federica:

14:00, 27 de junio de 1930

JAVI

Venite con los gemelos a la cabina del capitán

La respuesta es inmediata:

FEDE

Okis

—Te escuchamos.

—Quiero esperar a que venga Vanja con Tomassino y Antonella. Y quizá... sería interesante que estuviera Josephine.

El capitán alza una ceja y asiente. Algo le dice que las cosas van a cambiar drásticamente.

—De acuerdo.

Se dirige al Rumano.

—Dile que venga, que es importante.

Casi de inmediato, entran Josephine, el Rumano, Federica y los gemelos. El aire se corta con un cuchillo. Cómo será la cosa, que incluso Josephine está seria.

Javier mira a cada uno y junta fuerzas. Ya no le parece una buena idea, ni mucho menos, fácil. Pero una vez que estás en el baile... ¡a bailar!

—Me gustaría que supieran quién soy y qué hago aquí. Qué hacemos aquí —y señala a Federica.

Tal parece que cada uno contiene la respiración. El silencio es tan denso que solo se escucha el mar. Javier se aprieta un poco las manos, después saca el celular del bolsillo y lo pone sobre el escritorio del capitán.

El Rumano simplemente lo mira. Imposible saber qué piensa.

—Lo que te quisieron robar. Y dijeron que les estabas haciendo un mal de ojo.

—Sí. Eso dijeron. Pero es un disparate. No es brujería ni nada que se le parezca. Es tecnología. Algo que ustedes verán dentro de un par de décadas.

Para su asombro, nadie parece demasiado sorprendido. Sí, algo raro pasa y no sabe qué. Cuenta hasta diez y se pone

de pie. Si va a hablar, debe hacerlo con firmeza. Siente cómo le empiezan a sudar las manos.

—Concéntrate, Javier, no dudes. Es ahora o nunca —se dice, y carraspea para darse ánimos.

Federica lo alienta con la mirada.

—Quizá se pregunten qué hacemos aquí, o por qué he ayudado a resolver algunos problemitas. Y qué es este aparato.

Le da el celular al capitán, que lo mira atentamente y después se lo tiende a Josephine. Circula de mano en mano y se lo devuelven. Ni un comentario, nada. Como si fuera una brújula. Los únicos sorprendidos son los gemelos.

—Es un teléfono, además de que sirve para otro montón de cosas. Después les muestro.

Josephine lo da vuelta y lo sopesa con una mano. Liviano, chato. ¡Qué portento! Y no necesita cable, ni disco de marcar ni bocina para hablar y escuchar.

Federica se sienta a su lado, saca el celular del bolsillo y lo manipula. Josephine la observa con atención. ¡Qué bien le vendría uno así para transmitir información!

—Entiendo que están aquí por algún motivo importante —dice el capitán.

—Se trata de hacer que el *Conte Verde* llegue, sí o sí, a Montevideo en fecha. El primer mundial de fútbol debe jugarse. Es importantísimo.

—Creo comprender lo que quiere decir Javier. Hay un trasfondo político atrás del Mundial. No olvidemos a los fascistas en Italia, a los nacionalsocialistas en alza en Alemania; España tiene sus problemas con los republicanos. Por supuesto que el Mundial tiene un profundo

significado político, ideológico. Y debe jugarse —reflexiona Josephine, y mira a Federica y a Javier con aprecio.

No agrega nada más, pero Federica se convence de que también es una viajera.

—Vamos, no sientan miedo. Sea lo que sea que quieren decir, los escucharemos con mucha atención. Al fin y al cabo... son unos héroes —agrega.

Javier sonríe, pero todavía siente el adoquín en el estómago.

—Es que una parte de la explicación puede sonar un poco... increíble.

—¡Vamos de una vez! Después veremos si es increíble o no —y esas palabras del capitán suenan realmente a lo que son: una orden.

—Bien. Voy a empezar por el principio. Vengo de Montevideo, del año 2030. Venimos. Ella es mi gran amiga Federica. Es decir, venimos del futuro.

—¿Cómo que del futuro? ¡No es posible! Y... ¿Entonces no te llamas Vanja? —Tomassino se siente estafado.

—No; me llamo Federica, y me dicen el Fede. Lo lamento, no hubo más remedio que inventar sobre la marcha. ¿Me disculpas, Tomassino?

Javier la mira de reojo, sorprendido. ¿Desde cuándo el Fede pide disculpas de ese modo? Se ve que lo de Tomassino le pegó fuerte. Deberá hablar con ella; lo último que quiere es que su amiga sufra por un amor imposible. Y en este caso, vaya si lo es.

—Después arreglan ese asunto entre ustedes. Javier, continúa, por favor —los interrumpe el Rumano. Le da lo

mismo cómo se llame esa jovencita ni lo que puede estar pensando Tomassino.

—De acuerdo. Como dije: somos del año 2030. Para mí, fue un viaje al pasado; pero ustedes están viendo a alguien que viene de dentro de cien años. Y dentro de cien años, en mi país, se celebrará el Mundial de fútbol. Solo si este se hace. No quiero ni pensar en cómo cambiaría la historia, si...

Mira a Federica como si le pidiera ayuda. Ella comprende y toma la posta.

—Las cosas ocurrieron así. Javier encontró en una caja del bisabuelo unas notas y unas fotografías del día en que el *Conte Verde* iba a soltar amarras y partir, con algunas selecciones. Y, aunque no lo crean, en una de las fotos, estaba él. No sabemos cómo ni por qué. El asunto es que así empezó todo. Al verse en la fotografía... con una banderita y saludando al transatlántico... terminó en el muelle, ese mismo día, el día que el transatlántico debía partir.

El Rumano los mira con suspicacia. Los gemelos no terminan de comprender lo que dijo Federica. El capitán y Josephine se miran, y a Javier le parece notar una cierta complicidad. No parecen sorprendidos con la explicación. ¿Entonces?

—El asunto es —retoma Javier— que en realidad a mí me tocó hacer que el *Conte Verde* zarpara en fecha. Quizá recuerden que el día de la partida se rompió una turbina... Eso ocasionó una enorme pelea allá abajo. Como me gustan mucho los motores náuticos, y los barcos en general..., la arreglé.

—¡Maldición! Y los inútiles dijeron que la habían arreglado ellos y pidieron un trato especial. ¿Fuiste tú? Te felicito y te agradezco. Ya se la cobraré a esos farsantes.

Javier suda como si hubiera corrido 100 metros llanos un mediodía con cincuenta grados de calor y los cachetes le arden de la vergüenza. Se escucha hablar y se da cuenta de lo imposible que resulta la historia. Pero es la verdad, así, aunque suene absurda.

—Ah —dice el Rumano, que rápidamente ata cabos—. También resolviste otros asuntos, ¿no? Lo del rey Carol II, el secuestro del capitán y de Josephine... ¿y todo eso para que se haga el Mundial del 30, que habilita a que se juegue otro dentro de cien años en tu país?

—Así es.

—¿Y qué pruebas nos pueden dar de que efectivamente vienen del 2030? Los miro, y son iguales a todos los demás que deambulan por los pasillos de los emigrantes. ¿Cómo creerles, más allá, insisto, de que suena imposible?

Javier toma el celular, los enfoca y les saca una fotografía. Después se la envía a Federica. El tono que ella le puso a los mensajes de Javier suena ajeno en esta cabina. De otro mundo, se dice, y es tal cual. No de otro mundo, pero casi. Ambos les muestran a los demás la fotografía y el WhatsApp. Josephine no queda demasiado conforme, porque la tomó por sorpresa y le gusta salir impecable en las fotos.

—¿Se puede anular esta foto? No luzco demasiado bien.

—Por supuesto —responde Federica.

La elimina y le tiende el celular a Josephine.

—Bien. Hagamos de cuenta de que les creemos esta historia. Sin embargo, nos gustaría saber cómo se trasladan en el tiempo.

—Esa es la parte más difícil de entender, porque nosotros no le encontramos un sentido, o una explicación científica —interviene Federica—. Cuando Javier me explicó, pensé que se había vuelto loco. No le creí. Pero insistió tanto, que al final decidí que aun sin comprender, debía creerle. Y después viajé yo también. Pero sinceramente, no sabemos cómo sucede.

—Voy a resumir. Ustedes, de casualidad y sin saber por qué, llegaron a este año. Después se dieron cuenta de que tenían una misión: que se jugara el primer mundial de fútbol en su país. Ahora bien, ¿cómo regresan? ¿No sienten miedo a no poder volver a su país y quedarse para siempre aquí? —quiere saber el Rumano.

—Hasta ahora, una vez que solucionamos el problema, volvemos a nuestro año y a nuestro país. Tan rápido como llegamos, nos volvemos. Es todo lo que sabemos. Y sí, siempre siento pánico de que no funcione y quede aquí... preso en este tiempo.

El capitán no ha dicho una sola palabra; solo los escucha con atención y los observa con tanta intensidad que resulta un poco intimidante.

—Ahora es mi turno —dice con voz grave—. Y lo que voy a contar también puede sonar descabellado. Se relaciona con el *Instituto para el Futuro*. En 1923, el *Conte Verde* hizo su primera travesía, y yo era el capitán. Una noche, ya en pleno viaje, se me acercó un hombre elegantemente vestido, amable y culto. Llevaba un cartapacio de cuero repujado, del que sacó varios documentos y recortes de prensa. Para mi asombro, en varios de ellos aparecía yo, precisamente



en este viaje. Al principio pensé que me quería embaucar o algo así, pero me dio un par de explicaciones irrefutables. Y me habló de ese instituto. Venía del futuro, porque habían descubierto la manera de trasladarse en el tiempo, algo secreto, secretísimo, para que no cayera en malas manos. En definitiva, la misión del instituto y de esos viajes era

asegurarse de determinadas cuestiones para que la historia siguiera su curso. No modificar nada para que fueran posibles las modificaciones que la historia se daría en cada época. Me dijo que este viaje ocurriría y que habría otros viajeros entre los pasajeros.

Señala al Rumano y a Josephine.

—Pero no tengo la suerte de ser uno de ellos; mi misión es apoyarlos.

Javier entonces entiende algunas de las anotaciones del cuaderno de bitácora, que en su momento le resultaron incomprensibles. ¡A eso se refería!

—Y aun sin comprender cómo ocurre el fenómeno, les creo. Las evidencias me alcanzan. Confiemos que no haya más problemas el resto del viaje. Y les recuerdo que esta conversación no existió, ni quedará registro de ella en parte alguna.

Es claro que el capitán da por finalizada la reunión, al menos, con ellos. Los cuatro se despiden y salen, casi en puntas de pie, todavía impresionados. Josephine y el Rumano se quedan. A Javier le encantaría saber de qué hablan, aunque en el fondo lo sabe.

En el camarote, Antonella quiere ver el celular y pregunta cómo se usa. También quiere que tomen más fotografías, aunque no puedan quedarse con ellas.

Tomassino está sumergido en sus pensamientos, todavía impresionado con la reunión. Le cuesta creer la historia, pero de algún modo comprende que ellos también están involucrados. Hacer que el curso de la historia no se desvíe es algo que al principio lo confundió. Sus padres y aquel

español se referían constantemente a la historia, su curso y el papel que les tocaba a ellos, obreros, para modificar las cosas. Pero jamás pensó que algún día ellos estarían en el centro de algo tan importante y tan opuesto a lo que sus padres pretendían. Ellos querían cambiar el curso de la historia; ahora les toca asegurarse de que todo siga igual por un motivo que no alcanza a comprender.

Javier imagina lo que su amigo piensa. Es complejo de aclarar, pero hará el intento.

—Mantener el curso de la historia implica, precisamente, que eso por lo que tus padres pelearon llegue a buen puerto. Te puedo asegurar que las cosas cambiarán en tu siglo, este, precisamente porque lograremos que las cosas ocurran tal como sabemos que ocurren en el siglo próximo. Sé que no es fácil de comprender, pero es así. Si todo sigue igual, Europa, en algún momento, terminará por expulsar a fascistas y nazis de su territorio. Sin embargo...

Federica le hace una seña para que no continúe. ¿Les amargaré la vida a los gemelos al contarles todo lo que ocurrirá en lo que queda de ese siglo XX? ¿O debe alertarlos para que al menos se salven? Esos pensamientos, en este momento, lo incomodan y el conflicto no parece tener solución. ¿Se debe intervenir o no?

—No es fácil de comprender, pero creo vislumbrar a lo que te refieres. De todos modos, si la historia que contaron es cierta, eso de los viajes en el tiempo, cuando llegemos al puerto, no volveremos a vernos nunca más. Ustedes estarán en 2030, y nosotros en 1930, ¿no es así?

—Así es.

Javier se da cuenta de que se ha negado a pensar en eso, pero Tomassino tiene razón. Una especie de tristeza profunda se le mete en el cuerpo.

—¿Y cómo haremos entonces para encontrar a nuestro pariente? No estarás tú para ayudarnos.

—Estoy pensando en eso, creo que sé cómo resolverlo.

Tomassino mira intensamente a Federica y ella se pone toda colorada. ¿Cómo explicarle que en el tiempo del que viene ella podría responder a su intensidad? Le gusta Tomassino, claro que sí. Pero parece que aquello de no estar en el lugar y el momento adecuado se cumple al pie de la letra. Suspira y después mira el horizonte.

Desde ese momento, Tomassino siente que está en dos realidades. La «real», palpable, tangible, allí, a bordo del *Conte Verde*, y la otra, que carece de explicación y que ni siquiera logra imaginar y, mucho menos, rozar con los dedos.

Tomassino piensa en lo que ocurrirá dentro de pocos días, cuando por fin arriben al puerto del Río de la Plata. Se prometió no hablar sobre el tema con su hermana, que no luce nada bien. Las ojeras no han desaparecido y la palidez es notoria. Perdió el brillo en la mirada y sonríe muy poco. Cuando lo hace, es como si fuera por obligación. La conoce. Antonella está asustada. Y, además, no quiere despedirse de Javier.

—¿Y qué haremos al llegar, Tomassino? ¿Cómo encontraremos a esa familia lejana? Ni siquiera hablamos bien el idioma —dice con voz temblorosa.

—Javier dijo que nos dará las señas de un pariente que nos ayudará. Debemos confiar en su palabra, en él.

Además, no podemos hacer otra cosa que ser pacientes. ¿Acaso nos ha resultado sencilla la vida? No. Pero míranos: aquí estamos.

Le hace una guiñada para animarla, pero Antonella no parece del todo convencida. Una cosa fue sobrevivir en Marsella junto con la madre. Pero otra muy distinta es llegar a una ciudad desconocida, del otro lado del océano, sin nadie a quien pedir ayuda... En el continente, al menos, llegado el caso, podrían haber regresado a Italia y buscar trabajo. Algún pariente de la madre o del padre debía de haber en Turín o más al norte. Después, ninguno de los dos vuelve a tocar el tema y ambos agradecen el silencio del otro. Al menos, cada uno puede rumiar sus propios temores sin alarmar al otro.

Una vez cruzado el estrecho de Gibraltar, el paisaje marítimo cambia casi de un momento a otro. El océano es portentoso, se impone y exige respeto. Los recibe con algo de oleaje y un viento con olor a sal. Será la parte más larga del viaje, ya que está previsto que arriben al puerto de Río de Janeiro el 2 de julio. Diez días para disfrutar y recorrer a sus anchas el *Conte Verde*.

El capitán los convoca a su camarote. Los mapas están desplegados y por un ojo de buey se ven las olas con algo de espuma, como las crines de un caballo.

—He dispuesto de dos camarotes para ustedes, en segunda clase, para que no llamen excesivamente la atención. Es cierto que los alemanes y El Káiser están tras las rejas, pero no quiero arriesgar nada más en lo que falta de la travesía.

Los mira con rostro muy serio.

—Ya se dieron cuenta de cómo es la zona de los emigrantes, en la que viajan rufianes como los que capturamos. Basta con un rumor, una indicación leve, para que suceda un accidente. Ustedes deben llegar sanos y salvos al puerto de Montevideo. He dispuesto, además, que hombres de mi tripulación los vigilen ostensiblemente. Harán turnos, y confío en que pronto se corra la voz de que están bajo mi protección.

Ninguno sabe qué responder a eso, y de pronto Javier siente que lo que tomó como una aventura es algo bastante más serio y que sus vidas pueden estar en peligro. Lo de viajar en el tiempo es lo de menos.

—Gracias, capitán —dice Tomassino, notoriamente aliviado.

Le parece que el camarote 23 ya no es seguro, y se siente expuesto. No tienen cómo saber si hay más hombres conspirando para interrumpir el viaje o algo peor.

Se despiden del capitán con rostros serios y rápidamente alcanzan el piso de la segunda clase. Se respira un aire más tranquilo. Quizá haya llegado el momento de disfrutar de lo que resta del viaje.

—Federica y Antonella en un camarote, y Tomassino y yo, en el otro —propone Javier.

Tomassino y Antonella no van a entender que en el tiempo del que vienen, él y Federica compartirían sin ningún problema el camarote. Vamos. ¿Y los campamentos que han hecho en el parque de Santa Teresa, ambos en una carpa? Pero aquí, ahora...

Los camarotes son contiguos, de modo que buena parte del día están juntos. Javier conversa con los gemelos y les da indicaciones sobre el pariente que deben buscar para que los ayude. Y en una de esas conversaciones, vuelve a sacar el celular

—Les explicaré cómo se usa.

—¿Y de qué nos va a servir? No tiene mucho sentido.

—En algún momento será de utilidad. Miren y presten atención.

Les da las indicaciones, anota lo importante en un papel, con letra muy clara y se lo tiende a Tomassino.

—Espera. Hagamos una prueba. Te mandaré un mensaje y tú responderás.

Rápidamente, teclea y le manda un mensaje al WhatsApp de Federica. Tomassino ríe, encantado y responde con un emoticón.

—Guárdalo con mucho cuidado y no lo pierdas.

—Déjame tomarnos una foto a los cuatro, una... ¿cómo es que la llaman? —exclama Antonella.

Javier ríe y Federica dice:

—Una *selfie*. Viene del inglés. Es algo así como la foto que se saca uno a sí mismo.

Se abrazan los cuatro y sonríen, felices. Antonella aprieta el disparador. La primera sale muy torcida, pero la cuarta la dan por buena. Javier de inmediato se la manda a Federica. Allí están los cuatro, una foto histórica, sin lugar a dudas.

Después retoma la conversación.

—Encontrar a Juan Bautista Crosa es la misión más importante de todas. El asunto es cómo resolver el asunto.

—El punto —dice Antonella, y se le quiebra la voz— es que cuando arribemos a Montevideo no volveremos a vernos más.

Tomassino la mira y comprende que su hermana ha aceptado que cuando lleguen, en julio de 1930, Javier y Federica no solo no habrán nacido, sino que ni siquiera el padre o el abuelo de Javier viven.

—Lo del tiempo es algo que debemos resolver. Ustedes no pueden llegar al año 2030, y nosotros no podemos llegar cien años antes. No hay manera de resolver eso. A menos que todos viajemos en el tiempo, algo que parece bastante complejo. Lo que sí debemos hacer es repasar la historia de Crosa, lo que les dijo su madre, e intentar reconstruir quién puede ser. Tomassino, cuéntanos todo lo que recuerdes, con la mayor cantidad posible de detalles.

—Mi madre, Leda Brunetto, que nació en el Piemonte, era pariente lejana de ese tal Juan Bautista Crosa. Nos hizo memorizar el nombre. Tú sabes que en los pueblos chicos todos estamos emparentados.

Antonella interviene.

—Nuestro padre, Giuseppe Ambrosini, tenía una hermana, a quien le perdió el rastro. Se llamaba Margheritta Ambrosini, y se fue con un hombre diez años menor que ella, un anarquista. Pero no recuerdo bien el nombre... ¡Ayúdame, Tomassino, que puede ser importante!

Tomassino siente cómo la mente pelea por dar con el nombre sepultado bajo otros nombres y otros recuerdos.

—¡Lo recordé! Massimo Scalante. Ese es el nombre de con quien se fue nuestra tía, mucho antes de que naciéramos, naturalmente.

—¿Cómo has dicho? Repite eso, por favor.

Javier está pálido y tembloroso.

—Lo de las familias de aquellos años es difícil de reconstruir. La gente emigraba: hambre, pobreza, política. Lo único que sé es que Margheritta, una tía a la que conocemos vagamente por algún comentario de nuestro padre, emigró a Sudamérica. Vaya uno a saber a dónde. Mi madre nos dijo que debíamos encontrar a Juan Bautista Crosa.

—¿Y dijiste que esa tía se fue con un tal Massimo Scalante? ¿Comprendí bien? Me voy a volver loco —grita Javier como si hubiera visto un fantasma—. Estás hablando de mis tatarabuelos. ¿Se dan cuenta de que ustedes y yo somos parientes lejanísimos? Esto no puede ser una casualidad.

Tomassino y Antonella también se han quedado mudos.
¡No es posible!

—No me parece tan inverosímil —reflexiona Federica más para sí que para los demás. Y agrega:

—Las corrientes migratorias a Uruguay, sobre todo de Italia y España, datan de por lo menos principios del siglo XVIII. Muchas veces ocurría que esas personas perdían contacto con los familiares que habían dejado allá y rehacían sus vidas.

—Sí, pero... Es que algo leí en un cuaderno de anotaciones de mi bisabuelo Massimo, hijo de Margheritta, tu tía, y Massimo, su compañero diez años menor.

—¿Y qué fue lo que leíste? Nunca dijiste nada.

—Es que no pude seguir leyendo. Pasó *ya sabes qué* y terminamos aquí, en el *Conte Verde*.

—Bueno, entonces cuenta ahora —explota Federica, los cachetes completamente rojos.

—Haré lo posible por resumir, porque ni yo terminé de entenderlo del todo. Quizá, cuando vuelva, empiece a leer esos cuadernos en orden. Son muchos y están fechados. Pero acá va lo que recuerdo. El hijo mayor de mis tatarabuelos, Massimo Scalante Ambrosini, no conocía la historia de sus padres, que jamás hacían referencia a sus orígenes ni por qué habían emigrado. Cuando sus padres murieron, encontró una caja en la que su madre, Margheritta, había guardado varias cartas con una letra bastante infantil, como de alguien que no sabía escribir bien. Entre las cartas había un salvoconducto del compañero, Massimo Scalante, y un documento de identidad, a nombre de otra persona. En el dorso, alguien había aclarado que ese nombre era el que le correspondía a Massimo Scalante, nacido en Florencia en 1889. ¿Por qué no estaba a su nombre? ¿Y por qué un salvoconducto? Eso llevó a que mi bisabuelo Massimo Scalante Ambrosini anotara una hipótesis en uno de los cuadernos, el único que leí por encima. Es el *Cuaderno II/ Anotaciones 1936-1945*. Si bien en esas notas se extiende mucho sobre la Guerra Civil Española, precisamente la existencia de las Brigadas Internacionales lo llevó a pensar que, por algún motivo, el cambio de identidad se hizo antes de partir y no como a veces ocurría, que, al registrarse en el país de acogida, el funcionario no siempre escribía bien el nombre y el apellido. Por algún motivo misterioso, mi tatarabuelo, al partir, dejó atrás su identidad y adoptó una enteramente nueva.

—¿Y cómo se llamaba? ¿Te acuerdas?

—Sí —murmura y lanza un suspiro—. Luigi Fabbri.

Se hace un silencio. Federica no comprende de qué hablan, pero se ve que es algo serio.

—No crean que ese nombre me sonó. Por eso lo googleé y quedé confundido. Ese tal Luigi Fabbri fue un anarquista muy famoso. Fue educador y publicó muchos artículos en periódicos anarquistas, de Europa y de América Latina. También fue un preso político debido a sus ideas y por oponerse a Mussolini. Total, que terminó en Uruguay, creo que un año antes del Mundial. Fue el padre de una anarquista italiana muy famosa, Luce Fabbri, que llegó a Uruguay en 1929. Sus padres debieron exiliarse en Francia y después vinieron al país. Los años no coinciden, porque mi tatarabuelo, según se sabe, llegó a Uruguay en 1920, nueve años antes que el padre de Luce Fabbri. Lo que se me ocurre es que hubiera oído hablar del verdadero Luigi Fabbri, y tomara su nombre como forma de honrarlo.

Nuevamente otro silencio, más denso que el anterior.

—Acá eso es lo de menos. Nunca conoceremos la historia real de los orígenes de tu familia —lo consuela Antonella y le aprieta una mano—. Lo que importa es que tú y nosotros estamos emparentados.

—Tienes razón.

Suspira y es como si apartara otros pensamientos más oscuros.

Federica resume lo que buscó en Google sobre Juan Bautista Crosa, a cuyos descendientes deben encontrar, aunque aún no saben cómo.

—Espera —la ataja Tomassino—. ¿Por qué hay información sobre nuestro pariente lejano? Era un *donnadie*, un inmigrante más. ¿Qué hizo para ser *conocido* en el país de ustedes?

Federica y Javier ríen y empiezan a hablar a la vez, con gran entusiasmo.

—Mejor empieza tú —dice Javier con voz insegura.

Federica reconoce las señales de timidez de su amigo y siente pena. Quizá el que se acerque el final del viaje y vuelva a Montevideo se relacione con este cambio.

—Nosotros vivimos en un barrio que se llama Peñarol. El pariente de ustedes nació en un pueblo del Piemonte llamado Pinerolo. Se embarcó a mediados del siglo XVIII a Uruguay —no se llamaba así, claro— y compró una chacra en las afueras de la ciudad, donde abrió una pulpería, un almacén de ramos generales, por decirlo de alguna manera. Parece que era costumbre de esa época agregarle el nombre del lugar de origen a la persona, de modo que pasó a ser Crosa Pinerolo. Después, esa palabra se transformó en Peñarol, porque era más fácil de pronunciar. La chacra y la pulpería ocupaban un terreno bastante grande, que terminó siendo Villa Peñarol, un caserío que después creció. Dicen que sus restos están enterrados en el cementerio que había detrás de una capilla. Pero nada de eso existe hoy.

—¿Y tuvo hijos? —quiere saber Antonella— Es poco probable que encuentren a algún descendiente.

—Sí, pero no solo eso. Uno de sus nietos participó en lo que se conoce como la Cruzada Libertadora de 1825, cuando empezó la lucha por la independencia de nuestro país. Por

lo que leí, se trata de alguien muy conocido desde el punto de vista histórico. Ese coronel debe de haber tenido hijos. Son esos los que debemos encontrar, o deben encontrar. El coronel Félix Crosa. Una especie de héroe nacional.

—Es decir —razona Tomassino—, alguien que haya nacido a fines del siglo XIX.

—Sí, como mi tatarabuelo —agrega Javier.

—Una persona que hoy, 1930, tendría unos 35 años —suspira Antonella.

—Nada es imposible. Solo debemos pensar. Al menos ya saben quién es el pariente, y por dónde empezar a buscar.

—Pero, ¿cómo haremos? No conocemos a nadie allí. ¿Quién nos haría caso?

—Se me ocurre algo... capaz que suena un poco... imposible, pero creo que puede resultar —dice Javier, que le ha estado dando vueltas al asunto desde hace varios días.

Federica se alegra de ver a su amigo un poco recuperado. Resolver problemas parece hacerle desaparecer la timidez y la inseguridad.

—Mi familia vive en la misma casa que construyó mi tatarabuelo, cuando se instaló en Peñarol. La misma. Allí han crecido hijos, nietos, bisnietos. Y morían unos y los otros crecían. Es cerca de la estación de tren, que nosotros no conocimos, solo en fotografías, porque la demolieron.

La de ahora es distinta; el barrio cambió mucho. Pero ustedes llegan... al de mis antepasados. ¡Increíble, cómo me gustaría verlo! Sigo. Entiendo que en 1930, en Montevideo, quienes viven en esa casa son mi bisabuelo con sus padres, el misterioso Massimo Scalante y la tía de ustedes,

Margheritta Ambrosini. Massimo nació en Turín cuando el estallido de la Primera Guerra Mundial, si mal no recuerdo.

—¡Javier, es un disparate! ¿Vas a mandar a Tomassino y Antonella a que toquen timbre en la casa en la que viven tus padres y vos ahora, pero cuando vivía tu bisabuelo? ¿Y qué van a hacer? ¿Cómo va a creerles?

—Tengo todo pensado. Antes de llegar a Montevideo, debo rebuscar algo en el altillo. Lo encontraré y lo traeré. Será la prueba de que ellos dicen la verdad. Habrá que inventar cómo es que saben eso, pero ya se me ocurrirá algo.

—¿Y qué vas a hacer para volver a 2030? No sabemos cómo hacerlo.

—Pero yo sí. Tengo un par de fotos de mi casa en el celular, no sé por qué. En el jardín están mi padre y mi madre. Yo no, porque soy el fotógrafo. Pero creo que...

Federica comprende lo que pretende hacer su amigo. No se pierde nada con intentarlo.

—¡Vamos, muéstranos la foto! Uf, qué nervios.

Javier saca el celular y va a galería. Allí están las fotos de la casa. La fachada un poco deslucida, el jardín que la madre cuida cuando puede, el portoncito siempre caído y que hace ruido al abrirlo. Los padres, sonrientes, lo miran. ¿Lo miran? ¿Pero quién tomó la fotografía? Porque entre el padre y la madre, muy sonriente también, está él: Javier, el que viste y calza.

Le hace una guiñada a Federica, mira a los gemelos con ojos brillantes y desaparece.

* * *

—No me miren así. No tengo la menor idea de cómo ocurre esto, y dejé de preocuparme por el asunto. Él lo hace y está bien. Ahora debemos esperar a que regrese de *allá*. Paciencia. Propongo ir a cubierta. Seguramente los franchutes —perdón, los franceses— y los rumanos estén haciendo su música. Los belgas, no; parecen muy amargados, ¿no creen?

—¡Pero hacen el mejor chocolate! —exclama Antonella, y por primera vez en varios días ríe con ganas.

El comentario alivia la tensión y salen. ¿Qué estás haciendo ahora, Javier, qué estás haciendo? ¿Y qué vas a traer que ayude a los gemelos?

Hay un detalle que quizá la física pueda aclarar, alguna vez. Hace ya un par de días que están aquí, en el *Conte Verde*, hace cien años. Pero, evidentemente, *allá* el tiempo pasa de otro modo. Si no, tanto su celular como el de Javier estallarían de mensajes de sus respectivas madres, preocupadas por la desaparición de sus hijos. Otro tema que queda pendiente.

—No le pidas peras al olmo y te sorprendas si efectivamente te las da —se repite a veces, y no sabe de dónde salió ese refrán. Suele ser útil, como en este caso. El olmo dio peras. Y bueno, se comerán las peras.

El retorno al presente siempre lo impresiona. Es como si pasara de una postal en colores sepia a una fotografía 3D a todo color. Se deja penetrar por los olores del barrio, por los ruidos conocidos. El portoncito está como siempre. Desvencijado y entreabierto. Avanza por el jardín. Es media mañana y el padre está trabajando. La madre tampoco está;

seguramente esté ocupándose de sus clientas. Parece que el padre tenía razón. Fue una buena idea lo de los pañuelos y la madre se tranquilizó bastante. Respira aliviado. Sube apresurado al altillo y busca las cajas con los cuadernos del bisabuelo, el que van a conocer Tomassino y Antonella. Allí están.

—Dale, Javier, pensá. ¿Qué estás buscando? Algo que pruebe... tiene que ser un cuaderno que incluya años anteriores a 1930. Eso es lo importante. O lo más cerca de 1930. Algo que el bisabuelo recuerde haber escrito no hace demasiado. Quizá lo mejor sea llevarse el cuaderno. No, no es buena idea. Le sacará fotografías de cada página. Momento: ¿qué pasaría si se lo llevara y después Tomassino se lo mostrara? No, no es posible. ¿O acaso sí, y las cosas pueden estar en un lado y en otro a la vez? ¿Podría haber dos cuadernos de anotaciones idénticos? Es un riesgo que no pueden correr. Pero, además, el bisabuelo creería que Tomassino es un ladrón que estuvo revisando las cosas. No, de ningún modo.

—Reciten de memoria. Si acaso, buscamos una entrada del día anterior, o más cercana a la fecha en que vayan a verlo. Recuerden: simplemente, citan lo que escribió, por ejemplo, el día anterior.

Eso les dirá a los gemelos, pero ahora debe encontrar el cuaderno correspondiente.

Tiene que ser el *Cuaderno I*. Si el bisabuelo nació cuando empezó la Primera Guerra Mundial, en 1930 tenía 16 años. Era el primer mundial. Es casi seguro que algo debe de haber escrito. Revisa rápidamente los apuntes. Sí, hay

varias anotaciones de abril, mayo, junio y julio. Incluso hace referencia a haber ido al puerto a recibir *al Conte Verde*. Pero es genial. ¡Es lo que estaba necesitando! Un poco nervioso, saca una foto de cada página, que parecen infinitas. Le sudan las manos, le tiemblan.

—¡Vamos, Javier! ¡Es la recta final, la solución que estás buscando!

Comprueba que las fotografías quedaron bien, cierra el cuaderno y lo devuelve a la caja correspondiente. Confía en que, llegado el momento, el bisabuelo sabrá dónde lo guarda. Eso sí que no lo puede resolver. Es probable que esté en un cajón del escritorio... ¡el escritorio que vio la primera vez que subió al altillo, cuando empezó todo! ¡Claro, cómo no lo pensó antes! Pero pasó el tiempo y alguien guardó todo en las cajas. Así que puede suponer que ocurre algo exactamente al revés: lo del presente —en este caso, las anotaciones y el escritorio, que están en el altillo— vuelven a su lugar... es más, solo habrá cuadernos hasta 1930... Es como en las pelis, que todo se mueve hacia atrás, y ese cuaderno I está donde debe estar. ¡Genial! Respira aliviado. Pero... ¿cómo vuelve al transatlántico? Otro problema. ¡Parece de nunca acabar!

¿Qué día es hoy? Todavía falta para que lleguen a Río de Janeiro. Rebusca entre los recortes. Una foto, por favor, una foto. Con Federica, Tomassino y Antonella. Se desespera. Quedar atascado en el tiempo no es algo que le cause gracia, sobre todo si sus amigos están *allá*. Se le encoge el corazón. Debe haber algo, por favor, algo. ¡Algo! Sí, hay. Un periodista francés escribe una crónica sobre «Montmartre»

y los jugadores que cantan canciones de Maurice Chevalier. En cubierta, el público, pasajeros de primera, curiosos de segunda y allá atrás... ellos cuatro. Está salvado.

Cierra los ojos, aguanta la respiración y se apronta para el mareo del *despegue*. A los segundos está delante del camarote. Lo abre, pero está vacío, igual que el otro. Ah, es que es la hora de cenar, llegó justo a tiempo. El estómago le duele del hambre y de los nervios. Los encuentra en el salón comedor. Ahora que son *pasajeros*, y no *polizontes*, comen con el resto. Incluso Josephine se ocupó de conseguirles una vestimenta más adecuada al lugar y a los comensales. Es menos horrorosa que la otra, concede Federica a regañadientes. Y agradece un par de zapatos que no le hacen doler los pies. También Javier parece un caballero, con ese pantalón hasta las rodillas y un saco a tono. Y el pelo peinado a la gomina. Le causa gracia.

Lo ven entrar al comedor, con la garganta cerrada de los nervios. Javier, sin embargo, hace de cuenta de que se retrasó sin proponérselo, y toma asiento despacio y sin hacer grandes gestos.

—Ahora nos cuentas todo. ¿Lo encontraste?

—Sí, y tomé fotografías de cada página. Parecía interminable. Pero lo logré.

—Resuelto, nada. Esto recién empieza... ¿Y cómo volviste? Me dio un poco de cosa.

—Una foto. Busqué a ver si había alguna nota sobre los franceses y sus canciones. Y la encontré. Allí estábamos los cuatro escuchando las canciones. Un tal... no recuerdo el nombre.

Mira a los gemelos y les sonrío.

—No se preocupen, lo lograremos. Tenemos trabajo esta noche.

Resulta ser muchísimo trabajo. Leer manuscritos fotografiados no es nada sencillo. Además: qué manera de expresarse; qué raro que escribía la gente de aquella época. Encuentran comentarios interesantísimos, pero que quizá el bisabuelo no recuerde. Debe ser algo convincente. Alguna palabra, alguna oración, que uno, después de escribirla, no la olvida.

Por fin, es Antonella la que repara en un comentario.

—«No sé por qué, hoy supe que al primer hijo que tenga le pondré de nombre Dante. Podrá sonar a una tontería, pero lo anoto porque no quiero olvidarlo. Será porque alguien mencionó ese nombre, que me impresionó».

—¿Te parece que se acordará de eso? —desconfía su hermano.

Federica tampoco está tan segura.

—Creo que Antonella tiene razón. Hay que acordarse del día en que hizo esa anotación. Le dicen, por ejemplo, el 27 de marzo de 1930, usted anotó lo siguiente... Y, si no se acuerda, irá a buscar la anotación en el cuaderno.

—No pueden tratar de usted a alguien que es casi de su misma edad —protesta Federica.

—Te equivocas. El tuteo no se usaba, ni siquiera entre jóvenes.

—¿Y eso de qué nos sirve? —pregunta Tomassino—. Me refiero a decirle la fecha en que hizo la anotación.

—No lo sé realmente. Pero es una posibilidad —concede Javier—, aunque puede ser incluso contraproducente. Hay que pensar otra cosa.

—Yo le diría la verdad. Le contaría la historia un poco adornada: «Mi madre, antes de morir, etcétera... y sabemos que hay parientes nuestros aquí, en este barrio. Necesitamos encontrarlos». Seguramente, tu bisabuelo conozca la historia de Crosa y sienta curiosidad. Siempre estuvimos dispuestos a ayudar a los inmigrantes. ¿Por qué no les daría una mano? Y si es como vos nos dijiste, estará encantado de rebuscar en viejas historias hasta encontrar a los descendientes.

Federica habló de un tirón y se quedó sin aliento, las mejillas ardientes, y orgullosa de su propuesta.

—Coincido con ella —la alienta Tomassino, y una nueva oleada de celos envuelve a Javier.

—¿Y cómo explicar que hayan golpeado esa puerta y no otra? —duda Federica de pronto. No había pensado en eso.

Es Javier el que la apoya ahora.

—Por el apellido Ambrosini. Preguntaron en la estación de tren por la familia Ambrosini. En Peñarol, en aquel tiempo, se conocían todos. Seguro que, en la estación, el de la boletería les dijo: «Ah, buscan a la familia Scalante Ambrosini», los tanos. Y les dice cómo llegar. No es como «ahora», que nadie se preocupa por nadie, y nadie conoce a nadie. Es otro tiempo. Es otro Montevideo.

Todos están de acuerdo en que la solución es buena. Javier acaricia el celular como si fuera el cuaderno. Ya tendrá tiempo de leerlo cuando «regrese» a casa.

En Río de Janeiro sube la selección brasilera, al son de sambas y cornetas, y más que jugadores de fútbol parecen salidos del carnaval. El capitán los recibe, radiante. Dentro de dos días llegarán, sanos y salvos, al puerto de Montevideo. Patria de Gardel, el gran cantante de tangos. Una ciudad que aprecia particularmente. Lamenta no poder asistir a la inauguración, pero se siente satisfecho. El *Conte Verde* llegará y el Mundial se jugará en tierras orientales.

Los cuatro están en cubierta. El capitán se les acerca.

—Dentro de una hora, más o menos, verán el puerto. Lo verán aparecer de la nada, porque está metido en una bahía, custodiada por el Cerro de Montevideo, desde donde se ve la ciudad. Es un espectáculo que no deben perderse.

La cubierta es un apelonamiento de pasajeros ansiosos por llegar. No hay dónde estar sin que alguien te dé un codazo o te pise un pie. Josephine los invita a su camarote, que tiene una salida *privada* a una cubierta a la que nadie accede.

—Desde aquí verán la entrada. Lo digo por experiencia. La primera vez que vine, sentí una enorme emoción.

Ríe y les hace una guiñada cómplice y bizquea los ojos, como suele hacer en los espectáculos. Para rematarla, baila al son de una música imaginaria, las piernas y los brazos parecen de goma.

Aplauden, entusiasmados y ella se despide y les lanza un beso.

—¡Buen retorno! —exclama—. Disfruten de Montevideo... y visiten el Palacio Salvo...

Federica y Javier se miran. ¡No es posible!

Sin que la Baker se dé cuenta, Federica le toma una fotografía. Allí está. Josephine Baker, a quien tanto admira. ¡Y la conoció!

Apoyados en la baranda, comienzan a vislumbrar las siluetas de la ciudad; el Cerro, las construcciones del puerto, los otros barcos amarrados. La avenida que serpentea la costanera y que termina en los accesos, las grúas que cargan y descargan, el humo que sale de algunas chimeneas.

—Es una gran ciudad —dice Antonella asombrada.

—Claro que sí. «La tacita del Plata» —comenta Federica orgullosa.

—¿Ven allí? La plaza de los contenedores. Vienen barcos de todas partes del mundo.

Pero Tomassino y Antonella la miran sin comprender.

—¿Contenedores? No sabemos qué son. Pero solo vemos unas grúas y unos barcos, no tan grandes como este, pero por el estilo.

—¿Cómo que no los ven?

—No, no vemos eso.

—¿Y ven el enorme edificio de la Aduana? Una mole cuadrada, enorme, un poco fea. A la derecha. Vamos, digan que lo ven.

—No, allí no vemos nada. Solo hay andamios y gente trabajando.

—¿Y la Torre de las Comunicaciones? Es hermosa, aunque quedó un poco torcida —se suma Javier. De a poco empieza a entender lo que ocurre.

—Dejémoslo. Están viendo el puerto de 1930; no el nuestro. Estamos entrando en dos tiempos en paralelo. Cuando el *Conte Verde* amarre, no sé qué será de nosotros. No sé adónde llegaremos. Pero disfrutemos del tiempo que nos falta.

Y es tal cual dice Javier. Tomassino y Antonella están viendo otro puerto, aunque no lo saben, quizá incluso con colores menos fuertes, y con otros sonidos, que Javier y Federica jamás escucharon ni escucharán. Y ellos ven el de «ahora», el que conocen, con el olor característico a alquitrán y el trajín frenético de los barcos que entran cargados de contenedores y vuelven a partir.

—Amigos. Es hora de despedirnos. Estamos por amarrar. Ustedes descenderán del *Conte Verde* en 1930. Deben tomar el tren rumbo a Peñarol. La estación no queda lejos del puerto. Alguien los ayudará o sabrán ser polizontes nuevamente. Generalmente, nadie revisa los vagones de carga... Y nosotros llegaremos a nuestro tiempo. No sé cómo, porque no hay *Conte Verde* en 2030. Nos sorprenderemos.

—¿No volveremos a vernos, eso es lo que quieres decir?
—Antonella no disimula las lágrimas.

—Creo que no... a menos que...

—Sé lo que estás pensando. Viajar al Mundial de 1930. Seguramente, en el attillo haya muchos recortes para revisar.

—La esperanza es lo último que se pierde.

Los cuatro se abrazan con fuerza, con tanta fuerza que duele. Y todos, sin esconderlo, se secan las lágrimas, incluida el Fede, que se jacta de que no llora nunca.

—Buena suerte, compañeros —se despide Javier y se aparta lentamente—. Nos volveremos a ver, denlo por seguro.

—*Arrivederci*, Javier; *Arrivederci*, Federica —se despiden los gemelos—. *¡Tante grazie!*

De pronto, aparece el capitán. Quiere despedirlos con toda pompa. Atrás de él, los miembros de la tripulación, y a su lado, el Rumano y Josephine. Tampoco volverán a verlos.

—¡Esto es histórico, amigos! —explota Javier.

Entonces Federica tararea una vieja canción popular:

Gracias a la vida, que me ha dado tanto... y sonríe entre lágrimas.

—¡Un momento! ¡Esperen! ¡Se me ocurrió algo genial!

Tomassino y Antonella vuelven sobre sus pasos y la miran sin comprender. Federica les tiende su celular y, por las dudas, un cable para cargarlo. Probablemente funcione, al fin y al cabo, la electricidad es la misma.

—Guárdenlo, será útil en algún momento. Una vez por semana, deben encenderlo mínimamente, y nos enviarán un mensaje diciendo cómo van las cosas. Seguiremos en contacto. Si Javier y yo nos comunicamos, él en 1930 y yo en 2030, no veo por qué no funcionaría en este caso...

Tomassino comprende y se mete rápidamente el celular en el bolsillo, después de apagarlo.

Se vuelven a abrazar, un poco más aliviados con la brillante iniciativa de Federica.

Suena la bocina del *Conte Verde*, que se acerca al muelle y poco después hace descender las escalerillas. Vaya a saber dónde están los gemelos... Javier y Federica se miran. ¿Y ahora qué? ¿Cómo van a salir del puerto, si no deberían estar allí? Cualquiera sabe que para entrar... uf, qué problema.

—Ya sé cómo salir sin que nadie se dé cuenta. Seguime.

Federica camina decidida y sin apuro hasta un conjunto de personas que esperan a que atraque el ferry que viene de Buenos Aires.

—¿Te parece que funcione? —quiere saber Javier, no del todo convencido.

En eso, un marinero hace sonar el silbato.

—¡A ver, ustedes dos!

No sabemos cómo se escaparon del marinero, ni tampoco cómo lograron salir del puerto sin mayores dificultades.

Una vez en la calle, Federica mira el enorme edificio de la Aduana y las grúas, y trata de imaginar qué hacen los gemelos en este mismo y preciso instante, apenas separados por cien años... ¡un siglo!

—Me alegra que seamos amigos, Javier. Quiero que lo sepas. Y gracias por esta aventura. Nunca voy a olvidar todo esto.

—Digo lo mismo, amiga. Y ahora deberíamos volver a casa, ¿no creés? Y mañana liceo, qué aburrimiento. Y nuestros padres... y todo eso.

Tomados de la mano entran en la ciudad. Hay clima de fiesta, en todas partes banderas de la selección, del Uruguay, de los países que participan. Se apuran a la estación de tren y abordan el que dice «Peñarol». Les cuesta

un poco procesar lo vivido en estos días, y seguramente sea tema de conversación. Un secreto que nunca, nunca, podrán compartir con nadie.

—¿Creés que volveremos a verlos?

—Completamente seguro. Ni lo dudes. Ya verás.

Por la ventanilla del tren.

—Javier, me olvidé de contarte algo.

—¿Qué?

—Que un atardecer vi el rayo verde. Y pedí un deseo.

—Ya me imagino qué pediste.

Le hace una guiñada y Federica se pone colorada y le da un pellizcón. Después siguen el viaje en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

¿Y qué sabemos de los gemelos? Pues, por ahora, nada. Pero podemos imaginarlo. Y, además, pronto lo sabremos. No lo duden.

FIN







CONTENIDO

- 9 La historia que nos une
- 13 Una mezcla perfecta
- 17 **CAPÍTULO 1**
Hay algo extraño en esa foto
- 37 **CAPÍTULO 2**
El *Conte Verde* debe zarpar
- 59 **CAPÍTULO 3**
Un secreto para Fede
- 81 **CAPÍTULO 4**
Lo que esconde la caja fuerte
- 105 **CAPÍTULO 5**
Una conspiración a bordo
- 123 **CAPÍTULO 6**
Otra viajera del tiempo
- 145 **CAPÍTULO 7**
Josephine está en peligro
- 177 **CAPÍTULO 8**
Dos mundiales, un mismo destino



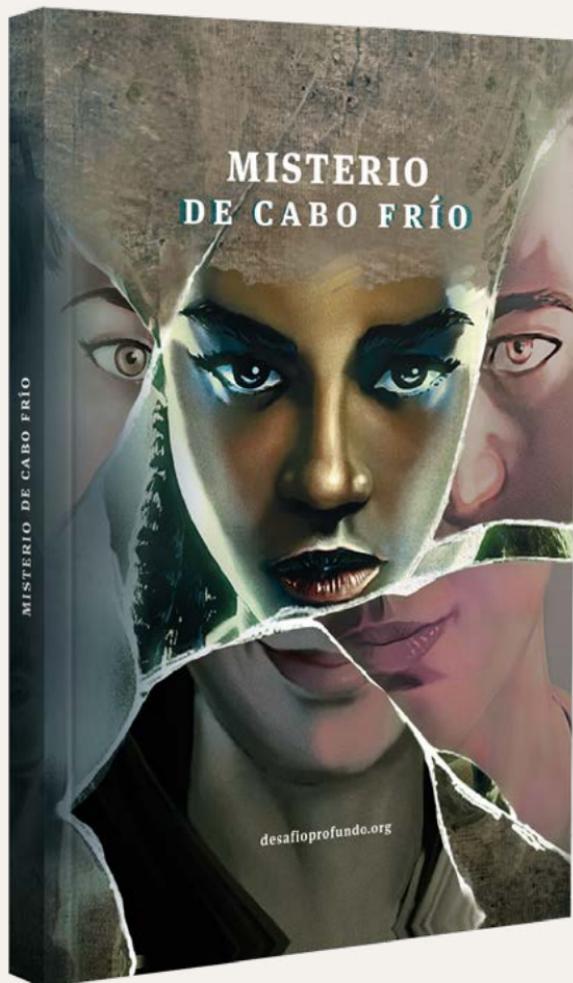
ANA SOLARI

Doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de La Plata. Escritora, dramaturga. Habla alemán e inglés, y estudió chino mandarín.

En 2021, obtuvo una mención en el Premio Juan Carlos Onetti por la novela inédita *Quebrada honda*. Ha publicado, entre otros, *Campo de batalla* (Hum, 2021); *La revolución Ceibal. El sueño que cumplió diez años* (Sudamericana, 2017); *Los geranios* (Hum, 2014); *El señor Fischer* (Alfaguara, 2011; Primer Premio Anual de Literatura Inédita, Ministerio de Educación y Cultura); *Autorretrato de Homero Alsina Thevenet* (Palabra Santa, 2013); *La última mujer* (en coautoría con Jordi Buch Oliver; Parnassus, Barcelona, 2013); *El hombre quieto* (Planeta, 2007); *El collar de ámbar* (Linardi & Risso, 2005); *Scottia* (Alfaguara, 2000); *Tarde de compras* (Cal y Canto, 1997; Tercer Premio, Ministerio Educación y Cultura); *Zack. Estaciones* (Banda Oriental, 1995); *Zack Novela* (Trilce, 1994); *Cuentos de diez minutos* (Arca, 1991). También, el cómic *Suburbia* (*Revista Posdata*, 1995, con ilustraciones de Martín Ansín). Algunos de sus cuentos se han publicado en antologías.

Obtuvo becas de la Fundación John S. Guggenheim para investigación conjunta con el periodista Andrés Alsina (2000), de la Fundación Rockefeller (Bellagio, 2004) y de la República Popular China para estudios de chino en Beijing (2007).





Otra novela educativa transmedia disponible en:
desafioprofundo.org

1930: EL VIAJE

Este volumen de la trilogía *1930* narra las aventuras de Javier, Federica, Tomassino y Antonella, que deben asegurarse de que el primer Mundial de Fútbol de la historia se celebre en Montevideo. A fines de junio de 1930, el transatlántico Conte Verde parte de Francia con varias de las selecciones que participarán en el evento, junto a personalidades como Jules Rimet, el rey Carol II de Rumania y la famosísima Josephine Baker.

Todo empieza cuando Javier revisa las cajas de su bisabuelo Massimo, en el altílo. Es junio de 2030, y pronto será el Mundial. Encuentra una foto en la que una muchedumbre despide al Conte Verde. Para su asombro, él está allí, en 1930, saludando con una banderita frente al barco. Y decide subirse. Conoce a los gemelos Tomassino y Antonella, dos huérfanos italianos, que también quieren llegar a Montevideo, donde hay un pariente que los ayudará.

Así transcurren las aventuras de Javier, su amiga Federica, Tomassino y Antonella, que deben resolver diversos problemas para que el Conte Verde llegue a Montevideo. Si no, el primer Mundial de Fútbol no se celebrará.

A bordo del enorme navío deben arreglar una turbina, abrir la caja fuerte del capitán del barco, impedir un maquiavélico plan para asesinar al rey Carol II y el secuestro del capitán y de Josephine.

¿Lograrán los cuatro jóvenes resolver los distintos desafíos y hacer que el buque llegue en fecha al puerto de Montevideo?



ANEP

ADMINISTRACIÓN
NACIONAL DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



Ministerio
de Educación
y Cultura

